

Lady Hermione

DEBUTANTES DESESPERADAS 2

Kathia Iblis

Selecta

Lady Hermione

SERIE
Debutantes desesperadas 2

Kathia Iblis

Selecta

"No es lo que decimos o pensamos lo que
nos define, sino lo que hacemos"
"Quizás son nuestras imperfecciones,
las que nos hacen tan perfectos el uno para el otro".

Jane Austen

Capítulo 1

El gran salón de Lady Clarisse Kensington brillaba aquella noche como un templo de luces y murmullos. Candelabros colgaban del techo, engalanados con cristales que atrapaban las llamas y las multiplicaban en destellos dorados. Alfombras gruesas, tapices bordados y espejos enmarcados en oro completaban el escenario que la alta sociedad londinense veneraba como el verdadero inicio de la temporada. El perfume de flores recién cortadas se mezclaba con el aroma de los vinos caros y el roce del satén de los vestidos de gala. Era una sinfonía de ostentación.

Lady Hermione Weinthrot avanzaba del brazo de su madre, Lady Augusta. Su porte era erguido, aunque sus labios apenas disimulaban la ironía de estar allí. Había jurado que arruinaría su temporada. No por odio al matrimonio, sino porque se negaba a ser convertida en una muñeca de porcelana. Su madre, en cambio, la guiaba con determinación, presionando su brazo con fuerza cada vez que sospechaba que su hija podría abrir la boca más de la cuenta.

—Sonríe, querida —murmuró Lady Augusta entre dientes—. No estás en tu funeral.

Hermione obedeció, aunque lo hizo con una curva burlona de labios. Su sonrisa no era la de una debutante dócil, sino la de una

joven que tramaba un sabotaje.

El salón estaba abarrotado de damas vestidas como cisnes y caballeros pavoneándose como pavos reales.

Hermione pensó en voz baja, lo bastante para que solo su hermana Margaret, que caminaba junto a ella, pudiera escuchar.

—Dime, ¿cuánto apuestas a que antes de la medianoche lograré arruinar la reputación a un lord?

Margaret abrió los ojos con alarma.

—Hermione, ni en broma…

—No bromeo —replicó ella con una sonrisa que escondía bajo su abanico.

El primer caballero que se acercó fue un joven barón cubierto de encajes hasta parecer un pastel ambulante.

Se inclinó con exagerada reverencia y anunció su título con voz inflada. Hermione lo observó unos segundos y luego preguntó:

—¿Barón de qué, exactamente? Me cuesta recordar títulos que no vienen acompañados de hazañas memorables.

El barón se enrojeció hasta la raíz del cabello. Lady Augusta casi se atragantó con el aire. Margaret reprimió una carcajada.

El murmullo de las risas se expandió por el salón como pólvora.

El siguiente fue un vizconde que, con entusiasmo, comenzó a hablar de caballos de carrera.

Hermione lo escuchó con aire distraído y, cuando él se detuvo a respirar, preguntó:

—¿Y usted también compite en las pistas o solo apuesta desde las gradas?

El vizconde se atragantó con su propia saliva, mientras su madre lo arrastraba lejos de allí. Lady Augusta apretó los labios con tanta fuerza que parecía a punto de desmayarse.

Así pasaron los minutos: Hermione destruyendo con ironías los

intentos de los caballeros. Su madre sudaba de angustia y Margaret no sabía si admirar a su hermana o temer por ella.

Entonces, las puertas del salón se abrieron con un murmullo de expectación. Entró un hombre alto, de porte imponente, hombros anchos y gesto severo. Su andar no tenía la ligereza afectada de los dandis; era firme, casi desafiante. No sonrió, no buscó aprobación. Y precisamente por eso, cada mirada se volvió hacia él.

Hermione sintió un estremecimiento. Lo había visto días atrás, desde la ventana de su casa, cuando un carruaje se detuvo en la entrada. Lord Ashbourne. Lo reconoció sin que nadie tuviera que decirlo. Y para su sorpresa, él también la miró. Sus ojos se encontraron y algo invisible pareció tensarse en el aire.

Lady Clarisse Kensington, siempre oportuna, aprovechó el momento.

—Lady Hermione, Lord Ashbourne. Permítanme presentarles.

Hermione ejecutó una reverencia perfecta, solo para demostrar que podía ser impecable cuando lo deseaba. Él inclinó apenas la cabeza.

—Un honor conocerla, Lady Hermione —dijo con voz grave.

Ella arqueó una ceja.

—El honor suele ser relativo, milord. Depende de lo que se espera obtener a cambio.

Ashbourne sostuvo su mirada.

—No espero nada que usted no quiera dar.

Hermione perdió, por un instante, la compostura. Nadie contestaba así a sus provocaciones. Antes de que pudiera replicar, comenzó un vals. Ashbourne extendió su mano. Hermione dudó, pero el desafío brillaba en sus ojos. Y aceptó.

El contacto fue eléctrico. La música los envolvió mientras giraban bajo las luces de los candelabros. Hermione descubrió que él no la

trataba como a una pieza frágil. Su guía era firme pero no opresiva, concediéndole una libertad que ningún otro caballero había permitido. Cada paso era una conversación muda, cada roce un secreto compartido.

Hermione sintió que el aire se espesaba, que su plan de sabotaje se tambaleaba.

—Baila usted con gracia —comentó Ashbourne.

—Y usted con determinación —replicó Hermione intentando recuperar terreno.

Él sonrió levemente.

—Quizá sea lo único que tengamos en común.

Hermione guardó silencio. Se sorprendió a sí misma disfrutando de la danza. Y eso la aterraba más que cualquier escándalo.

Cuando la música cesó, se retiró apresuradamente hacia los jardines. Necesitaba aire. El cielo estrellado se alzaba sobre ella como un manto de libertad. Inspiró profundamente, disfrutando el silencio.

—¿También huye de la multitud? —preguntó una voz grave a sus espaldas.

Hermione se volvió. Allí estaba Ashbourne, a pocos pasos, observando las estrellas.

—No huyo, milord. Simplemente me aburro con facilidad —contestó, desafiante.

Por primera vez, él sonrió de verdad. Fue un gesto leve, casi imperceptible, pero cálido.

—En ese caso, Lady Hermione, temo que este será un verano interesante.

Hermione lo observó en silencio. Y, contra todo lo que había planeado, sintió que aquel hombre era distinto. Una amenaza, sí, pero no de las que se podía enfrentar con sarcasmos.

De regreso al carruaje, mientras su madre enumeraba reproches y Margaret suspiraba emocionada, Hermione permaneció callada. Miró por la ventana, perdida en la oscuridad de Londres. Había planeado reírse de cada norma, arruinar cada intento de cortejo. Pero en una sola velada, Lord Ashbourne había puesto en jaque su estrategia.

Y lo que más le perturbaba no era su severidad. Era la posibilidad inquietante de que deseara volver a verlo.

Capítulo 2

El amanecer se filtró entre las cortinas pesadas de la casa Weinthrot, anunciando el día después del gran baile. Hermione se despertó con el murmullo de voces en el pasillo: su madre ya había comenzado a recibir las primeras impresiones de la velada.

Rumores, elogios y críticas circulaban como un torrente implacable, y Hermione sospechaba que su nombre estaba en el centro de más de una conversación.

Lady Augusta entró en su habitación sin esperar permiso, con un gesto que mezclaba orgullo y frustración.

—Te comportaste como una tormenta —dijo—. Y aun así, lograste llamar la atención de todos. Especialmente de Lord Ashbourne.

Hermione se incorporó con pereza, cubriéndose con la colcha bordada.

—¿Acaso no era ese tu mayor deseo? —preguntó con sorna.

—Deseaba que fueras adecuada, no que lo desafiaras con cada palabra —replicó su madre.

Hermione escondió una sonrisa. Si Lord Ashbourne había sido lo bastante terco como para soportar su lengua afilada, eso decía más de él que de ella.

Más tarde, Margaret se reunió con ella en la sala de estar. Se acomodaron en el diván junto a la ventana, mientras el sol de la mañana bañaba el salón con un resplandor dorado. Margaret, incapaz de contener la emoción, estalló en confidencias.

—¡Hermione, todos hablan de ti! Algunas damas dicen que fuiste escandalosa, otras que resultaste fascinante. Y lo más importante… Se dice que Lord Ashbourne no apartó los ojos de ti en toda la noche.

Hermione fingió un bostezo.

—Perfecto. Exactamente lo que quería: ser el centro de las habladurías.

—No te burles —insistió Margaret—. Sabes que es peligroso. Él no es un hombre cualquiera.

Hermione miró hacia el jardín.

—Justamente por eso es interesante.

El eco de los rumores llegó también en forma de cartas. Invitaciones comenzaron a acumularse en el escritorio: tés, cenas, paseos. Su madre las examinaba con entusiasmo,

eligiendo cuidadosamente cuáles aceptar. Hermione las veía como una serie de emboscadas que debía sortear.

***

Unos días después, durante un paseo en Hyde Park, Hermione sintió el peso de las miradas. El parque estaba lleno de carruajes y caballeros montados en caballos magníficos. Las damas exhibían sus mejores sombrillas y sonrisas. Hermione avanzaba con su madre y Margaret, decidida a no conceder a nadie la satisfacción de verla impresionada.

Fue entonces cuando lo vio de nuevo. Lord Ashbourne, erguido

sobre un caballo negro, se acercaba con un porte que parecía apartar la multitud a su paso. Saludó a Lady Augusta con cortesía, pero sus ojos buscaron a Hermione de inmediato.

—Lady Hermione —dijo inclinando la cabeza—. El parque no luce tan espléndido como usted.

Ella arqueó una ceja.

—Qué inesperado, milord. Pensé que prefería los lugares menos concurridos.

Él sonrió apenas.

—Tal vez he cambiado de parecer.

Cabalgó a su lado unos minutos, mientras Margaret intentaba disimular la emoción y Lady Augusta observaba con atención.

El diálogo fue breve, pero cargado de tensión. Hermione descubrió que el silencio entre ellos pesaba tanto como las palabras.

Más tarde, un pretendiente insistente, Lord Rutledge, apareció con flores en la mano y cumplidos exagerados. Hermione respondió con ironía a cada frase, hasta que él se atrevió a insinuar un futuro compromiso. Antes de que Hermione pudiera despacharlo con una de sus réplicas mordaces, Ashbourne intervino.

—Creo que Lady Hermione no necesita salvadores ni atenciones forzadas, milord —dijo con calma, pero con firmeza.

El rostro de Rutledge se tiñó de rojo. Balbuceó una excusa y se retiró con torpeza. Hermione lo observó alejarse y luego miró a Ashbourne con una mezcla de irritación y gratitud.

—Podía manejarlo sola —le dijo.

—Lo sé —respondió él mirándola con intensidad—. Pero no tenía por qué hacerlo.

Hermione sintió que su corazón se aceleraba, aunque se obligó a mantener la compostura.

—No necesito caballeros que luchen mis batallas.

—Tal vez no —replicó él—. Pero me temo que, le guste o no, ya está en medio de la mía.

El resto del paseo transcurrió con normalidad aparente, pero Hermione no dejó de pensar en esas palabras.

***

Esa noche, en la soledad de su habitación, escribió en su diario. Sus pensamientos eran un torbellino. Había jurado sabotear su temporada, pero Lord Ashbourne la descolocaba. No era un hombre que se doblegara ni uno que buscara adornos. Su presencia la desafiaba a ser ella misma y, al mismo tiempo, la hacía temer perder el control.

Mientras apagaba la vela, se preguntó si la mayor amenaza de todas no era la alta sociedad, sino aquel hombre que parecía capaz de descubrir la verdad detrás de su fachada.

Y por primera vez, Hermione no supo si eso la aterraba… o la seducía.

Capítulo 3

La mañana siguiente al paseo en Hyde Park estuvo marcada por un aire espeso en la casa Weinthrot. Hermione despertó con la sensación de estar bajo un escrutinio invisible. El eco de los rumores sobre su conversación con Lord Ashbourne parecía haber llegado a cada rincón de Londres. Desde el comedor, escuchó a su madre dando instrucciones al mayordomo con una vehemencia inusual: todo debía estar preparado para recibir visitas inesperadas.

Durante el desayuno, Lady Augusta no tardó en iniciar su sermón.

—Hermione, no puedes seguir comportándote como si la sociedad fuera un escenario para tus bromas. Lord Ashbourne es un hombre respetado, y tu actitud podría arruinarlo todo.

Hermione levantó la mirada de su taza de té y arqueó una ceja.

—¿Arruinarlo? Milord parecía disfrutar de mis insolencias.

—Eso no significa que debas tentar a la suerte —replicó su madre.

Margaret intervino con cautela.

—Lo cierto es que, Hermione, todos comentan lo mismo: tu ingenio. Algunos lo encuentran encantador, otros… una amenaza.

Hermione sonrió.

—Maravilloso. Prefiero ser una amenaza antes que un adorno.

Más tarde, la jornada las llevó al té en casa de Lady Desdémona Hawthorne. El salón de la dama era un hervidero de murmullos, con alfombras orientales y mesas colmadas de dulces. Las damas de sociedad se acomodaban como aves en un nido, observando a Hermione con ojos brillantes de curiosidad. Se hablaba en voz baja, pero lo suficiente para que ella percibiera su nombre mezclado con el de Ashbourne.

—Dicen que ella lo desafía sin miedo —comentó una dama.

—Dicen que él la busca a propósito —susurró otra.

Hermione fingió indiferencia, aunque el rubor en sus mejillas la delataba. Lady Desdémona, con su habitual sonrisa, se acercó.

—Lady Hermione, temo que se ha convertido en la comidilla de la semana —dijo con un destello de diversión en los ojos—. Pero no se preocupe, querida. A veces, ser un escándalo es más útil que ser invisible.

La conversación se interrumpió con la llegada de Lord Ashbourne. Hermione lo vio cruzar el salón con la misma seguridad de siempre. Cuando sus ojos se encontraron, ella supo que no tendría escapatoria. Él se inclinó en un saludo breve, y Lady Desdémona, con una mirada calculada, los dejó a solas cerca de la ventana.

—Pareces disfrutar demasiado del papel de rebelde —dijo él en voz baja.

—¿Y usted disfruta demasiado de reprenderme? —replicó Hermione con una sonrisa desafiante.

Ashbourne no sonrió.

—Disfruto demasiado de observarte. Aunque temo que tu terquedad te traerá problemas.

—Entonces prepárese, milord, porque planeo traerlos todos —

contestó ella dándole la espalda.

Pero no pudo ignorar el estremecimiento que recorrió su cuerpo al sentir la intensidad de su mirada.

En medio de esa tensión apareció un nuevo pretendiente. Lord Henry Alcott, joven, de modales impecables y sonrisa encantadora, pidió permiso para acompañar a Hermione en la mesa de dulces. Conversaba con soltura, alabando su ingenio y demostrando un interés que no tardó en llamar la atención de todos.

Hermione se permitió reír con él, disfrutando de la libertad de una conversación sin reproches. Pero en cuanto levantó la vista, encontró a Ashbourne observándolos desde el otro extremo del salón. Sus ojos, oscuros y fijos, revelaban algo más que interés: celos contenidos.

El resto de la tarde transcurrió entre comentarios mordaces, risas fingidas y el peso de esa mirada que no la abandonaba. Cuando finalmente regresó a su casa, Hermione se encerró en su habitación. Abrió su diario y escribió con mano temblorosa:

> *"Mi plan de sabotear la temporada se convierte en un juego peligroso. Lord Ashbourne no cede, y ahora aparece Alcott. La batalla que comencé con sarcasmos quizá no tenga un final que yo pueda controlar".*
>
> Se quedó contemplando la llama de la vela, preguntándose si, después de todo, su mayor miedo no era ser atrapada… sino desear serlo.

Capítulo 4

El teatro de Drury Lane resplandecía como un cofre abierto repleto de joyas. Carruajes se apiñaban frente a la entrada, los caballos relinchaban nerviosos y los lacayos corrían de un lado a otro para asistir a damas envueltas en capas de terciopelo. Los faroles de gas iluminaban las columnas, arrancando destellos a las molduras doradas.

Hermione, enfundada en un vestido color marfil con bordados plateados, descendió del carruaje con gesto severo. No había querido asistir, pero su madre había insistido en que era imprescindible dejarse ver, después de los rumores que la habían convertido en el tema predilecto de los salones.

Lady Augusta la tomó del brazo con firmeza.

—Recuerda, Hermione: sonríe, habla lo justo, y bajo ningún concepto contradigas a un caballero esta noche.

Hermione arqueó una ceja y fingió docilidad.

—¿Y si contradigo a una dama?

Margaret, que las acompañaba, sofocó una carcajada detrás de su abanico. Lady Augusta soltó un suspiro exasperado.

El interior del teatro era un hervidero. El vestíbulo brillaba con espejos de cuerpo entero y lámparas de araña que iluminaban la

multitud. El murmullo era constante: nombres, títulos, fortunas. Hermione sintió cómo las miradas la seguían, ocultas tras abanicos y sonrisas tensas.

Mientras avanzaban hacia el palco asignado, captó fragmentos de conversación.

—…Dicen que Lady Hermione se permitió demasiadas libertades con Lord Ashbourne en el baile…

—…Y que él no se apartó de su lado en Hyde Park.

—…¡Una debutante tan atrevida no durará mucho sin comprometerse!

Hermione apretó el paso, sosteniendo el abanico con fingida indiferencia. Si iban a hablar de ella, al menos les daría motivos.

***

La alfombra carmesí amortiguaba el ruido del gentío cuando un movimiento a la derecha hizo que Hermione alzara la vista. Lord Ashbourne estaba allí, a unos pasos, desprendiéndose de los guantes con lentitud casi deliberada. Llevaba frac negro impecable, chaleco de brocado oscuro y la corbata atada con una precisión que revelaba costumbre más que vanidad. No sonreía; nunca lo hacía por cortesía. Y, sin embargo, sus ojos —profundos, atentos— se suavizaron apenas al posarse en ella. Inclinó la cabeza.

—Lady Hermione.

Ella respondió con una reverencia milimétrica.

—Milord.

El silencio que siguió no fue incómodo; fue una cuerda tensa que ambos tantearon. El rumor de los palcos, el brillo de las lámparas, el perfume de gardenias y tabaco fino flotaban alrededor, pero nada parecía penetrar ese pequeño círculo de aire que compartían.

—Confieso —dijo él al fin—, que esperaba verla.

—¿Para reprenderme por mis malísimos modales o para observar si consigo superarme?

—Para… comprobar si el teatro luce igual de bien como lo recordaba —replicó con gravedad que bordeaba la ironía—. Y me temo que no. Luce mejor.

Hermione apretó el abanico contra la palma para no dejar escapar una sonrisa.

—Imagina usted, milord, que me deja sin réplica. Es una estrategia peligrosa.

—Solo cuando la verdad resulta ofensiva —contestó con un destello de humor en la mirada—. ¿Me permitiría escoltarla hasta su palco?

La intervención de Lady Augusta llegó como una ráfaga fría.

—Lord Ashbourne, qué casualidad tan… grata. Mi hija y yo estamos encantadas de saludarlo.

—El placer es mío, Lady Augusta. —Él apenas desvió la vista de Hermione— .¿Puedo?

Lady Augusta vaciló lo suficiente como para que el gesto revelara interés. Hermione, por su parte, dejó que el abanico se abriera con un chasquido elegante.

—Si insiste, milord —dijo, y colocó dos dedos enguantados sobre su brazo.

El pasillo hacia los palcos era un túnel de terciopelos y dorados. Ashbourne marcaba el paso con una seguridad contenida; no arrastraba, no empujaba: guiaba. Hermione notó el calor que traspasaba la tela cuando su mano rozó la manga. Ridículo. Era una capa, un guante, un segundo; y, aun así, su pulso reaccionó como si el mundo se hubiera quedado sin aire.

***

Tras el entreacto, cuando Hermione regresó al palco, se encontró con la presentación oficial de Lord Marcus Ashford, barón de Ridgeford. Alto, elegante, con el porte aprobado por todas las madres presentes, Marcus se inclinó con un gesto impecable.

—Lady Hermione Weinthrot —dijo—. Un honor conocerla por fin.

Hermione ejecutó la reverencia correspondiente. Sus labios pronunciaron un "un honor" tan medido como el de cualquier debutante, pero su mirada brilló con ironía.

Marcus era encantador, culto, con la facilidad de un hombre acostumbrado a ser escuchado. Conversó con Hermione sobre literatura y música, y logró arrancarle varias sonrisas genuinas. De reojo, sin embargo, Hermione notaba la rigidez de Ashbourne, cada vez más sombrío.

El telón cayó, el teatro estalló en aplausos y Hermione descendió la escalinata flanqueada por dos hombres: Marcus, sonriente y seguro, y Ashbourne, silencioso y tenso. Las miradas de la sociedad los siguieron como un enjambre de abejas hambrientas de escándalo. Afuera, el aire nocturno olía a carbón y lilas húmedas. Marcus se inclinó con elegancia.

—Ha sido un honor, Lady Hermione. Espero verla muy pronto.

Ashbourne no se inclinó. Se limitó a mirarla con intensidad.

—Buenas noches, Lady Hermione.

De regreso a su casa, Hermione se encerró en su habitación. Ante el espejo, dejó caer el abanico sobre la mesa y escribió en su diario:

"El teatro fue escenario de dos obras. Una, en el escenario; la otra, la mía. No sé aún cuál de las dos me dejará más marcada".

Capítulo 5

La mañana siguiente a la velada en el teatro amaneció con un cielo gris, cubierto por nubes pesadas que parecían reflejar el humor de Hermione. El murmullo de la ciudad se filtraba a través de los ventanales de su habitación, mezclado con el sonido de los cascos de caballos sobre el empedrado y el lejano repicar de campanas.

Hermione permanecía sentada frente al tocador, observando su reflejo con una mezcla de fastidio y curiosidad. La joven que le devolvía la mirada tenía los ojos más brillantes de lo habitual, como si la emoción de la noche anterior se hubiera grabado en su piel.

—Pareces hechizada —comentó Margaret desde el diván, con una sonrisa traviesa.

Hermione levantó el abanico que reposaba sobre la mesa y lo agitó con fingida indiferencia.

—Hechizada… no. Aburrida, quizá. El teatro solo confirmó lo tediosa que es la temporada.

Margaret se incorporó, incrédula.

—¿Tediosa? ¡Si todo Londres habla de ti! No hubo una sola dama que no te mirara con envidia, ni un caballero que no te buscara con los ojos.

—Y entre ellos, dos particularmente insoportables —replicó

Hermione con un suspiro, recordando a Marcus y Ashbourne—. Uno con sonrisa impecable, el otro con gesto implacable.

Margaret se rio.

—No te quejes. Cualquier debutante mataría por estar en tu lugar.

—Pues que lo intente —contestó Hermione con ironía—. Yo le cedo encantada la atención de toda la ciudad.

Sin embargo, al decirlo, recordó el roce fugaz de Ashbourne en el corredor lateral, el peso de su mirada, la manera en que Marcus había sabido arrancarle sonrisas genuinas. Nada de eso era tedioso.

En ese momento la puerta se abrió y Lady Augusta entró con paso decidido.

—Hermione, esta noche asistiremos a la velada en casa de Lady Pembroke. Será una ocasión decisiva.

Hermione arqueó una ceja.

—¿Decisiva para qué? ¿Para qué me case con el primero que logre resistir mis ironías?

Lady Augusta la fulminó con la mirada.

—Para que comprendas que no puedes jugar eternamente. Esta temporada marcará tu destino.

Hermione sostuvo la mirada de su madre y sonrió con calma peligrosa.

—Entonces, madre, será un destino muy entretenido.

La mansión de Lady Pembroke dominaba la esquina más codiciada de Belgravia, con una fachada de piedra clara cuyas columnas parecían diseñadas para intimidar a los menos audaces. A esa hora, los carruajes formaban una fila ordenada que resplandecía bajo los faroles de gas. Los lacayos, uniformados con libreas de un rojo profundo, abrían puertas y ofrecían manos enguantadas a las damas, que descendían envueltas en texturas de seda, gasa y

terciopelo.

Hermione llegó con Lady Augusta y Margaret en el segundo carruaje de la familia. La casa olía a cera de abeja, a flores blancas—azahares, nardos—y a ese perfume indetectable que solo tienen las casas que acostumbran a recibir a toda la ciudad. En el vestíbulo, un espejo de cuerpo entero multiplicaba los movimientos de las capas y un reloj de pie marcaba, implacable, los minutos de la reputación ajena.

—Cabeza alta —susurró Lady Augusta mientras le acomodaba un mechón rebelde—. Hoy debe inspirar confianza, no chismes.

—Confianza —repitió Hermione, abriendo apenas el abanico—. Lo tendré en cuenta entre un comentario mordaz y otro.

Margaret le dio un ligero codazo, incapaz de reprimir la risa.

El primer salón se abría en una sucesión de puertas con marcos dorados, y de una habitación a otra corrían corrientes de aire perfumado y murmurante. La orquesta—un conjunto pequeño, cuerda y piano—ensayaba una polonesa a medida que transformaba el murmullo en cadencia. En las paredes, los retratos de la familia Pembroke observaban a los invitados con ese gesto superior que da el saber que uno no necesita esforzarse para existir.

—Lady Hermione… —canturreó una voz satinada.

Lady Desdémona Hawthorne emergió como quien conoce todos los secretos y decide, generosa, no pronunciarlos todavía. Vestía un azul noche con un ribete plateado que le dibujaba una constelación en la cintura.

—Queridísima —continuó tomando la mano de Hermione—. Esta noche promete. Ya veo plumas agitadas y ojos demasiado atentos.

—Si alguien pierde una pluma —dijo Hermione—, prometo devolvérsela sin arrancarle la cabeza.

—No hagas promesas que no puedas cumplir —rio Desdémona

—. Ven, Lady Pembroke desea saludarte.

La anfitriona las recibió con una inclinación breve. Era una mujer de sonrisa escasa, ojos calculadores y un talento casi sobrenatural para ubicar a cada invitado en el rincón exacto donde debía ser visto.

—Lady Hermione, bienvenida. —Su voz era tan impecable como el lustre del parqué—. Hay quienes esperan saludarla. Y hay quienes esperan mirarla de lejos. Atienda a ambos grupos con ecuanimidad.

—Haré mi mejor esfuerzo —respondió Hermione y detectó el brillo cómplice en los ojos de la anfitriona.

Cruzaron al salón de música. Sobre una mesa, una pirámide de copas de cristal soportaba un ponche color ámbar; en otra, bandejas con tartaletas de limón y macarons de frambuesa atraían a los golosos con descaro. Hermione tomó una copa, no por gusto sino por necesitar algo entre los dedos.

—Dicen que Lord Ashbourne llegará tarde —murmuró Margaret que ya había sintonizado la frecuencia exacta de los rumores—. Viene de una cena política… o de evitar tres.

—Y, sin embargo, llegará —replicó Desdémona—. Los hombres que no buscan ser vistos siempre encuentran la manera de que no puedas dejar de verlos.

—Qué poética —dijo Hermione con una media sonrisa.

—No poética —corrigió Desdémona—. Observadora.

Un pequeño remolino de damas jóvenes entró al salón como un grupo de aves que habían ensayado su vuelo. Hermione captó trozos de conversación flotando entre las flores y los lazos:

—…Ashford es encantador, baila como un sueño…

—…Ashbourne, en cambio, jamás desperdicia palabras…

—…Hermione Weinthrot no debería jugar con fuego…

Se permitió una inclinación de cabeza a modo de saludo general,

la clase de gesto que le granjeaba interpretaciones opuestas según quien mirara. Lady Augusta, a su lado, murmuró:

—Mantente en el centro del salón. Ni al borde de la multitud ni escondida. El centro manda, el borde suplica.

—Qué filosófica estás hoy, madre.

—Qué peligrosa estás tú —replicó Lady Augusta, aunque un brillo de orgullo se coló entre sus pestañas.

Hermione estaba a punto de responder cuando una sombra familiar apareció en el umbral del salón, como si el aire hubiese decidido hacerse más denso en ese punto. No fue Ashbourne. Fue Marcus.

Lord Marcus Ashford avanzó con esa elegancia que parecía brotarle de los hombros. El frac liso, la corbata perfectamente anudada, el cabello peinado sin rigidez. Traía en la mano un pequeño estuche oscuro.

—Lady Hermione. —Se inclinó—. Me permitiría, antes de cualquier otra cosa, pedirle la primera contradanza. He llegado temprano solo por el privilegio de hacerlo.

El silencio que siguió fue lo bastante corto para parecer espontáneo y lo bastante largo para que varias miradas se clavaran en ellos. Hermione calculó: aceptar significaba bailar una pieza con un pretendiente aprobado por la sociedad; rechazar era regalar media velada a la especulación.

—Agradezco su diligencia, milord —dijo al fin—. Me hará un honor acompañarlo.

Marcus sonrió con gratitud medida. Desdémona, que observaba la escena, tocó el codo de Hermione con una sutileza casi invisible.

—Lo lleva todo bien —susurró—. Si fuera un vino, sería un claret sin sedimentos.

—¿Y Ashbourne?

—Un oporto añejo. No siempre apetece, pero cuando apetece, no lo cambia por nada.

Hermione tuvo que morderse el labio para no reír.

El maestro de ceremonias anunció la contradanza y la orquesta atacó con precisión. Marcus ofreció su brazo; Hermione apoyó la punta de los dedos con esa mezcla de seguridad y desafío que se había vuelto su firma. Se formaron las parejas, los abanicos aminoraron su vaivén, y el salón adoptó el ritmo de un reloj satisfecho.

—Le traigo un obsequio de disculpa —murmuró Marcus mientras tomaban posiciones—. Anoche me atreví a monopolizar su atención en el teatro.

—¿Y cree que un obsequio equilibra esa audacia? —replicó, curiosa.

—Solo si usted lo permite. —Abrió el estuche con discreción: un prendedor minúsculo, un camafeo ovalado de marfil tallado con una silueta femenina—. De mi hermana. Insistió en que se lo entregara; admira su ingenio desde que la oyó replicar a Lady Wells.

Hermione bajó la vista un segundo. No era un obsequio ruidoso ni ofensivo; era un guiño familiar, un elogio indirecto.

—Agradezca a su hermana de mi parte. —Cerró el estuche con suavidad—. Y a usted, por traerlo con discreción.

—Detesto los alardes —dijo él, y la condujo al primer giro.

La danza los llevó del roce al alejamiento, de la mirada a la distancia calculada. Marcus hablaba en susurros que no interrumpían la música: de un libro de poetas italianos, de un cuadro que había visto en la casa de un embajador, de cómo Londres había perdido el hábito de escuchar y se había acostumbrado a mirar. Hermione respondió con interés genuino; la conversación era un juego sin heridas. Nadie trataba de corregirla. Nadie le ponía un freno

invisible.

Fue en el tercer pase, cuando las parejas se cruzaron, que lo vio. Ashbourne en el umbral, sin anunciarse. No llevaba prendedor, ni flor en el ojal, ni prisa en el paso. Solo esa presencia que volvía la habitación un tamaño menor. Su mirada—sobria, fija—se deslizó sobre el salón hasta encontrarla como si también danzara.

Hermione sintió un tirón leve en el estómago, una cuerda conocida que se tensaba. Marcus siguió la dirección de sus ojos y, con cortesía idéntica a la de un saludo, inclinó apenas la cabeza hacia el recién llegado. No hubo gesto de pertenencia; hubo advertencia educada: *"La he invitado yo primero"*.

—El teatro parece haberse mudado a Belgravia —dijo Marcus sin perder la sonrisa—. La ciudad ama los escenarios nuevos.

—Y los triángulos —replicó Hermione con un filo divertido.

—Entonces bailaremos en líneas rectas —prometió él, y la hizo girar con una precisión impecable.

La contradanza concluyó entre aplausos suaves. Marcus la condujo hasta una mesa lateral donde un criado servía refrescos de limón. Hermione permitió que la sociedad registrara sus movimientos: la conversación, las risas contenidas, la naturalidad del intercambio. La pintura estaba quedando pulcra; demasiado pulcra.

—¿Me concede el privilegio de otra pieza? —preguntó Marcus sosteniendo su mirada.

Hermione iba a responder cuando la voz de Ashbourne, sin alzar el tono, se clavó en la conversación como un alfiler.

—No quisiera interrumpir, Lord Ashford. —Se volvió hacia Hermione—. Lady Hermione, me pregunto si coincidiría conmigo en una breve vuelta por la galería. Hay un cuadro de Gainsborough que Lady Pembroke añadió recientemente. Creo que lo detestará. Y me gustaría escuchar por qué.

Marcus se retiró un paso, impecable.

—La galería es el mejor salón de la casa. Iré más tarde a odiar el mismo cuadro. —Se inclinó a Hermione—. Y reservaré un vals.

Tres o cuatro pares de ojos se abrieron como abanicos. Alguien murmuró "qué temerario" con admiración. Hermione, consciente de que cada gesto se convertía en tinta social, levantó la barbilla un milímetro.

—Una vuelta breve, milord —dijo a Ashbourne—. No quisiera que el Gainsborough me robara un vals.

—Los cuadros raras veces roban —contestó él—. Los espectadores, a veces.

Capítulo 6

Caminaron hacia la galería por un corredor alfombrado donde la música llegaba como un rumor acuático. Lady Pembroke, que todo lo veía, les sostuvo la mirada con un gesto indescifrable. Desdémona apareció por un instante detrás de una columna, levantó el pulgar en un gesto casi imperceptible y desapareció como una cómplice satisfecha.

La galería, larga y alta, olía a madera encerada y a un perfume tenue de lavanda. Los cuadros colgaban en dos hileras; paisajes y retratos se alternaban con obediencia victoriana. Al fondo, un ventanal dejaba ver la noche como un terciopelo que no admitía arrugas.

—Así que cree que lo detestaré —dijo Hermione deteniéndose frente al cuadro. Una dama de vestido blanco en un jardín, toda pureza y compostura.

—No lo creo —repuso Ashbourne—. Lo sé.

—Arrogante.

—Observador. —La miró un segundo—. Usted no detesta la belleza; detesta cuando la belleza miente.

Hermione estudió el lienzo. La dama no tenía sombra bajo los ojos ni un pliegue rebelde en el vestido. Era una perfección sin

vértebras.

—Miente —admitió—. Y lo hace con un descaro encantador.

—Como ciertas personas en este salón —dijo él, tranquilo.

—¿Incluyéndome?

—Excluyéndola. —La palabra cayó limpia—. Usted no miente. Provoca. Que es distinto.

El corazón se le alzó a la garganta sin permiso. Hermione dejó que el abanico descansara contra la baranda del ventanal.

—Y usted, milord, ¿no provoca?

—A veces. —Se acercó un paso, no lo suficiente para que fuera un escándalo, sí lo suficiente para que el latido cambiara de compás —. Esta noche, quizá.

—¿Conmigo o con Lord Ashford?

—Con ambos. —Su mirada no se apartó de la de ella—. Aunque confieso que solo me importa provocar a una persona.

El silencio se volvió denso, cargado de palabras que no habían sido admitidas en sala. Hermione abrió el abanico y lo cerró sin abanicarse, gesto mecánico de defensa.

—Me esperan un vals —recordó, suave.

—Y me esperan varios errores —dijo él—. Me temo que pienso cometerlos.

—Sería una novedad en usted.

—Le sorprendería cuánto me equivoco.

Hermione inspiró, dejando que el aire frío del ventanal apagara un tanto el incendio.

—Volvamos, milord. O darán por sentado que he aceptado sus provocaciones.

—Darán por sentado lo que deseen —replicó—. Lo que importa es lo que usted acepte.

Regresaron entre cuadros, marcos y sombras. La música recobró

fuerza al abrirse la puerta de la galería; el salón los tragó como una ola. Varios rostros giraron. Marcus esperaba, fiel a su promesa, junto al maestro de ceremonias. La siguiente pieza, un vals lento, se preparaba como una ofrenda.

Hermione sostuvo un segundo la mirada de Ashbourne; luego, con una decisión que ella misma no entendió del todo, avanzó hacia Marcus.

—Lord Ashford —dijo sin pestañear—. Ese vals es suyo.

Y el salón, satisfecho, volvió a respirar.

El primer giro del vals los envolvió como un lazo de seda. Marcus conducía con una seguridad discreta: no imponía, sugería; no apretaba, acompañaba. El salón parecía haber contenido el aliento: abanicos detenidos, copas a medio camino, sonrisas que no llegaban al final. Hermione se dejó llevar un compás, luego probó el peso de la guía y, con una leve presión de los dedos, marcó su propio ritmo. Marcus lo entendió al instante y sonrió con aprobación, como quien reconoce a un jinete que domina su montura con un gesto apenas visible.

—Baila como si hubiera nacido con música en la sangre —murmuró él.

—Y usted como si hubiera ensayado toda la vida para no pisar a nadie —replicó con brillo en los ojos.

—Pisar es un arte que conviene reservar para momentos muy específicos —sonrió Marcus—. Los duelos verbales, por ejemplo.

Hermione rio, una campanada breve. Permitió que la música le dibujara una espiral en la espalda. La sala giraba; los dorados, las flores, las sombras de los cuadros, todo se deslizaba en una coreografía privada. Y aun así, en la periferia de su visión, la figura de Ashbourne era un norte oscuro en el que siempre acababa posándose la aguja.

—¿Piensa invitarme a leer a los poetas italianos, milord? —preguntó, ligera.

—Pensaba invitarla a no hacer nada —dijo Marcus—. A conversar sin prisa, sin testigos y sin retórica. Podría ser más audaz que la poesía.

—Demasiado audaz para una debutante —lo pinchó, suave.

—Demasiado audaz para un hombre que pretende ser sensato —admitió él, y su sonrisa, por un segundo, dejó ver una sinceridad que no parecía ensayada.

La música cambió de tonalidad, una modulación que oscurecía el brillo del vals. Marcus acercó un punto más la mano a su espalda, apenas un aliento de piel a través del satén. No fue un atrevimiento; fue un aviso de que el mundo podía existir a la distancia exacta de un suspiro. Hermione sostuvo la mirada, y en ese instante el salón se le antojó un teatro mudo donde solo ellos hablaban.

El vals concluyó entre aplausos contenidos. Marcus la condujo a la periferia, a un rincón donde una palmera en maceta dibujaba sombras en la pared. Un criado dejó dos copas de ponche; Marcus tomó una, la ofreció.

—Por su paciencia —dijo.

—Por su imprudencia —contestó ella tocando el cristal.

—¿Mi imprudencia?

—Ha hecho de mí un espectáculo sin derramar una sola gota de escándalo —explicó Hermione ladeando la cabeza—. Es un talento que asusta.

Marcus apoyó la copa en el borde de la mesa. Su voz bajó media cuerda.

—Si la asusta, dígame que me detenga.

Ella pensó en decirlo. Pensó en dejarlo en ese lugar pulcro donde nada se rompe. No alcanzó a decidir: el aire cambió. Como cuando

antes de la tormenta el olor a hierro lo invade todo. Ashbourne estaba allí.

No hubo saludo innecesario. No hubo sonrisa. El frac negro parecía beberse la luz del salón.

—Lord Ashford —dijo con corrección glacial, apenas inclinando la cabeza—. Lady Hermione.

—Milord —respondió ella, el abanico en reposo.

Marcus mantuvo el tono amable, pero el brillo de sus ojos ya no era complaciente.

—Hablábamos de poesía… y de prudencias.

—La poesía —replicó Ashbourne—, sirve para decir lo indecible sin mentir. La prudencia, para no confundir el salón con un escenario.

No alzó la voz. No hizo falta. Varias conversaciones cercanas se deshilacharon en silencio.

—¿Insinúa algo, milord? —Marcus sostuvo su mirada.

—Nada que un hombre inteligente no comprenda —respondió Ashbourne.

Hermione intervino antes de que las palabras tomaran filo.

—Caballeros, no desperdiciemos el vals hablando de prosa. Si vamos a pelear, al menos háganlo con metáforas.

Marcus sonrió, agradecido por la salida elegante.

—Prefiero bailar otro vals que pelear con metáforas —dijo tendiéndole la mano de nuevo a Hermione.

La orquesta atacó un nuevo tema, más rápido, más luminoso. Hermione estuvo a punto de aceptar, pero la mano de Ashbourne —quieta, sin ofrecerse— pesó más que un guante extendido.

—No me gustan los círculos que no van a ninguna parte —dijo él, y el doble sentido quedó flotando.

—A mí tampoco —contestó Hermione, y, contra sus propios

hábitos, retiró la mano que ya había avanzado hacia Marcus—. Me prometí no repetir pasos sin aprender nada.

Un "oh" contenido recorrió el borde del salón. Marcus no se movió, pero en su rostro una sombra pasó y se desvaneció con la rapidez de un hombre que sabe perder sin convertirlo en derrota.

—En ese caso —dijo con una elegancia que desarmaba—, le pido solo esto: no me cierre la puerta. Ni siquiera los salones más rígidos resisten el viento para siempre.

—No la cerraré —concedió Hermione—. Pero hoy necesito caminar recto.

Marcus se inclinó.

—Entonces seré yo quien dé la curva —sonrió con un destello de ironía—. Buenas noches, milord.

Se retiró con una precisión que no humillaba ni desafiaba. El hueco que dejó permitió que el murmullo regresara, como una marea que encuentra otra vez su playa.

Ashbourne no celebró. Tampoco agradeció. Se limitó a respirar más hondo, como si acabara de salvar a alguien de un borde invisible.

—No me pertenece ningún vals —dijo Hermione antes de que él hablara—. Ni a usted ni a nadie. Hoy he elegido esto. Mañana elegiré de nuevo.

—Mientras elija usted —replicó Ashbourne—, el salón tendrá sentido.

—Qué filosófico se ha vuelto —ironizó ella, aunque la voz le salió más blanda de lo que pretendía.

—Qué sincera se ha vuelto usted —contestó él, y por primera vez en la noche dejó que una sonrisa leve, difícil, cruzara su rostro.

La tensión no desapareció; cambió de temperatura. Lady Augusta apareció, oportunísima, con la dignidad intacta y el radar

social en plena función.

—Hermione, Lady Pembroke solicita tu presencia para el brindis —anunció echando a Ashbourne una mirada que, en cualquier tablero, habría contado como una cortesía conquistada.

—Voy enseguida, madre —dijo Hermione.

Ashbourne dio un paso atrás haciendo una reverencia mínima.

—Lady Hermione.

—Milord.

Cuando él se alejó, el salón pareció recuperar el color; pero algo había quedado distinto. Varias damas cuchicheaban con el brillo satisfecho de quien ha visto más de lo que cuenta. Lady Desdémona, a distancia, le ofreció un gesto diminuto: pulgar, otra vez, alzado. Hermione contuvo la risa. No había ganado nada. O quizá había ganado justo lo único que importaba: un margen para decidir.

El brindis fue un rumor de plata en copas de cristal. Lady Pembroke dijo palabras medidas sobre la amistad y la fortuna, sobre la constancia de los lazos. Hermione, con la copa en la mano, sintió la mirada de Marcus como una brisa, la de Ashbourne como una estaca. Y por primera vez en semanas, el centro del salón no le pareció una posición de ataque sino una trinchera.

—¿Estás bien? —susurró Margaret, a su lado.

—Estoy… bailando —respondió Hermione—. Solo que la música ha cambiado.

La orquesta inició una mazurca. Los invitados se reacomodaron. Alguien tropezó con una maceta; un abanico cayó y un caballero lo recogió con un gesto sobreactuado. Detalles mínimos que, sin embargo, tejían el tapiz exacto de la noche. Hermione terminó su copa y la apoyó con cuidado. Necesitaba aire. No el de la galería —ya no—, sino el del jardín.

—Voy a respirar —le dijo a Margaret—. Si nuestra madre pregunta, dile que he salido a no desmayarme con el exceso de virtud.

—Voy contigo.

—No. Quiero… —sonrió—, comprobar si todavía sé estar sola.

Cruzó la puerta que daba al invernadero. La humedad tibia la recibió como un mantel de musgo. Helechos, higueras y un naranjo en maceta perfumaban el aire con una fragancia que no existía en los salones. El cristal empañado filtraba la luz en haces suaves. Por primera vez en toda la velada, el mundo bajó el volumen.

Hermione apoyó las manos en la balaustrada de piedra. No estaba temblando, pero el cuerpo le pedía quietud. Pensó en Marcus: en lo fácil que era hablar con él, en su cortesía como una cama impecable. Pensó en Ashbourne: en lo difícil que era no hablar con él, en su presencia como una escalera estrecha que subía a un altillo prohibido.

—Siempre encuentra usted las puertas con plantas —dijo una voz conocida, y el corazón le dio un salto exacto.

Ashbourne estaba en el umbral, sin ruido. Hermione giró la cabeza apenas, lo justo para que la silueta se recortara entre hojas y vidrio.

—Y usted siempre encuentra los umbrales —respondió—. ¿Es una vocación?

—Una costumbre. —Se detuvo a una distancia respetuosa—. ¿Quiere que me vaya?

La pregunta la desarmó. Ningún hombre lo había hecho esa noche.

—No —dijo, sorprendida por su propia respuesta—. No quiero.

Él asintió, como si esa palabra hubiese colocado las cosas en su sitio. No avanzó. No tocó nada. El silencio volvió, pero ya no era una

cuerda tensa: era una tela que se tensaba sobre dos bastidores.

—No me agradezca lo de hace un momento con Ashford —dijo él—. No hice nada por usted que no hiciera por mí.

—No iba a agradecerle —mintió ella con una media sonrisa—. Iba a regañarlo.

—Entonces regáñeme.

—Es usted insoportable —suspiró—. Y eficiente. Lo peor de ambas cualidades es que, juntas, funcionan.

—No siempre —admitió él—. Esta noche casi no.

Hermione bajó la vista a sus manos enguantadas.

—No me quite lo que elegí. —Alzó los ojos—. Si lo hice por llevarle la contraria, ya pagaré el precio.

—No vine a cobrarle —dijo—. Vine a ofrecerle… tiempo.

—¿Tiempo? —rio con incredulidad suave—. Nadie ofrece tiempo en Londres. Se vende, se compra o se roba.

—Entonces considérelo un robo —respondió—. Yo robé el mío.

Ella lo miró, desconcertada.

—¿De qué se escondía antes de llegar?

—De tres cenas —dijo, y la sombra de humor que lo rescataba cuando estaba a punto de volverse demasiado grave cruzó sus ojos—. Y de una propuesta que no pensaba aceptar.

—¿Matrimonial?

—No todas las trampas tienen flores —replicó—. Algunas prometen influencia.

Hermione sonrió.

—Las flores al menos perfuman el desastre.

—Usted perfuma la batalla —dijo, y la frase quedó, como una moneda, entre ambos.

Un golpe de puerta, lejano, les recordó que el salón seguía existiendo. Hermione enderezó la espalda.

—Tengo que volver antes de que mi madre descubra que el invernadero me ha raptado.

—Lo devolveré sano y salvo al salón —dijo Ashbourne con una corrección teatral que la hizo reír por lo bajo.

Caminó a su lado por el corredor acristalado. No la tocó. Ni siquiera ofreció el brazo. Y, sin embargo, Hermione tuvo la absurda certeza de que, si tropezaba, él ya tenía previsto dónde y cómo sostenerla.

Al cruzar el umbral de vuelta, el ruido social les golpeó en el rostro. La música, la risa, el vidrio, el metal. Y, como si el destino se hubiera impacientado por recuperar su guion, Marcus apareció al otro extremo, con el maestro de ceremonias y la libreta de bailes abierta.

—Buscaba a Lady Hermione —dijo, muy correcto—. Hay una escocesa que me han prometido, si aún…

Hermione respiró. Miró a Ashbourne. Miró a Marcus. Y supo que el capítulo no terminaría en una línea recta.

—Aún —dijo—. Aún bailo.

Marcus sonrió. Ashbourne asintió una fracción. La orquesta invocó el próximo compás.

Hermione avanzó. La noche seguía en marcha. Y el juego, por fin, era suyo.

La escocesa fue un torbellino de faldas y pasos enérgicos que puso al salón entero en movimiento. Hermione, de la mano de Marcus, se dejó arrastrar por la cadencia vigorosa, riendo casi a pesar de sí misma. Era imposible no sonreír cuando los violines marcaban un ritmo tan vivo, cuando las parejas se cruzaban con destellos de color y voces entrecortadas.

Pero incluso entre risas, Hermione percibía la presión de las miradas. Como si la sociedad entera aguardara que ella se

equivocara, que tropezara en la coreografía para confirmar lo que ya murmuraban: que Lady Hermione jugaba demasiado cerca del fuego.

Y los murmullos crecían.

—…Demasiado interés en ella, y de dos caballeros al mismo tiempo…

—…Lady Augusta no debe dormir tranquila…

—…La joven cree que puede decidir, pero al final será el escándalo quien decida por ella…

Hermione mantuvo la sonrisa, como si no oyera nada, como si el mundo no supiera que cada palabra caía como una gota de ácido sobre su nombre.

Cuando la pieza terminó, Marcus la condujo a su asiento con una reverencia impecable.

—Gracias, Lady Hermione. Ha sido un privilegio.

—El privilegio ha sido mío —contestó con esa cortesía que sabía dejar en suspenso cualquier interpretación.

No hubo tiempo para más: la voz de Lady Pembroke resonó por encima del murmullo.

—Queridos amigos, esta noche agradecemos la compañía de todos ustedes. Pero sobre todo celebramos la juventud y la promesa de las nuevas generaciones…

Hermione sintió cómo las palabras se enredaban en torno a ella como un lazo demasiado apretado. Su madre aplaudía con entusiasmo, Margaret se inclinaba hacia adelante, y varias damas de edad se miraban entre sí con sonrisas calculadas.

La velada se cerró con un brindis solemne. Después, el flujo de carruajes volvió a ordenar el caos.

El camino de vuelta a Mayfair fue silencioso. Lady Augusta, satisfecha con lo ocurrido, se limitó a asentir de vez en cuando,

como si hubiera aprobado un examen social. Margaret, en cambio, no pudo contenerse.

—¡Todo Londres hablará de ti mañana, Hermione! ¡Dos caballeros disputando tu atención, un vals interrumpido, una galería convertida en campo de batalla! ¿Acaso no es emocionante?

—Emocionante es una palabra —replicó Hermione apoyando la frente en el cristal de la ventanilla—. La mía quizá sea agotadora.

—Pues agotadora y gloriosa —rio su hermana.

Hermione no respondió. Las luces de gas parpadeaban en la calle, dibujando sombras sobre sus guantes. Por dentro, sin embargo, un torbellino la empujaba en direcciones opuestas: la ternura de Marcus, la intensidad de Ashbourne, el peso de los rumores, la voz de su madre repitiendo *esta temporada marcará tu destino*.

Esa noche, ya en su habitación, Hermione encendió la lámpara de aceite y sacó de un cajón el cuaderno encuadernado en cuero verde. Su refugio secreto.

La pluma tembló apenas cuando la apoyó en la hoja.

"He bailado demasiado. No con mis pies, sino con mis decisiones. Marcus es luz: clara, templada, amable. Ashbourne es sombra: densa, inevitable, peligrosa. Y yo me descubro atraída por ambos como si la contradanza de esta temporada no tuviera fin.

La ciudad espera que elija con prudencia. Pero la prudencia nunca me ha enseñado a vivir.

¿Y si este destino que todos escriben para mí no es más que un vals mal interpretado? ¿Y si en vez de seguir el compás, decido cambiar la música?"

Cerró el diario con un suspiro. Afuera, la lluvia comenzaba a caer, repiqueteando contra los cristales. Hermione apagó la lámpara y se recostó en la cama, sabiendo que al amanecer no solo Londres

hablaría de ella, sino también su propio corazón, que no se callaba ni en sueños.

Capítulo 7

La mañana siguiente a la velada en casa de Lady Pembroke amaneció despejada, como si Londres quisiera fingir inocencia tras una noche en la que las miradas, los abanicos y las sonrisas habían escrito un capítulo nuevo en la crónica social. Pero la claridad del cielo no se reflejaba en la residencia de los Weinthrot.

El mayordomo dejó el periódico sobre la mesa del desayuno con gesto neutro. Lady Augusta lo tomó de inmediato, y tras leer unas líneas, dejó escapar un jadeo.

—¡Escándalo! —exclamó sacudiendo el papel—. *"Lady Hermione Weinthrot, entre sonrisas disputadas y paseos interrumpidos".* ¿Esto es lo que deseas que se diga de ti, hija mía? ¿Que no puedes decidir entre dos caballeros?

Hermione, todavía adormecida, removía el té con movimientos lentos.

—Al menos no mencionan que haya derramado la copa. Eso sí habría sido un verdadero escándalo.

Margaret dejó escapar una carcajada y luego se tapó la boca al recibir la mirada fulminante de su madre.

—Hermione, debes tomarte en serio estas cosas. La reputación no es un abanico que se abre y se cierra a capricho.

Hermione dejó el platillo con un golpecito seco.

—¿Y qué se supone que haga? ¿Convertirme en una estatua sonriente y callada? No, madre. Prefiero ser criticada por hablar demasiado que elogiada por no tener voz.

El silencio fue tan denso que ni siquiera el cuchillo de Margaret al cortar el pan se atrevió a sonar. Lady Augusta suspiró con dramatismo.

—No entiendes lo que está en juego. Esta temporada es tu última oportunidad. Si continúas así, serás recordada como la joven que desperdició su belleza en insolencias.

Hermione se levantó, recogiendo con elegancia el borde de su bata.

—Entonces que me recuerden así. Al menos no será una mentira.

***

Más tarde, incapaz de soportar la atmósfera de la casa, decidió salir. Margaret la acompañó, entusiasmada ante la perspectiva de pasear en Hyde Park, donde toda la sociedad se reunía para ver y ser vista.

El parque estaba repleto: damas con sombrillas de encaje, caballeros montados en caballos lustrosos, niños con uniformes marineros que los seguían con paciencia. Los rayos del sol caían entre los árboles y la brisa llevaba el aroma de flores recién abiertas.

—Mira quién viene —murmuró Margaret pellizcándole el brazo.

Marcus Ashford apareció montado en un corcel castaño. Saludó con una inclinación impecable y desmontó para caminar junto a ellas.

—Lady Hermione, señorita Margaret —dijo, su voz cálida—. ¿Me conceden el honor de acompañarlas?

Antes de que Hermione respondiera, otra figura surgió del sendero. Lord Ashbourne avanzaba con paso tranquilo, sin la ostentación de Marcus, pero con una presencia que obligaba a los paseantes a apartar la mirada. Su saludo fue sobrio, apenas una inclinación de cabeza. Sus ojos se encontraron con los de Hermione, y el mundo perdió un compás.

Los dos hombres intercambiaron cortesías formales, pero en el aire se respiraba el filo de la rivalidad. Margaret, notando la tensión, inventó una excusa para adelantarse y dejarlos a solas, pero manteniendo una distancia que no pusiera en entredicho la reputación de su hermana.

El paseo se transformó en una partida de ajedrez silenciosa. Marcus relataba anécdotas de viajes a Florencia; Ashbourne replicaba con comentarios sobre política y deberes sociales. Hermione respondía a ambos, consciente de que cada palabra podía ser interpretada como un signo de favoritismo.

Llegaron a un claro donde la luz bañaba la hierba. Marcus se detuvo, girándose hacia Hermione con expresión seria.

—Temo que la sociedad sea cruel con sus invenciones. Permítame hablar con franqueza: si alguna vez siente que mi presencia compromete su honor, bastará una palabra para que me retire.

Hermione sintió un nudo en la garganta. Pero antes de responder, Ashbourne habló.

—Y si esa palabra nunca llega —dijo con voz baja pero firme—, significará que ha decidido escuchar más allá de los rumores.

El silencio se tensó. Hermione percibía el peso de ambas miradas. El corazón le latía con tanta fuerza que temía que la brisa la delatara. Un carruaje pasó y los obligó a apartarse; el instante se rompió, pero el eco quedó grabado en su pecho.

***

Más tarde, de regreso en casa, Lady Augusta la recibió con nuevas invitaciones.

—Lady Morton organiza un té íntimo, y quiere verte. La condesa de Radcliffe también ha preguntado por ti. Y, por supuesto, hay otra velada el jueves. Hermione, debes decidirte. La indecisión no es una virtud.

Hermione no respondió. Se encerró en su habitación y abrió el diario encuadernado en cuero verde. La pluma temblaba en su mano mientras escribía:

"He bailado demasiado, pero no con mis pies: con mis decisiones. Marcus me ofrece luz, cortesía, promesas de tranquilidad. Ashbourne me ofrece sombra, verdad y peligro. Ambos me miran como si yo fuera un premio, y yo solo quiero ser dueña de mí misma. ¿Será posible?".

***

Los días siguientes aumentaron la tensión. En el té de Lady Morton, Hermione sintió las miradas clavadas en su nuca. Marcus se sentó a su lado, relatando con encanto historias familiares. Ashbourne, en cambio, apenas habló, pero cada vez que sus ojos se cruzaban con los de ella, un estremecimiento le recorría la piel.

Las damas cuchicheaban. Un abanico se cerraba con violencia, otra levantaba las cejas, una tercera sonreía con malicia.

—Dicen que Lady Hermione quiere jugar con fuego —susurró una.

—Dicen que los incendios arruinan las casas —replicó otra.

Hermione bebió un sorbo de té con calma estudiada. En su

interior, sin embargo, ardía. Cada comentario era una piedra más sobre sus hombros. Y aun así, cuando Ashbourne se inclinó para preguntarle si estaba cómoda, sintió que nada pesaba más que la intensidad de esa voz.

***

Aquella noche la tormenta halló a Hermione en su habitación, incapaz de dormir. Escuchó el repicar de la lluvia contra los cristales y abrió el diario una vez más:

"Hoy comprendí que no se trata de elegir entre dos hombres. Se trata de elegir quién quiero ser. Londres me mira como si fuera una pieza en su tablero, pero yo no nací para obedecer reglas. Nací para escribir las mías".

Cerró el cuaderno con un suspiro y se tendió en la cama, consciente de que el amanecer no traería calma, sino un nuevo murmullo, un nuevo rumor, un nuevo vals social. Y ella debía decidir si bailarlo o cambiar la música para siempre.

Capítulo 8

El rumor había dejado de ser un murmullo.

La mañana siguiente al paseo en Hyde Park, Lady Augusta recibió tres cartas antes del desayuno: una, con un velado consejo de prudencia; otra, con la invitación urgente de Lady Radcliffe; y una tercera, que casi parecía una advertencia disfrazada de cortesía.

Hermione observaba cómo su madre se debatía entre indignación y nerviosismo. Margaret, en cambio, estaba fascinada.

—¡Eres el tema de conversación en todos los salones! —exclamó con brillo en los ojos—. ¿Acaso no es emocionante?

—Emocionante para ti —replicó Hermione probando el café—. Para mí, es como caminar en un campo minado, con los periódicos esperando que tropiece para escribir mi epitafio social.

Lady Augusta dejó caer las cartas sobre la mesa con un golpe seco.

—Esta noche iremos a casa de Lady Radcliffe. No hay excusa. Debes mostrarte impecable, Hermione. Serás observada, juzgada y comentada. Y más vale que lo que digan te favorezca.

Hermione arqueó una ceja.

—¿Y cómo sugiere que lo logre? ¿De la mano de Marcus o del brazo de Ashbourne?

Lady Augusta la miró con tal severidad que hasta Margaret dejó de sonreír.

—Con tu propio porte. Si sabes mantener la frente en alto, nadie podrá herirte.

Hermione no respondió. Su mente estaba aún en el instante en que Ashbourne la había retenido en el invernadero, en la intensidad de sus palabras. Pero también recordaba la seguridad de Marcus, su sonrisa, la manera en que parecía ofrecerle un refugio contra el torbellino.

Y, por primera vez, se preguntó si tal vez no era ella quien se estaba convirtiendo en el torbellino.

La mansión de los Radcliffe se iluminaba como un faro en medio de la noche londinense. Decenas de faroles de gas delineaban la fachada de piedra clara, mientras los carruajes formaban una fila interminable frente a la escalinata. Desde el interior, la música de la orquesta se deslizaba hacia la calle como un río de notas que prometía tanto belleza como intrigas.

Hermione descendió del carruaje con la ayuda de un lacayo. Vestía un vestido en tono marfil con bordados plateados, discreto en el color, pero deslumbrante en el movimiento. Lady Augusta avanzaba erguida, orgullosa, como si cada escalón fuese un peldaño hacia la reivindicación de la familia. Margaret, radiante, murmuraba emocionada:

—Todo Londres está aquí esta noche.

Dentro, el ambiente era denso de perfumes, seda y comentarios apenas disimulados. Lady Radcliffe, la anfitriona, recibió a Hermione con una sonrisa calculada.

—Lady Weinthrot, ¡qué placer tenerla con nosotros! —Su voz era tan dulce como el filo de un cuchillo bien afilado—. Confío en que esta noche le ofrezca serenidad.

—La serenidad es un lujo en Londres —contestó Hermione inclinando apenas la cabeza.

Lady Radcliffe sonrió con aprobación: la joven sabía responder sin perder compostura.

Mientras avanzaban hacia el salón principal, Hermione sintió que las miradas se posaban sobre ella como mariposas ansiosas. Los abanicos se cerraban con chasquidos discretos, labios se curvaban en sonrisas ambiguas. La contradanza inicial ya había comenzado, y los invitados se acomodaban en los laterales para observar.

Fue entonces cuando Marcus apareció entre la multitud. Vestía de negro impecable, con un pañuelo blanco en el bolsillo del chaleco. Avanzó directo hacia ella, sin titubeos, con una firmeza que arrancó un murmullo de aprobación en el salón.

—Lady Hermione —dijo inclinándose—, he reservado esta primera pieza para usted. Confío en que me honre con su compañía.

Hermione no tuvo tiempo de responder. Una voz grave se alzó detrás de ella.

—Me temo, Ashford, que no es el único que confía en ello.

Lord Ashbourne se había acercado con la serenidad de quien no necesita alzar la voz para hacerse notar. Sus ojos se clavaron en Hermione con una intensidad que la obligó a respirar más hondo.

El salón enmudeció. Lady Radcliffe, desde su puesto de anfitriona, parecía deleitarse con el espectáculo que se desplegaba frente a sus invitados.

Hermione levantó la barbilla y sonrió con calma peligrosa.

—Caballeros —dijo con un tono lo bastante fuerte para que todos escucharan—, me temo que no soy un premio de feria que se disputan a viva voz. Esta noche decidiré con quién bailo y con quién converso, como corresponde a una dama.

El murmullo regresó con más fuerza que antes. Algunos

aplaudieron discretamente, otros cuchichearon con evidente deleite. Marcus sonrió con cortesía, aunque sus ojos brillaban con un matiz de desafío. Ashbourne no sonrió: se limitó a inclinar la cabeza, aceptando la sentencia como si fuese un duelo pospuesto.

Hermione, sin embargo, sabía que esa noche el verdadero duelo apenas acababa de comenzar.

La orquesta atacó las primeras notas de un vals. Marcus extendió el brazo con un gesto impecable; Hermione lo aceptó, consciente de que cada par de ojos en la sala seguía su movimiento. El salón parecía contener la respiración mientras ambos se desplazaban hacia el centro, como si la pista de baile fuese un escenario preparado para su aparición.

Marcus conducía con la seguridad de un hombre acostumbrado a triunfar en sociedad. Sus pasos eran firmes, sus giros medidos, pero lo que más sorprendía a Hermione era la serenidad con la que intentaba rodearla de calma.

—No permita que las miradas la intimiden —murmuró inclinándose apenas—. Esta noche, solo estamos usted y yo.

—Eso sería un milagro —replicó Hermione dejando escapar una sonrisa leve—. Londres entero nos observa.

Él la hizo girar con elegancia.

—Entonces déjelos mirar. Quiero que sepan que no temo a los rumores, ni a los cuchicheos, ni a ningún otro caballero que intente disputarme su atención.

Las palabras le rozaron la piel como una caricia velada. Hermione sostuvo la mirada un instante más de lo necesario, y por primera vez sintió el vértigo de lo que Marcus insinuaba sin pronunciarlo del todo: un cortejo abierto, formal, capaz de silenciar a la ciudad.

El vals avanzó. Los cuerpos se rozaban en cada giro, los dedos

de Marcus sostenían su cintura con firmeza cortés, pero con una presión que revelaba un deseo mayor al permitido por las normas. Hermione no apartó la vista; se dejó llevar, y por un instante olvidó la sombra que, lo sabía, no tardaría en manifestarse.

Y no se equivocó.

Al final de la pieza, cuando los aplausos brotaron del salón, Marcus la condujo hacia un rincón lateral, junto a un grupo de columnas adornadas con guirnaldas de flores blancas. Allí, lejos del centro, pero aún bajo múltiples miradas, se inclinó hacia ella.

—Hermione, no quiero que se repita lo de anoche. Quiero que Londres sepa que mi intención hacia usted es seria. Si me permite, hablaré con su madre.

Hermione sintió cómo la sangre se agolpaba en sus mejillas. La formalidad de esas palabras era más peligrosa que cualquier susurro de salón.

—Milord, no decida tan deprisa. Yo… —Pero se detuvo. Una figura oscura se había acercado.

Ashbourne estaba allí, de pie, con los ojos fijos en ella. No hizo reverencia, no pidió permiso: su sola presencia bastó para acallar la conversación.

—Lady Hermione —dijo con voz grave—, si me concede unos instantes, la galería está menos concurrida. Sospecho que el aire aquí es demasiado denso para respirar.

El silencio fue absoluto. Marcus lo miró, altivo, como quien no se deja intimidar en su propio terreno.

—La dama no necesita aire —respondió con cortesía gélida—. Necesita tranquilidad. Y eso, Ashbourne, no suele encontrarse en su compañía.

Hermione dio un paso atrás, como si de repente los dos hombres hubieran estrechado demasiado el círculo. Su corazón latía con

violencia: uno le ofrecía refugio, el otro desafío. Y ambos lo hacían frente a todo Londres.

—Caballeros —dijo con calma estudiada, aunque la voz le temblaba—, esta noche no pienso asfixiarme ni refugiarme. Bailé ya con Lord Ashford. Conversaré ahora con Lord Ashbourne. Y después, con quien yo decida.

El murmullo del salón se encendió otra vez, como un fuego avivado. Marcus se inclinó con una sonrisa de circunstancias y se retiró. Ashbourne, en cambio, le ofreció el brazo sin una palabra. Hermione lo aceptó, sintiendo que cada paso hacia la galería era un pacto con lo prohibido.

La música quedaba atrás, los ecos del vals se diluían, y el silencio del corredor los envolvía con más intensidad que cualquier melodía.

—¿Qué pretende, milord? —preguntó Hermione en voz baja, cuando estuvieron fuera de la vista inmediata.

Ashbourne no dudó.

—Pretendo que deje de fingir. Ni usted es indiferente, ni yo soy prudente.

Hermione inspiró hondo. En ese instante, comprendió que Londres podría arder con un rumor más, y aun así no lograría silenciar lo que crecía entre ellos.

La galería estaba en penumbra, iluminada apenas por un par de candelabros altos. Los cuadros parecían observarlos desde las paredes, testigos mudos de un instante que no pertenecía al protocolo. Hermione dejó caer la mano sobre la barandilla de mármol y giró el rostro apenas para no encontrarse de lleno con la mirada de Ashbourne.

—Usted habla de fingir, milord —dijo en voz baja intentando que el tono sonara ligero—. ¿No es eso lo que hacemos todos en

Londres? Fingir que nos agradamos, fingir que nos interesan las mismas trivialidades, fingir que no estamos atrapados en una red de juicios.

Ashbourne avanzó un paso, lo justo para que la distancia entre ellos se acortara. Su voz, profunda y firme, la envolvió como un lazo invisible.

—Quizá todos lo hagan. Pero usted no. Usted provoca, irrita, deslumbra… pero no finge. Por eso la buscan, por eso la temen.

Hermione tragó saliva. Sentía el pulso en las sienes, el corazón desbocado en el pecho.

—¿Y qué pretende lograr con esas palabras? ¿Qué me ruborice?

—Que recuerde. —Sus ojos ardían como brasas—. Recuerde lo que sintió cuando aceptó caminar conmigo al invernadero. Lo que sintió cuando decidió no entregarle todos los valses a Ashford. Usted elige, Hermione. Y cuando lo hace, el mundo cambia de compás.

El aire entre ellos era denso, cargado de un magnetismo que amenazaba con quebrar cualquier norma. Hermione se obligó a mirar al frente, hacia un retrato de una dama enmarcada en oro.

—Si sigo eligiendo así, terminaré sola, señalada por todos.

Ashbourne se inclinó apenas, lo suficiente para que su aliento rozara la piel de su mejilla.

—Peor sería vivir obedeciendo a todos menos a sí misma.

Hermione cerró los ojos un instante. El peso de sus palabras era tan tentador como aterrador. Cuando los abrió de nuevo, se encontró con que Ashbourne la observaba con la intensidad de un hombre que no juega.

Unos pasos resonaron al final de la galería. Hermione dio un salto atrás, recuperando la compostura. Marcus avanzaba hacia ellos acompañado de Lady Radcliffe, que parecía más que complacida de descubrir a los tres en semejante disposición.

—¡Oh, qué coincidencia! —exclamó la anfitriona, con una sonrisa venenosa—. Lady Hermione, espero que el nuevo diseño de la galería le haya agradado tanto como la compañía.

Hermione se enderezó con la dignidad que siempre la salvaba.

—Es todo bellísimo, Lady Radcliffe —dijo sin perder la calma—. Tanto, que parece una mentira.

El comentario arrancó una risita sofocada de Marcus y dejó a Ashbourne con una media sonrisa difícil de descifrar. Lady Radcliffe, en cambio, alzó las cejas con un brillo de triunfo: el salón tendría material de sobra para el resto de la temporada.

Hermione, consciente de que cualquier palabra de más sería dinamita, pidió el brazo de Marcus con serenidad.

—Milord, ¿me acompaña al salón? No quiero que mi madre crea que he desaparecido en los corredores.

—Será un honor —respondió Marcus, aunque su mirada se desvió fugazmente hacia Ashbourne antes de ofrecerle el brazo.

Regresaron al salón bajo las miradas hambrientas de los invitados. Lady Augusta se levantó de inmediato, con expresión de alivio y advertencia al mismo tiempo. Hermione respiró hondo: la danza de rumores había comenzado de nuevo, y ella estaba en el centro del escenario.

Pero algo en su interior había cambiado. Y por primera vez, no sabía si debía temerlo… o celebrarlo.

Capítulo 9

El sol de la mañana apenas lograba atravesar las cortinas pesadas del comedor de los Weinthrot, pero nada podía atenuar la tensión que reinaba en la mesa. Lady Augusta sostenía una carta con la firmeza de quien blande un arma; Margaret, en cambio, parecía debatirse entre la emoción y el miedo.

—¡Escándalo otra vez! —exclamó Lady Augusta golpeando el mantel con el sobre cerrado—. *"La señorita Weinthrot, atrapada en una galería con Lord Ashbourne bajo la mirada de Lord Ashford".* Así titula Lady Morton su misiva. ¿Qué demonios estabas pensando, Hermione?

Hermione, que removía lentamente la mermelada en su plato, alzó la mirada con calma peligrosa.

—Pensaba que los cuadros eran mudos y que la galería ofrecía un poco de aire fresco. No sabía que hasta las paredes tenían oídos dispuestos a escandalizarse.

—¡No bromees! —Lady Augusta casi perdió la compostura—. Esta casa entera podría derrumbarse con un rumor mal manejado.

Margaret intervino con voz baja pero firme.

—Madre, Hermione no ha hecho nada impropio. Estaba acompañada, nada más. La gente inventa.

—La gente inventa cuando se le da material —replicó Lady Augusta con dureza—. Y tu hermana parece encantada en ofrecérselo.

Hermione dejó la cuchara con un chasquido seco.

—Lo que ofrezco, madre, es conversación. Si los demás quieren convertirla en un escándalo, ese es su entretenimiento, no el mío.

El silencio se hizo espeso. Margaret la miró con una mezcla de admiración y temor. Lady Augusta, sin embargo, respiró hondo y se obligó a recuperar la compostura.

—Esta tarde iremos al té de Lady Penbrook. Allí tendrás oportunidad de enmendar lo ocurrido anoche. Sonríe, sé encantadora y, sobre todo, mantén la distancia entre esos dos caballeros antes de que la sociedad decida por ti.

Hermione no respondió. Se limitó a levantar la taza de té y beber con serenidad, aunque por dentro sentía que cada sorbo era un desafío más a las cadenas que intentaban imponerle.

La residencia de Lady Penbrook no era tan ostentosa como la de los Radcliffe, pero tenía un encanto particular. Sus salones eran más reducidos, las lámparas de cristal más bajas, y las conversaciones sonaban casi como confidencias compartidas. Sin embargo, esa intimidad solo aumentaba la sensación de estar bajo una lupa invisible.

Hermione entró del brazo de su madre, acompañada de Margaret, y de inmediato sintió cómo los ojos se clavaban en ella. El murmullo apenas perceptible le indicó que su reputación ya había llegado antes que su carruaje. Lady Penbrook, anfitriona de sonrisa calculada, se acercó con pasos medidos.

—Lady Weinthrot —dijo inclinándose lo justo—. Qué dicha tenerla entre nosotras después de una velada tan… comentada.

Hermione ladeó la cabeza con una sonrisa serena.

—Espero que esta tarde le ofrezca a Londres un tema menos fatigoso. Los rumores deben cansarse de repetirse a sí mismos.

Lady Penbrook sonrió con un destello de diversión.

—Me temo que los rumores son la música preferida de esta ciudad. Pero no se preocupe: aquí encontrará oídos dispuestos a escuchar su versión.

Hermione agradeció con una inclinación y avanzó hacia el salón principal. El aroma del té y los pastelillos se mezclaba con el perfume de rosas frescas. Un grupo de damas cuchicheaban en un rincón; otras, fingiendo interés en un arreglo floral, no apartaban la vista de ella.

Y entonces, como si el destino no pudiera resistirse a la ironía, Marcus apareció entre la multitud. Su porte era impecable, su sonrisa cálida, y se apresuró a acercarse.

—Lady Hermione —dijo con voz firme pero suave, lo bastante audible para que los demás lo oyeran—, confío en que me permita acompañarla durante la tarde.

Hermione abrió la boca para responder, pero un murmullo recorrió el salón como una corriente de aire frío. Lord Ashbourne acababa de entrar. No necesitó anunciarse: su sola presencia bastó para que varias cabezas se giraran. Sus ojos encontraron de inmediato los de Hermione, y en ese instante, el aire de la sala pareció espesarse.

Lady Penbrook, con la astucia de quien disfruta con el espectáculo, se acercó a Ashbourne con un brillo malicioso en los ojos.

—Milord, qué sorpresa tenerlo en un encuentro tan reducido. ¿Viene en busca de té… o de conversación?

Ashbourne no apartó la mirada de Hermione.

—De ambas cosas —respondió con gravedad—. Pero confieso

que la conversación me atrae más.

El murmullo aumentó. Los abanicos se agitaron, las tazas tintinearon. Hermione, en medio de los dos caballeros, sintió que la tarde prometía convertirse en otra batalla velada, solo que esta vez en un espacio demasiado estrecho para escapar.

Las mesas estaban dispuestas en pequeños círculos, lo que obligaba a los invitados a sentarse cerca, casi hombro con hombro. Lady Penbrook, con un gesto aparentemente inocente, indicó que Hermione debía ocupar el asiento central de uno de esos círculos. A su derecha se acomodó Marcus, y a su izquierda, como si el destino lo hubiera decretado, Ashbourne.

El aroma del té de jazmín se mezclaba con el dulzor de los pastelillos de limón, pero a Hermione le costaba tragar siquiera saliva. Sabía que cada palabra sería un espectáculo.

Marcus rompió el hielo con la cortesía que lo caracterizaba.

—Espero que su mañana haya sido tranquila, Lady Hermione. Londres suele ser cruel al juzgar, pero confío en que no permita que le arrebaten la serenidad.

—La serenidad es un lujo escaso —respondió Hermione con calma estudiada—. Pero hago lo que puedo para conservarla.

Ashbourne, sin apartar la vista de su taza, intervino con voz grave.

—La serenidad no se conserva. Se defiende. Y algunos rumores no merecen defensa, sino desprecio.

Hermione lo miró de reojo; el filo en sus palabras era evidente. Marcus, sin embargo, no se inmutó.

—Tal vez. Pero la manera más elegante de despreciar un rumor es sustituirlo con una verdad. —Giró hacia Hermione con una sonrisa serena—. Y la verdad es que no hay caballero más honrado que desee cortejarla que yo.

El salón enmudeció. Varias tazas se detuvieron a medio camino, los abanicos dejaron de agitarse. Hermione sintió cómo la sangre le subía al rostro: Marcus había lanzado una declaración velada, lo bastante clara para encender la sala entera.

Ashbourne levantó entonces la vista, clavando sus ojos en Marcus.

—El honor no se mide en declaraciones públicas, Ashford. Se mide en la capacidad de sostener una elección aun cuando nadie aplauda.

Marcus arqueó una ceja.

—Y usted, milord, ¿qué elección sostendría?

Ashbourne inclinó apenas la cabeza hacia Hermione.

—La única que importa.

El silencio fue tan intenso que hasta el crujir de una galleta pareció un trueno. Hermione respiró hondo, obligándose a mantener la frente en alto.

—Caballeros —dijo al fin, con voz firme—, si la sociedad desea entretenerse con mis decisiones, al menos que sepa que serán mías. Ni insinuaciones de cortejo ni declaraciones veladas decidirán por mí.

Un murmullo recorrió el salón, mezcla de aprobación y escándalo. Lady Penbrook sonrió con el deleite de quien ha visto encenderse el fuego que esperaba.

Hermione, sin embargo, sabía que la verdadera batalla apenas comenzaba, y que cada palabra pronunciada esa tarde sería recordada mucho más allá de las paredes de ese salón.

El té continuó, pero ya nadie hablaba de la porcelana ni de las recetas francesas que Lady Penbrook había mandado traer especialmente. Todas las conversaciones parecían orbitar en torno a la mesa de Hermione, aunque los murmullos fingieran indiferencia.

Marcus, con la elegancia de un diplomático, se inclinó hacia ella.

—Le ruego disculpe la franqueza de mis palabras, Lady Hermione. Tal vez no fue el momento más oportuno… pero mi intención fue clara: proteger su nombre.

Ashbourne apoyó la taza sobre el platillo con un golpe seco, lo justo para que las damas más cercanas se sobresaltaran.

—¿Protegerla? —Su voz era baja, pero tan firme que helaba—. No se protege a una dama arrastrándola al centro de la conversación pública. Se la protege dándole libertad, no cadenas.

Los abanicos se agitaron con violencia. Marcus no perdió la compostura, pero la tensión en sus labios era evidente.

—Libertad, dice usted, cuando la única libertad que ofrece es la de caminar bajo el filo de su reputación.

Hermione entrecerró los ojos.

—Caballeros, basta. —Su tono fue lo bastante alto para callar el salón entero—. Ni soy un premio que se reparte con discursos ni un estandarte para librar batallas de orgullo.

Marcus se reclinó respirando hondo para recuperar la calma. Ashbourne, en cambio, mantuvo la mirada fija en ella, como si acabara de pronunciar la única verdad que él mismo esperaba escuchar.

Lady Penbrook, con una sonrisa satisfecha, dio una palmada suave.

—Queridos invitados, ¿no creen que sería oportuno un poco de música? —anunció, y la orquesta en miniatura comenzó a tocar un minueto que llenó el aire de notas tensas.

El ambiente se distendió apenas, pero el daño estaba hecho. Hermione se levantó con gracia y pidió a Margaret que la acompañara a tomar el aire. Al salir, escuchó claramente un susurro detrás de ella.

—No durará mucho antes de que deba escoger. Y cuando lo

haga, uno de ellos caerá.

***

De regreso en su habitación esa noche, Hermione encendió la lámpara de aceite y abrió su diario. El silencio era tan profundo que hasta el rasgar de la pluma sonaba como un grito.

"Hoy Marcus me ofreció seguridad, y Ashbourne, desafío. Ambos creen que saben lo que necesito, pero ninguno entiende lo que deseo: elegir por mí misma. Londres me juzga como si fuera un tablero de ajedrez. Pues bien… Quizá sea hora de recordarles que no soy una pieza. Soy la jugadora".

Cerró el cuaderno con un suspiro y se recostó en la cama. Afuera, la lluvia comenzaba a golpear los cristales, como si la ciudad entera le recordara que nada sería fácil en la temporada que apenas empezaba a arder.

Capítulo 10

El amanecer no trajo calma. Trajo un sobre.

Hermione lo encontró sobre su tocador, colocado con demasiada precisión como para ser un descuido de la doncella. El papel era de un blanco impecable, sin sello ni firma. Al abrirlo, reconoció una caligrafía desconocida, trazada con un pulso firme y casi insolente:

"La dama que juega con dos voluntades pronto se quedará sin ninguna. Londres no perdona a quienes desafían su orden. Recuerde que un solo paso en falso puede hundir no solo su nombre, sino también el de su familia."

El papel tembló en sus manos. Durante un instante creyó que era otra broma maliciosa de la sociedad, pero había en esas palabras un filo distinto, más sombrío.

—¿Qué lees? —preguntó Margaret que acababa de entrar con un lazo deshecho en el cabello.

Hermione dobló el papel con calma estudiada.

—Nada de importancia. Una advertencia disfrazada de cortesía, de esas que tanto gustan en Londres.

—Hermione… —La voz de su hermana era un susurro cargado de miedo—. ¿Y si no es un simple rumor? ¿Y si alguien realmente…?

—No lo sabremos —la interrumpió Hermione con firmeza—. Y no

le daremos a madre una excusa para encerrarme en casa como si fuera un ave enjaulada.

Guardó la carta en un cajón secreto del tocador. Pero el cosquilleo helado en la nuca no desapareció.

El salón de la casa bullía de actividad esa tarde. Lady Augusta recorría la estancia con paso rápido, lanzando instrucciones a los criados mientras se preparaban para la velada en la residencia de los Cavendish, una familia con influencias políticas. Era la ocasión perfecta para que Hermione demostrara compostura.

—Quiero verte impecable —le dijo su madre, ajustándole el broche de perlas en el pecho—. Ni una palabra de más, ni un gesto de menos. Esta noche se puede decidir tu destino.

Hermione sostuvo la mirada de su madre con una mezcla de ternura y rebeldía.

—No se preocupe. Esta noche seré tan perfecta que quizá hasta me aburran.

—Hermione… —suspiró Lady Augusta, entre exasperada y resignada—. Algún día comprenderás que la insolencia se paga cara.

Hermione bajó la vista un instante, pero en su interior la voz de la carta resonaba: *"Un solo paso en falso puede hundir a tu familia."*

No, pensó. No me callaré.

***

El salón de los Cavendish era un despliegue de poder más que de lujo: lámparas colosales, tapices con escenas bélicas, retratos de ancestros en poses de conquista. La orquesta tocaba discretamente, pero el verdadero espectáculo estaba en las conversaciones: políticos discutiendo, damas comentando con malicia, caballeros midiendo cada palabra.

Hermione entró con paso firme, acompañada de Margaret y Lady Augusta. Sintió el murmullo inmediato recorrer el salón como un viento helado. No necesitó agudizar el oído para entender: hablaban de ella.

Fue Marcus quien apareció primero, con la cortesía de un caballero dispuesto a erigir un muro a su alrededor.

—Lady Hermione —dijo con una sonrisa cálida, ofreciendo su brazo—. Confío en que me permita escoltarla esta noche.

La aceptación habría sido la salida fácil. Hermione ya casi extendía la mano cuando una sombra más oscura se impuso a su lado. Ashbourne, de negro riguroso, inclinó apenas la cabeza, sus ojos fijos en ella con una intensidad que la hizo contener el aliento.

—Escóltela si gusta, Ashford —dijo en voz baja, lo justo para que ella lo oyera—. Pero recuerde que no siempre es el primero en quién piensa cuando el silencio la rodea.

Hermione sintió cómo el salón entero se difuminaba a su alrededor. Marcus le ofrecía seguridad y un escudo contra los cuchicheos; Ashbourne le ofrecía desafío, fuego, peligro. Y ambos estaban allí, reclamando su espacio en la noche.

Tomó el brazo de Marcus, porque sabía que todos esperaban un gesto claro. Pero al hacerlo, su mirada buscó la de Ashbourne, y lo encontró observándola como si hubiera vencido en un duelo invisible.

El resto de la velada fue un torbellino. Damas que la miraban con sonrisas envenenadas, caballeros que murmuraban al pasar, conversaciones que parecían detenerse al escuchar su nombre. Hermione respondió con serenidad, como si cada palabra fuese un escudo. Pero por dentro, la carta de la mañana pesaba como una sombra.

Y lo peor estaba por llegar.

El salón de los Cavendish bullía con un murmullo cada vez más intenso. Las notas de la orquesta eran un telón apenas perceptible detrás del verdadero espectáculo: la política disfrazada de cortesía, los cuchicheos disfrazados de cumplidos.

Hermione, del brazo de Marcus, avanzaba entre grupos de invitados que la saludaban con sonrisas demasiado amplias para ser sinceras. Ella respondía con la compostura de una estatua, aunque por dentro la carta recibida esa mañana ardía como un hierro al rojo.

—Tranquila —le susurró Marcus inclinándose hacia ella—. No pueden dañarla mientras yo esté a su lado.

Hermione lo miró de reojo. Sus palabras eran dulces, pero encerraban el mismo problema que la sociedad entera: todos hablaban de protegerla, nadie de escucharla.

Fue entonces cuando ocurrió.

En el centro del salón, mientras se servían bandejas de ponche, Lady Eleanor Whitcombe —una joven conocida por su lengua venenosa y por haber mostrado demasiado interés en Ashbourne en temporadas pasadas— alzó deliberadamente la voz.

—Dicen que Lady Hermione ha convertido los corredores en escenarios secretos —declaró sosteniendo una copa—. Una galería anoche, un invernadero antes… ¿Y qué será lo próximo? ¿Las escaleras de servicio?

Las risas que siguieron fueron cortantes, como agujas clavándose en la piel. Hermione se detuvo en seco. Sus mejillas ardían, pero no de vergüenza, sino de furia.

Marcus apretó su brazo con suavidad, en un gesto claro de protección.

—Ignore a esa muchacha. No merece su atención.

Ashbourne, en cambio, no se contuvo. Desde el otro extremo del salón, su voz grave cortó el murmullo como un cuchillo.

—Señorita Whitcombe. —Todos se giraron hacia él. Ashbourne avanzó con calma peligrosa, cada paso marcando un compás de silencio—. Es curioso que hable de corredores cuando jamás ha tenido usted la elegancia de ser invitada a uno en privado.

El salón estalló en murmullos. Lady Eleanor palideció, sus labios se apretaron con indignación, pero no encontró réplica. Nadie desafiaba a Ashbourne en público.

Hermione sintió que el suelo temblaba bajo sus pies. La defensa de Ashbourne era brutal, definitiva, y la convertía en protagonista de un duelo verbal que resonaría por toda la ciudad.

Lady Augusta, desde el borde del salón, parecía a punto de desmayarse. Marcus, aun sujetándola, murmuró con urgencia:

—Esto no ayuda, Hermione. Cada palabra suya lo ata más a usted.

Hermione respiró hondo, apartó con delicadeza su brazo del de Marcus y dio un paso al frente. Su voz, clara y firme, resonó en la sala:

—Si Londres desea entretenimiento, que al menos lo tenga con algo más que rumores. Sí, he caminado por galerías y jardines. Sí, he conversado con caballeros. Pero nunca he hecho nada que no pudiera sostener con la frente en alto.

El silencio fue absoluto. Incluso la orquesta dejó escapar un acorde inconcluso. Hermione sostuvo la mirada de Lady Eleanor, luego la de Ashbourne y, por último, la de Marcus.

—Y si alguien cree que eso es escandaloso —concluyó con un destello de desafío—, entonces Londres tiene una noción muy pobre de lo que significa la palabra libertad.

Los murmullos regresaron con más fuerza, pero esta vez eran distintos: mezcla de escándalo y admiración. Lady Eleanor se retiró con el rostro rojo de ira. Ashbourne la miraba con una intensidad

contenida, Marcus con una mezcla de orgullo y preocupación.

Hermione, en el centro del salón, comprendió que había cruzado una línea invisible: ya no era solo una debutante comentada. Era una mujer que había hablado en voz alta contra las reglas no escritas de Londres.

Y esa osadía tendría un precio.

La velada continuó, pero ya nada era igual. Hermione era el tema de conversación en cada rincón. Lady Augusta insistía en retirarse, pero Marcus le rogaba que permaneciera para demostrar compostura. Ashbourne, en cambio, parecía disfrutar del incendio social como si lo hubiera esperado toda la noche.

Hermione se sentía atrapada en una danza sin música, sostenida apenas por su propio orgullo. Y cuando el reloj marcó la medianoche, comprendió que Londres no olvidaría jamás lo que acababa de ocurrir.

El carruaje de regreso a casa parecía un ataúd dorado, cargado de silencio. Lady Augusta se había instalado rígida en el asiento, con los labios apretados como si cada palabra que no pronunciaba fuera un sacrificio al decoro. Margaret, en cambio, miraba a Hermione con los ojos brillantes de orgullo y miedo al mismo tiempo.

—¿Comprendes lo que has hecho? —rompió al fin Lady Augusta, con un hilo de voz que vibraba de indignación—. Has hablado delante de toda la ciudad, como si fueras una política y no una dama en busca de esposo.

Hermione sostuvo su mirada con serenidad.

—He hablado como lo que soy: una mujer que no acepta ser mercancía.

—¡Hermione! —exclamó su madre llevándose una mano al pecho —. ¿Cómo puedes ser tan imprudente? Nadie querrá ofrecerte su nombre después de esto.

—Entonces, mejor —replicó Hermione con calma peligrosa—, porque no pienso entregarme a nadie que crea que mi silencio es más valioso que mi voz.

Lady Augusta se desplomó contra el asiento, como si la insolencia de su hija hubiera sido un golpe físico. Margaret alargó la mano y rozó la de Hermione, en un gesto de apoyo que ninguna de las dos se atrevió a verbalizar.

***

Más tarde, cuando las luces de los Cavendish ya eran un recuerdo distante, Marcus se presentó en la residencia de los Weinthrot. Pidió hablar con Hermione en el pequeño salón azul, lejos de la mirada severa de su madre.

—Esta noche… —comenzó paseando con nerviosismo—, fue un desafío abierto. Lo que dijiste, lo que él respondió… Londres se dividirá entre quienes te admiran y quienes querrán verte caer.

Hermione lo observó con atención.

—¿Y usted en qué lado estará, Marcus?

Él se detuvo, como sorprendido por la pregunta. Luego, con gesto solemne, se inclinó hacia ella.

—En el tuyo. Pero debes entender que cada palabra que pronuncias me obliga a actuar con mayor firmeza. No puedo permitir que Ashbourne siga usando tu nombre como arma en sus duelos personales.

—No necesito que nadie me defienda —respondió Hermione con suavidad, pero firme—. No soy un estandarte en sus batallas, Marcus. Ni en las tuyas, ni en las suyas.

Marcus pareció herido, pero asintió con gravedad.

—Entonces permíteme al menos ser tu aliado. Porque si no me

aceptas como tal, me temo que este juego se convertirá en una guerra.

Antes de que Hermione pudiera responder, la puerta se abrió sin previo aviso. Ashbourne cruzó el umbral con la arrogancia de quien no teme a ninguna norma.

—Ya es una guerra —declaró, sus ojos fijos en Hermione—. La diferencia es que algunos de nosotros estamos dispuestos a luchar hasta el final.

El silencio en la habitación fue un campo de batalla invisible. Marcus y Ashbourne se miraron como dos espadachines a punto de desenvainar, y Hermione, atrapada en medio, sintió que la tensión la desgarraba por dentro.

Esa noche, en su habitación, Hermione encendió la lámpara y abrió su diario. El crujido de la pluma fue el único sonido que la acompañó mientras escribía:

"*Hoy he descubierto que soy más peligrosa de lo que imaginaba. Una palabra mía puede encender un salón entero. Dos caballeros se enfrentan por mí como si fuera un trofeo, cuando en realidad lo único que quiero es ser dueña de mi propio destino. Pero el destino, en Londres, no se regala. Se conquista".*

Cerró el cuaderno con un golpe seco, apagó la lámpara y se recostó. Afuera, el viento sacudía las ramas contra la ventana como si el mundo quisiera recordarle que el verdadero escándalo apenas acababa de empezar.

Capítulo 11

La mañana siguiente trajo consigo un aire espeso, cargado de rumores que parecían haber viajado más rápido que el propio carruaje de los Weinthrot. Apenas el reloj marcó las nueve, un desfile de cartas comenzó a llegar: algunas disfrazadas de cortesía, otras con insinuaciones tan evidentes que apenas podían llamarse invitaciones.

Hermione hojeaba cada sobre con la paciencia de un verdugo. En casi todas se repetía la misma melodía: damas que *"deseaban expresarle su afecto en estos momentos difíciles"*, caballeros que *"lamentaban los malentendidos de la velada"* y, lo más irritante, comentarios velados sobre la necesidad de que *"la señorita Weinthrot escogiera sabiamente a su compañero en adelante".*

Lady Augusta las clasificaba en pilas: unas para responder con gratitud, otras para ignorar con diplomacia.

—La mitad de Londres cree que eres un ejemplo de valentía —dijo con un suspiro—. La otra mitad, que has firmado tu condena.

Hermione se recostó en el sillón, con el diario abierto en su regazo.

—Al menos, madre, ninguna mitad puede decir que me he callado.

Margaret, desde el otro extremo de la habitación, rio en voz baja.

—Y eso es precisamente lo que más les desconcierta.

***

A media mañana, el nombre de Lord Ashbourne fue anunciado con pompa por el mayordomo. El solo eco de sus pasos en el recibidor bastó para tensar la atmósfera. Hermione se levantó con calma, aunque su corazón latía con violencia.

Ashbourne entró con el porte de un hombre que no pedía permiso. Su mirada se posó en Hermione con una intensidad tan feroz que por un instante pareció que estaban solos en la sala, aunque Lady Augusta y Margaret observaban con atención cada movimiento.

—He venido a disculparme —dijo con voz grave inclinando la cabeza apenas—. No por lo que dije, sino porque no medí las consecuencias que acarrearía para usted.

Lady Augusta arqueó una ceja.

—Una disculpa a medias, milord, es apenas una confesión de orgullo.

Ashbourne no apartó la vista de Hermione.

—Llámelo como guste, milady. Pero no podía quedarme en silencio.

Hermione dio un paso al frente, consciente de que todos contenían el aliento.

—¿Y qué pretendía lograr con sus palabras, milord? ¿Acaso demostrar que Londres no puede tocarlo a usted, aunque a mí me arrojen a las brasas?

Ashbourne endureció la mandíbula.

—Pretendía que nadie volviera a atreverse a manchar su nombre en mi presencia.

El silencio fue brutal. Lady Augusta resopló, Margaret tragó saliva. Hermione, en cambio, sostuvo su mirada con un fuego nuevo en los ojos.

—No necesito que nadie me proteja como si fuera una reliquia de cristal, Ashbourne. Lo que necesito es que me dejen elegir qué batallas pelear.

Por un instante, él pareció querer replicar, pero se contuvo. Finalmente, inclinó la cabeza en un gesto lento, cargado de respeto y de desafío.

—Entonces, elija, Hermione. Pero no olvide que cuando lo haga, no habrá vuelta atrás.

Se retiró sin esperar respuesta, dejando tras de sí un aire cargado de electricidad. Lady Augusta exhaló con dramatismo.

—Ese hombre… Es dinamita envuelta en terciopelo.

Hermione se dejó caer en el sillón. No podía negarlo. Y lo peor era que parte de ella deseaba prender la mecha.

El eco de los pasos de Ashbourne aún resonaba en la memoria de Hermione cuando, apenas unas horas después, otro visitante fue anunciado. Esta vez no hubo sorpresa: Marcus Ashford, impecable como siempre, con su porte contenido y su sonrisa estudiada.

Lady Augusta se levantó con un brillo de esperanza en los ojos.

—Lord Ashford, qué alegría verlo tan pronto. —Su tono estaba cargado de un alivio casi desesperado—. Confío en que su visita traiga buenas nuevas.

Marcus inclinó la cabeza con cortesía, pero su mirada se posó enseguida en Hermione.

—He venido a hablar con usted, Lady Hermione. Si me concede unos momentos a solas.

Lady Augusta abrió la boca para protestar, pero Margaret se adelantó con una firmeza poco habitual.

—Madre, quizá sea mejor darles privacidad.

Hermione agradeció a su hermana con una mirada fugaz. Cuando la puerta se cerró, la tensión en la sala se volvió densa como niebla.

Marcus se acercó un paso, con las manos entrelazadas a la espalda.

—Lo que ocurrió anoche… fue el inicio de algo que Londres no olvidará. Y temo que, sin una acción clara, los rumores terminarán por destruir todo lo que usted es.

Hermione arqueó una ceja, con calma.

—¿Y cuál sería esa acción clara, según usted?

Marcus respiró hondo, y entonces lo dijo:

—Permítame cortejarla formalmente. Hacerlo público. Convertir esos rumores en el inicio de una unión legítima.

Las palabras quedaron flotando en el aire como un golpe de campana. Hermione sintió que el corazón le latía con fuerza en las sienes.

—¿Cree, milord, que un anuncio basta para calmar a Londres?

—No solo para calmarlo —replicó Marcus con firmeza—. Para transformarlo en un aliado. Si la sociedad ve que su nombre está unido al mío, todo lo que hoy la amenaza se volverá su fortaleza.

Hermione bajó la vista un instante, como si buscara apoyo en el patrón de la alfombra.

—¿Y si le digo que no quiero ser salvada por un contrato, sino por mi propia voz?

Marcus dio un paso más, su tono se suavizó.

—Hermione, no hablo de salvarla. Hablo de caminar a su lado. Usted es valiente, sí, pero no debería pelear esta guerra sola.

Ella lo miró entonces, y por un instante vio la sinceridad en sus ojos, la seguridad de un hombre que realmente quería ofrecerle un escudo contra el mundo. Y sin embargo, al recordarlo, lo que volvía a su mente era la voz de Ashbourne resonando como fuego: *"Entonces, elija, Hermione."*

Hermione respiró hondo.

—No puedo darle una respuesta ahora, Marcus.

Él asintió, como si hubiera esperado esa respuesta.

—No le pido una respuesta inmediata. Solo le pido que lo considere. Porque el tiempo en Londres corre más rápido que en ningún otro lugar, y temo que pronto alguien más decida por usted.

Con una reverencia impecable, se retiró.

Hermione se dejó caer en el sillón, el corazón latiendo con violencia. Dos hombres, dos caminos. Ninguno de ellos parecía fácil.

***

El aire en la casa estaba tan cargado de palabras no dichas que Hermione sintió que no podía respirar. Apenas se hizo el anochecer, escapó hacia el jardín de invierno, un espacio que siempre había considerado suyo. Los ventanales dejaban entrar la luz de la luna, bañando las plantas en un resplandor plateado; el aroma húmedo de la tierra y las flores nocturnas era un bálsamo frente al veneno de los rumores.

Se dejó caer en un banco de hierro forjado, acariciando el borde frío con la yema de los dedos. Por primera vez en días, permitió que su espalda se hundiera contra el respaldo y que un suspiro saliera de sus labios.

—Sabía que vendría aquí —dijo una voz grave desde las sombras.

Hermione se irguió de golpe. Lord Ashbourne emergió entre las palmas y las buganvilias como si siempre hubiera pertenecido a ese lugar prohibido. Llevaba la chaqueta desabotonada, un descuido impropio en cualquier salón, y la expresión de un hombre que había peleado batallas mucho más duras que las del cotilleo londinense.

—¿Acaso me sigue ahora? —preguntó Hermione, con un hilo de indignación.

Ashbourne sonrió con amargura.

—No necesito seguirla, Hermione. Usted y yo somos como dos imanes: inevitablemente terminamos en el mismo lugar.

Ella quiso replicar, pero la firmeza en su mirada la detuvo. Había algo distinto esa noche: no era el hombre arrogante que incendiaba salones, sino alguien con una grieta apenas visible en su armadura.

—¿Por qué lo hace? —preguntó al fin, bajando la voz—. ¿Por qué insiste en arrojarse al fuego, aun sabiendo que yo soy la que termina quemada?

Ashbourne se acercó lentamente, como si temiera que un movimiento brusco la espantara.

—Porque yo ya me quemé hace años. Y descubrí que algunas cicatrices valen más que cualquier reputación.

Hermione lo observó, sorprendida.

—¿De qué habla?

Él se detuvo frente a ella, las manos apoyadas en el respaldo del banco, inclinándose apenas. Su voz bajó hasta convertirse en un murmullo.

—De un error que cometí cuando era más joven. Una mujer que confiaba en mí y a la que no pude proteger. Londres se encargó de destrozarla… y a mí con ella. Desde entonces, aprendí que la única manera de vivir aquí es golpear primero.

Hermione sintió un nudo en la garganta. En sus ojos no había

dramatismo, sino la verdad desnuda de alguien que había amado y perdido.

—¿Y ahora me golpea a mí también? —preguntó con dureza, aunque su voz tembló.

Ashbourne negó despacio.

—No. Ahora lucho para que nadie más se atreva.

El silencio que siguió fue espeso, cargado de una intimidad peligrosa. Hermione podía sentir el calor de su cuerpo tan cerca que la luna misma parecía retroceder. Por un instante, la tentación de cerrar los ojos y dejarse llevar fue abrumadora.

Pero se obligó a apartar la mirada, clavándola en el suelo.

—No sé si puedo confiar en usted, milord.

Ashbourne se inclinó un poco más, hasta que su voz fue apenas un roce contra su oído.

—No le pido confianza. Le pido que escuche lo que ya siente.

Hermione contuvo el aliento. Cuando lo miró de nuevo, él estaba demasiado cerca, demasiado real. Y supo que, si no se levantaba en ese instante, cometería el mismo error del que él mismo acababa de hablar.

Se puso de pie con brusquedad.

—No puedo quedarme aquí.

Ashbourne no intentó detenerla. Solo la observó alejarse, con una intensidad que la perseguiría en sueños.

***

Esa misma noche, de regreso en su habitación, encontró otra carta sobre la mesita. Esta vez el sello era inconfundible: Marcus. La abrió con manos temblorosas.

"Hermione, No puedo permanecer impasible mientras él la arrastra a su mundo de sombras. Lo que vi en sus ojos esta noche me aterra. Sé que lo desea, y sé que él no es un hombre seguro. Le ruego que me permita ser su escudo. No como sociedad lo exige, sino porque temo perderla más de lo que temo cualquier escándalo".

Hermione dejó caer la carta sobre el regazo. El papel ardía como fuego en su piel. Dos hombres, dos voces. Una hecha de cicatrices y fuego; la otra, de certeza y miedo a perderla. Y en medio, ella, atrapada en un torbellino que ya no podía detener.

El reloj de la casa dio las once campanadas cuando Hermione, aún con la carta de Marcus en el regazo, encendió su lámpara de aceite y abrió el diario. El crujido de la pluma sobre el papel era el único sonido que llenaba la habitación; incluso el viento parecía haber decidido guardar silencio para escucharla.

"Hoy he descubierto dos verdades que me persiguen. Ashbourne vive bajo el peso de una herida que lo hace luchar como un animal acorralado. Marcus, en cambio, me ofrece un refugio que parece inquebrantable. Uno me arrastra al fuego, el otro me protege de la tormenta. Y yo… no sé si quiero huir del fuego o dejarme consumir por él".

Hermione levantó la mirada y la fijó en el espejo. Sus propios ojos parecían los de una extraña: brillaban de un modo febril, como si hubiese visto más de lo que estaba dispuesta a aceptar. Cerró el diario con un golpe seco y se puso de pie.

El aire en la habitación estaba cargado de la fragancia de la vela recién apagada, un perfume tenue que le recordó lo efímera que podía ser la calma. Caminó hacia la ventana y abrió las cortinas. La luna bañaba el jardín con su luz plateada, la misma bajo la cual

Ashbourne le había confesado sus cicatrices.

Por un instante, apoyó la frente contra el vidrio frío. Imaginó la seguridad de los brazos de Marcus, su voz prometiendo que nada podría tocarla. Luego, casi contra su voluntad, sintió en la piel el eco del aliento de Ashbourne rozándole la mejilla, esa proximidad peligrosa que la hacía arder.

Un estremecimiento recorrió su cuerpo.

Se obligó a cerrar la ventana, como si al hacerlo pudiera encerrar también las dos fuerzas opuestas que la desgarraban. Se recostó en la cama, pero el sueño no llegaba.

"Debo elegir", pensó. *"Antes de que Londres lo haga por mí."*

La última campanada de medianoche resonó en la casa como una sentencia. Hermione apagó la lámpara y quedó sumida en la oscuridad, con el corazón dividido y el alma en llamas.

Capítulo 12

La luz de la mañana se filtraba con desgano entre las cortinas del salón principal, como si incluso el sol temiera entrar a una casa donde el aire estaba tan denso de reproches. Sobre la mesa reposaban varios sobres abiertos, las cartas extendidas como cuchillos de papel.

Lady Augusta caminaba de un lado a otro, sosteniendo una misiva en alto como si fuera la prueba irrefutable de un crimen.

—¡Lo sabía! —exclamó con la voz temblorosa de indignación—. *"La joven Weinthrot no distingue entre cortesía y provocación. Si no se corrige pronto, será recordada más por sus imprudencias que por sus virtudes".* Firmado: Lady Morton, otra vez.

Hermione, sentada en el sillón con el rostro sereno, tomó una taza de té sin apartar la vista de su madre.

—Lady Morton debería ocuparse de sus propios hijos en lugar de contar mis pasos.

—¡No bromees con esto! —replicó Lady Augusta dejando caer la carta sobre la mesa con un golpe seco—. Londres se está dividiendo. Anoche algunos aplaudieron tu valentía, pero otros se han jurado arruinarte. ¿Sabes lo que significa tener enemigos con apellido y fortuna?

Hermione sorbió el té despacio, como si cada gota fuera un acto de rebeldía.

—Significa que por fin me toman en serio.

Margaret, que permanecía junto a la ventana, giró el rostro hacia ellas con expresión preocupada.

—Hermione, madre no exagera. He escuchado comentarios incluso entre nuestras amigas. Dicen que juegas con dos caballeros como si fueran piezas de ajedrez.

Hermione soltó una risa breve, amarga.

—¿Y acaso no lo hacen ellos conmigo? ¿Acaso no me colocan en el tablero de Londres sin preguntarme si quiero jugar?

Lady Augusta cerró los ojos, como si necesitara reunir fuerzas.

—Hoy por la noche asistiremos a la recepción de los Montrose. Será tu oportunidad de rectificar. Necesitas mostrar compostura, recato y…

—¿Sumisión? —interrumpió Hermione con un destello de ironía en los ojos.

—¡Hermione! —La voz de Lady Augusta se quebró entre furia y súplica—. No estoy pidiéndote sumisión. Estoy rogándote que sobrevivas en este mundo.

El silencio cayó sobre la sala. Hermione dejó la taza en la mesa con un gesto calculado, se levantó y se acercó lentamente a su madre.

—Madre, he sobrevivido porque me niego a ser lo que esperan. Y esta noche, en casa de los Montrose, no cambiaré quién soy para calmar los nervios de nadie.

Lady Augusta palideció, como si hubiese visto en su hija algo que no podía controlar. Margaret, en cambio, ocultó una sonrisa tímida: admiración disfrazada de preocupación.

Hermione subió las escaleras hacia su habitación, su vestido

arrastrando un murmullo de desafío contra la alfombra. En el fondo de su pecho, la carta de Marcus y las palabras de Ashbourne aún ardían como brasas.

Londres podría dividirse en su contra. Ella ya había decidido no doblarse.

***

La residencia de los Montrose brillaba como un faro de poder esa noche. Cada lámpara de cristal parecía encendida con la intención de iluminar hasta el último rincón, y aun así, Hermione sintió que la penumbra la seguía dondequiera que iba.

El carruaje se detuvo frente a la entrada principal. Lady Augusta descendió con la dignidad de una reina herida, Margaret a su lado como un rayo de luz contenida. Hermione fue la última en bajar, envuelta en un vestido color marfil que parecía resplandecer bajo las antorchas. Al posar el pie en el mármol, escuchó los primeros murmullos:

—Es ella…

—La señorita Weinthrot…

—La de la galería y el discurso en casa de los Cavendish…

Hermione alzó el mentón. No bajaría la mirada.

En el vestíbulo, los anfitriones las recibieron con sonrisas tensas. Lord Montrose ofreció su brazo a Lady Augusta, encantado de exhibirla como trofeo de su reunión. Hermione, en cambio, sintió el escrutinio de cada mirada como alfileres clavándose en su piel.

El salón principal estaba dividido en dos bandos invisibles. A la izquierda, damas y caballeros que la observaban con una mezcla de curiosidad y aprobación secreta; a la derecha, los que fruncían el ceño, listos para repetir cualquier desliz hasta deformarlo. Los

abanicos se agitaban, los vasos de cristal tintineaban, pero todos tenían un mismo tema en los labios: ella.

Marcus apareció primero. Vestido con impecable sobriedad, se inclinó con respeto y le ofreció su brazo.

—Lady Hermione, ¿me concede este lugar a su lado?

Hermione aceptó, consciente de que las miradas se suavizaban al verla junto a él. Marcus irradiaba seguridad, como si su mera presencia fuera un escudo contra la malicia. Caminó con ella por el salón, saludando con cortesía, devolviendo sonrisas que Hermione sabía falsas.

—Están esperando que caiga —murmuró ella sin apartar la vista del frente.

—Entonces no les daremos el placer —respondió Marcus con una serenidad férrea.

Pero el escudo no bastó. Apenas cruzaron hacia la mesa central, una voz femenina se elevó con clara intención de ser oída:

—Dicen que la señorita Weinthrot ya tiene un corazón dividido. ¿Quién apostará a quedarse con la mitad que vale más?

Las risas que siguieron fueron crueles. Hermione no tuvo tiempo de responder: el aire del salón cambió de pronto. Ashbourne había llegado.

Su sola figura bastó para romper el equilibrio. Vestía de negro, con un chaleco de seda oscura que brillaba apenas con las luces. Avanzó entre los invitados como un hombre que sabe que todo le pertenece, y su mirada se fijó de inmediato en Hermione.

El silencio se extendió como una ola. Marcus tensó el brazo bajo la mano de ella, pero no se movió. Hermione, en el centro de la escena, sostuvo la mirada de Ashbourne y sintió cómo cada fibra de su ser temblaba.

El salón entero aguardaba. Algunos deseaban un escándalo,

otros una redención. Y Hermione comprendió que esa noche, en la casa de los Montrose, se libraría una batalla mucho más peligrosa que la de los rumores: la de su propio corazón.

El salón de los Montrose hervía de conversaciones disfrazadas de cortesía. Los abanicos se agitaban con un ritmo nervioso, los vasos de vino tintineaban, y cada frase parecía cargada de veneno dulce. Hermione lo soportaba con el mentón alto, el brazo apoyado en el de Marcus, mientras las sonrisas fingidas se sucedían una tras otra.

—Están esperándote, como lobos hambrientos —susurró Marcus inclinándose hacia ella sin perder la compostura—. No les des nada que puedan devorar.

Hermione apenas alcanzó a responder cuando Lady Eleanor Whitcombe apareció frente a ellos, rodeada de un grupo de damas más jóvenes, todas con risitas contenidas.

—Lady Hermione —dijo Eleanor con un brillo de triunfo en los ojos—, qué maravilla encontrarla aquí. Hay un libro en la biblioteca que estoy segura le encantaría. Venga, se lo mostraré.

No fue una invitación. Fue una trampa tendida con guantes de seda. Hermione lo supo al instante: si se negaba, quedaría como altiva; si aceptaba, se arriesgaba a lo inesperado. Lady Augusta, ocupada en otro grupo, no podía rescatarla. Marcus, a su lado, murmuró con severidad:

—No tiene por qué seguirla.

Pero antes de que pudiera decidir, Eleanor ya había abierto paso hacia la galería lateral. Hermione, con la dignidad de una reina en el cadalso, se separó de Marcus y la siguió.

La biblioteca estaba casi desierta, iluminada por un par de candelabros altos. Lady Eleanor avanzó hasta uno de los estantes, fingió buscar un tomo y luego se giró con fingida sorpresa.

—Oh… qué descuido el mío. Parece que no está. ¿Me disculpa,

Lady Hermione?

Y sin esperar respuesta, desapareció por la puerta, dejándola sola.

O eso creyó.

De entre las sombras, emergió Ashbourne. No llevaba máscara de cortesía, ni sonrisa irónica. Sus ojos ardían con un fuego que parecía alimentarse de las mismas trampas que los demás tendían.

—No debería haberse dejado arrastrar aquí —dijo en voz baja, como un reproche íntimo—. Ellos esperan cualquier motivo para hundirla.

Hermione inspiró hondo.

—No vine por complacencia. Vine porque huir habría sido peor.

Ashbourne se acercó despacio, hasta que la distancia fue apenas un suspiro.

—Siempre elige el fuego antes que el hielo. Eso es lo que me desespera de usted. Londres la quiere obediente, y usted responde con dinamita.

Hermione alzó el rostro, desafiando esa cercanía.

—Y usted, milord, ¿qué quiere de mí? ¿Ser la chispa que encienda el incendio?

Ashbourne inclinó la cabeza, sus labios apenas a un respiro de los suyos.

—No. Quiero ser el hombre que le recuerde que aún puede arder.

El corazón de Hermione golpeó con fuerza. Sus dedos temblaron sobre el libro que había tomado al azar, como si necesitara un ancla. La verdad era brutal: no era un beso lo que temía, sino la certeza de que él podía desnudar su voluntad con solo esas palabras.

***

En el salón, Marcus esperaba. Desde lejos, podía ver que Hermione no había regresado, y los murmullos empezaban a crecer. Sus labios se tensaron en una línea dura. Ya no era el caballero diplomático que sonreía ante la tempestad: había celos en sus ojos, un dolor que no podía disimular.

Y mientras tanto, en la penumbra de la biblioteca, Hermione comprendía que no podría seguir evitando la pregunta que ardía en su pecho: ¿Quién de los dos representaba su destino, y quién su condena?

El regreso a casa fue un suplicio. Lady Augusta apenas pronunció palabra en el carruaje, pero su silencio era más temible que cualquier reprimenda. Marcus, tras despedirse con formalidad en la puerta, apenas pudo ocultar la sombra de frustración en su rostro. Margaret, en cambio, le dio a Hermione una mirada que mezclaba ternura y temor, como si quisiera abrazarla y advertirle al mismo tiempo.

Hermione subió a su habitación sin quitarse los guantes ni el broche del vestido. Encendió la lámpara de aceite y dejó que la llama iluminara el cuaderno abierto sobre el escritorio. La pluma, casi por sí sola, comenzó a deslizarse.

"Londres quiere reducirme a un rumor, pero yo sé que soy más que eso. Marcus me ofrece la calma de un puerto seguro, y, aun así, su seguridad me asfixia. Ashbourne me ofrece fuego, y sé que podría consumirme en un solo instante… pero ¿y si ese incendio es lo único que me mantiene viva?".

Apoyó la frente contra la mano, cerrando los ojos con fuerza. Recordó el calor de la cercanía de Ashbourne en la biblioteca, las palabras que habían calado en su piel como un roce invisible: *"Quiero ser el hombre que le recuerde que aún puede arder."*

Hermione abrió los ojos de golpe, como si pudiera borrar el eco

de esa voz. Tomó aire y continuó escribiendo:

"No confieso esto a nadie, pero lo escribo aquí para no perder la cordura: temo que ya no puedo llamarlo simple atracción. Algo en mí lo reconoce, como si hubiese estado escrito mucho antes de que yo lo aceptara. Y ese reconocimiento me aterra más que la condena de todo Londres".

Cerró el diario de un golpe y lo guardó bajo llave. Luego apagó la lámpara y se dejó caer sobre la cama, aún con el vestido arrugado, incapaz de despojarse de la noche que acababa de vivir.

El silencio llenó la habitación, roto solo por el leve tamborileo de la lluvia en los cristales. Hermione permaneció despierta, con los ojos fijos en la penumbra, sintiendo que el juego había cambiado. Ya no era solo cuestión de reputación. Era cuestión de corazón.

Capítulo 13

La mañana se desplegó con una claridad cruel. Los rayos de sol atravesaban las cortinas pesadas del comedor y caían sobre la mesa como si quisieran iluminar, una por una, las pruebas de la vergüenza que Londres había depositado allí. Periódicos y cartas se amontonaban en el mantel de lino: columnas de tinta fresca, titulares en negrita, palabras mordaces que parecían saltar del papel para clavarse en la piel de Hermione.

Los criados iban y venían en silencio, pero no podían ocultar las miradas furtivas ni el murmullo contenido al doblar servilletas o servir el té. Hermione lo notó todo: el ligero temblor de manos de la doncella que depositó su taza, el modo en que el mayordomo apartaba la vista cuando entraba al salón. Los rumores no eran ya cosa de salones y bailes; se habían colado en los pasillos de su propia casa.

Lady Augusta estaba de pie junto a la ventana, con un periódico extendido como si se tratara de un decreto real. Su rostro, enrojecido de indignación, parecía el de una estatua a punto de resquebrajarse.

—¡Escuchen esto! —su voz cortaba el aire como un látigo—: *"La señorita Weinthrot, nuevamente en el centro de un torbellino social.*

Testigos afirman haberla visto entrar en la biblioteca de los Montrose acompañada de Lord Ashbourne, bajo circunstancias que ponen en duda la discreción de ambos".

Dejó caer el pliego sobre la mesa con un golpe seco.

—¡Una biblioteca! ¡La más vieja de las trampas! —prosiguió llevándose una mano al pecho—. ¿Acaso no tienes noción del peligro, Hermione? Londres no olvida ni perdona.

Hermione permaneció sentada, inmóvil, con la taza de té entre las manos. Sus dedos no temblaban, aunque por dentro sentía el peso de cada palabra como un hierro candente.

—No fui yo quien convirtió un pasillo en un tribunal —respondió con serenidad helada—. Yo solo caminé. Fueron otros quienes hicieron del aire un cuchicheo.

—¡Basta de insolencias! —exclamó Lady Augusta avanzando hacia ella con pasos duros—. ¿No comprendes lo que está en juego? ¡Nuestra familia! ¡El futuro de tu hermana!

Hermione alzó la vista. Sus ojos brillaban con un fuego que parecía contener siglos de silencios reprimidos.

—¿El futuro de mi hermana depende de que yo agache la cabeza como si fuera culpable de existir?

El golpe de esas palabras dejó a Lady Augusta sin aliento. Margaret, que había permanecido en silencio junto a la repisa de la chimenea, intervino con voz trémula:

—Hermione… no provoques más a madre. Londres ya habla demasiado.

Hermione se volvió hacia ella, y su rostro se suavizó.

—Margaret, querida, ¿crees de verdad que si yo callo, ellos se detendrán? ¿Que si sonrío y bajo la mirada, los rumores se extinguirán como una vela? No. Buscarán otro motivo, otra excusa.

Margaret bajó los ojos, las manos apretadas contra el regazo.

—Tengo miedo —confesó en un susurro apenas audible—. No por mí, sino por ti. Te miran como si quisieran verte arder en la hoguera, y temo que un día yo no pueda salvarte de esas llamas.

Hermione se levantó despacio. El roce de su falda contra el suelo llenó el silencio como un susurro de acero. Caminó hasta su hermana y le tomó las manos.

—No me salves, Margaret. Acompáñame. Eso basta.

Los ojos de Margaret se humedecieron. Lady Augusta, incapaz de contenerse, giró sobre sus talones y golpeó el respaldo de una silla.

—¡No puedo con esto! —exclamó—. ¡Un día Londres nos dará la espalda y será demasiado tarde para tus discursos!

Hermione la miró con una mezcla de ternura y firmeza.

—Madre, Londres ya nos da la espalda. Yo solo me niego a arrastrarme para implorar que cambie de opinión.

El silencio que siguió fue asfixiante. El reloj de pared dio una campanada solemne, recordándoles que el tiempo seguía su curso aunque sus vidas se desmoronaran.

Más tarde, en la soledad de su habitación, Hermione se permitió abrir el cajón secreto del tocador. Allí guardaba dos cartas: la de Marcus, con palabras cuidadosas y una súplica de protección, y la de la amenaza anónima que aún no había mostrado a nadie.

Sus dedos recorrieron los pliegues del papel. Uno representaba refugio; el otro, peligro. Y ambos la mantenían despierta por las noches.

Miró su reflejo en el espejo. El rostro que la observaba no era el de una debutante ingenua, sino el de una mujer que empezaba a comprender que la verdadera batalla no se libraba en los salones, sino en su propio corazón.

Cerró el cajón con un golpe decidido. Esa tarde debía asistir al

almuerzo en casa de los Kensington. Lady Augusta lo llamaba una oportunidad de redención; Hermione lo veía como una arena donde decidiría cuánto estaba dispuesta a arriesgar.

Cuando bajó las escaleras para subir al carruaje, el murmullo de la calle entraba por las ventanas abiertas: voces, risas, cuchicheos. Todos hablaban de ella. Londres se había convertido en un enjambre, y ella, en la presa.

Se acomodó en el asiento junto a Margaret y alzó la barbilla.

"Si debo arder —pensó—, que al menos ilumine el incendio".

La residencia de los Kensington, situada en una de las avenidas más distinguidas de Londres, ofrecía un aire de refugio frente al vendaval de rumores que azotaba la ciudad. Sus jardines, cuidadosamente recortados, parecían dar la bienvenida con discreción; y el salón donde se serviría el almuerzo estaba decorado con un gusto refinado, sin el exceso ostentoso de los Montrose o los Cavendish.

Hermione descendió del carruaje con una calma estudiada, consciente de que cada invitado observaba cada movimiento suyo. Lady Augusta la tomó del brazo, rígida como siempre, y Margaret caminó junto a ellas con un esfuerzo visible por mantener la compostura. Pero al cruzar el umbral de la casa, un alivio inesperado las envolvió: el ambiente no estaba dominado por cuchicheos, sino por conversaciones más suaves, como si la anfitriona hubiera decidido imponer una tregua a la lengua viperina de Londres.

Lady Clarisse Kensington fue la primera en acercarse. Su porte elegante estaba suavizado por la calidez de su sonrisa.

—Querida Hermione —dijo tomándola de las manos con un gesto tan público como afectuoso—, me alegra tanto tenerla aquí. Londres ha estado insoportable estos días; un poco de sensatez y frescura en este salón es lo que necesitamos.

Hermione parpadeó, sorprendida. No era común que alguien se posicionara tan abiertamente a su favor en un momento así.

—Lady Clarisse, agradezco sus palabras más de lo que imagina.

—Créame, lo imagino —respondió la dama bajando apenas la voz—. Sé lo que es que Londres te ponga en la picota. No es tan terrible como parece… si aprendes a bailar con la tormenta.

Antes de que Hermione pudiera contestar, otra figura se unió a ellas: Lady Désdemona Hawthorne, de belleza imponente y mirada penetrante, como si pudiera desarmar secretos con un simple vistazo.

—Hermione Weinthrot —dijo, casi como un anuncio solemne—. Tenía deseos de conocerla de cerca. Ha conseguido que Londres despierte de su tedio, y eso es una hazaña rara en nuestra sociedad.

Hermione inclinó la cabeza con cautela.

—No sé si llamarlo hazaña, milady. Algunos dirían que es una imprudencia.

Lady Desdémona sonrió con ironía.

—Los que lo llaman imprudencia son los mismos que desearían tener su valor. Créame, la mitad de las mujeres aquí presentes fantasea con decir en voz alta lo que usted ya dijo en casa de los Cavendish.

Hermione sintió un calor extraño en el pecho: alivio, complicidad, incluso un respiro en medio del asedio. Por primera vez en mucho tiempo, no se sentía sola en la batalla.

***

El almuerzo comenzó. Las mesas estaban dispuestas en forma semicircular, lo que permitía la conversación, pero también dejaba a Hermione bajo el escrutinio de todos. Marcus se sentó cerca de ella,

con la habitual corrección en cada gesto. Ashbourne, en cambio, apareció con un retraso calculado, lo suficiente para que todas las miradas se desviaran hacia él. Tomó asiento al otro extremo, aunque sus ojos permanecieron fijos en Hermione con una intensidad que la hizo estremecer bajo el corpiño de su vestido.

Las conversaciones se desarrollaban entre frases elegantes y sonrisas medidas, pero Hermione percibía la tensión como una corriente invisible. Lady Clarisse, consciente de ello, intervino con la destreza de una maestra del escenario social.

—Creo que Londres ha olvidado lo que significa un verdadero debut —dijo levantando su copa—. Si alguien se atreve a brillar, lo llaman escándalo. Quizá el problema no está en la joven que resplandece, sino en la sociedad que teme cegarse.

Los murmullos recorrieron el salón. Hermione inclinó la cabeza en señal de gratitud, aunque sabía que esas palabras provocarían tanto apoyo, como resentimiento. Lady Desdémona añadió con frialdad calculada:

—A veces, un escándalo bien llevado es el inicio de una nueva era.

Los ojos de varias damas se desviaron hacia Hermione, algunas con respeto renovado, otras con la hostilidad de quien ve peligrar su propio lugar.

Hermione sostuvo la mirada de Ashbourne por un segundo demasiado largo. Él no sonrió; solo inclinó la cabeza como si reconociera en ella a una igual. Marcus, a su lado, apretó los labios con severidad y apoyó su mano sobre la de Hermione, un gesto claro y posesivo que no pasó inadvertido para nadie en la mesa.

El murmullo se intensificó. Y Hermione supo que, aunque las damas Kensington le habían ofrecido un respiro, la batalla apenas comenzaba.

El almuerzo avanzaba entre bandejas de plata y copas de cristal, pero para Hermione cada bocado era un duelo silencioso. El murmullo nunca cesaba; era como un río subterráneo que corría por debajo de cada frase cortés. Ella respondía con serenidad, pero sentía la presión del brazo de Marcus sobre el respaldo de su silla, demasiado cercano, demasiado posesivo para ser accidental.

Cuando una dama comentó con sorna sobre *"la valentía de hablar en voz alta frente a tantos caballeros distinguidos"*, Marcus intervino con voz clara:

—Lady Hermione siempre habla con verdad. Y yo, como caballero, no podría respetar más a una mujer que sabe sostener su palabra sin titubeos.

Los ojos del salón se posaron en ellos. Hermione intentó disimular la incomodidad, pero notó cómo Marcus entrelazaba sus dedos con los de ella sobre la mesa. El gesto era público, firme, y nadie podía ignorarlo.

El corazón de Hermione latía con violencia. No se trataba de ternura; era una declaración de propiedad disfrazada de cortesía.

Al otro extremo, Ashbourne dejó su copa en la mesa con un movimiento calculado. Su mirada se deslizó hacia las manos unidas, y un silencio eléctrico se extendió en la distancia que los separaba. Hermione apartó la mano con discreción, pero el daño ya estaba hecho: todos lo habían visto, y los rumores se multiplicarían como pólvora.

Más tarde, cuando los invitados comenzaron a dispersarse hacia los corredores y el jardín interior, Hermione se excusó para tomar aire. Caminó entre las columnas de mármol, buscando un respiro de las miradas inquisitivas.

No había dado más que unos pasos cuando una sombra la interceptó. Ashbourne surgió de la penumbra del pasillo, apoyado

contra la pared con el porte de un hombre que no necesitaba pedir permiso.

—Así que ahora él decide por usted —dijo en voz baja, con un filo de ironía—. La toma de la mano como quien reclama una propiedad frente a todo Londres.

Hermione frunció el ceño.

—¿Y no hace usted lo mismo cuando habla en mi nombre con tanta ferocidad?

Él dio un paso adelante, acortando la distancia. La luz de las lámparas delineaba la fuerza de su mandíbula, la tensión en sus hombros.

—Yo no hablo por usted, Hermione. Yo ardo con usted. Hay una diferencia.

Hermione retrocedió un paso, pero su espalda chocó contra la columna. El aire se volvió denso, cargado de un magnetismo que la envolvía sin escape.

—No diga esas cosas aquí —murmuró, temblando—. Podrían vernos.

Ashbourne inclinó la cabeza, sus labios tan cerca que cada palabra fue un roce contra su piel.

—Déjelos ver. Déjelos murmurar. Londres ya habla… ¿Qué más importa si por fin dicen la verdad?

Hermione cerró los ojos, sintiendo cómo el fuego en su pecho amenazaba con consumirla. Bastaba un movimiento, un segundo de debilidad, para que la distancia desapareciera por completo.

Pero se obligó a abrirlos y a responder con la única arma que le quedaba: su voz.

—Importa porque yo aún no he elegido.

Ashbourne se detuvo. Su mirada ardía con una furia contenida, pero también con un respeto extraño, como si sus palabras lo

hubieran detenido en el filo mismo de la rendición.

Con un último paso atrás, se apartó de ella.

—Entonces elija pronto. Porque yo no pienso esperar en silencio.

Hermione quedó sola, con la respiración agitada y las manos temblando contra el mármol frío.

***

El carruaje avanzaba entre el bullicio de las calles londinenses, pero dentro reinaba un silencio insoportable. Lady Augusta tenía el rostro endurecido, como si un solo comentario más pudiera romper el delicado hilo de su compostura. Margaret, sentada junto a Hermione, jugueteaba con los guantes en su regazo, incapaz de ocultar la tensión.

Hermione mantenía los ojos fijos en la ventana. Las farolas se sucedían como centinelas mudos, iluminando su reflejo en el cristal: el de una joven que parecía más ajena a sí misma con cada día que pasaba. Sentía aún el calor de la mano de Marcus, esa presión posesiva frente a todos; y más fuerte todavía, el eco de las palabras de Ashbourne en el pasillo: *"Yo ardo con usted".*

Cuando el carruaje se detuvo en su residencia, Hermione no esperó a que la ayudaran a descender. Subió directamente a su habitación, con pasos rápidos que resonaron en la escalera como latidos desbocados.

Encendió la lámpara de aceite y abrió su diario con brusquedad. La pluma temblaba en su mano, no de miedo, sino de una emoción tan intensa que apenas podía contenerla.

"Hoy Londres volvió a devorarme con su lengua afilada. Marcus me defendió con nobleza, pero su gesto fue una cadena, no un escudo. Me sentí exhibida, reclamada como si no tuviera voluntad

propia. Y aun así, sé que lo hace por afecto. Tal vez el afecto más seguro que podría tener.

Pero entonces estuvo él. Ashbourne. Su mirada era un incendio y yo, una brizna de hierba a punto de prenderse. Me arrinconó con palabras que no eran promesas ni disculpas, sino pura verdad. No me protege, no me exhibe. Me desafía. Y lo peor… lo peor es que me descubro deseando ese desafío".

La pluma se detuvo. Hermione apretó los labios, incapaz de seguir escribiendo. Cerró los ojos y apoyó la frente contra el papel, respirando con dificultad. Sabía lo que su corazón gritaba, pero se negó a trazarlo en tinta. Nombrarlo sería admitirlo, y admitirlo sería el comienzo del fin.

Con manos temblorosas cerró el diario y lo guardó bajo llave. Apagó la lámpara y se recostó en la cama, aún con el vestido arrugado sobre la piel. Afuera, la lluvia comenzaba a golpear los cristales con furia, como si Londres entero quisiera recordarle que ya no había marcha atrás: estaba enamorada, aunque aún no pudiera pronunciar el nombre en voz alta.

Capítulo 14

El baile en casa de los Radcliffe prometía ser el acontecimiento de la temporada, y sin embargo, para Hermione, era una sentencia disfrazada de celebración. Desde que el carruaje se detuvo frente a la mansión, el murmullo de la multitud —esas risas entre dientes, esos saludos falsos— la envolvió como una red.

La fachada resplandecía con docenas de lámparas, y las notas de un vals escapaban desde el interior como si Londres entero estuviera dispuesto a olvidar los pecados de la víspera. Pero Hermione sabía que ese olvido era un espejismo. Cada invitado esperaba un solo error suyo para convertirlo en leyenda.

Lady Augusta descendió con la rigidez de una mártir. Margaret, tras ella, parecía contener la respiración. Hermione, en cambio, avanzó con el porte de una reina a punto de enfrentar el cadalso: altiva, serena y espléndidamente vestida con un tono azul medianoche que destacaba cada curva de su figura.

El silencio breve que acompañó su entrada fue tan elocuente como las risas que siguieron.

—Ahí está —susurró una voz femenina—. La heroína del escándalo de los Montrose.

—O la culpable —añadió otra.

Hermione no se inmutó. Sonrió con elegancia, como si los cuchillos de las lenguas no pudieran alcanzarla.

El salón principal parecía un océano de luces. Las parejas se deslizaban sobre el mármol al ritmo de la orquesta. Marcus se abrió paso entre la multitud y se inclinó ante ella con una cortesía perfecta, aunque la tensión en sus hombros revelaba el nerviosismo que intentaba ocultar.

—Lady Hermione —dijo extendiendo la mano—. Si me concede el honor del primer baile, me aseguraré de que nadie ose decir una palabra más sobre usted.

Hermione lo observó con una mezcla de ternura y cansancio.

—Milord, temo que Londres no se calla por una danza.

—Pero sí se inclina ante la apariencia de unión —replicó Marcus con una media sonrisa—. Y esta noche, si la sociedad necesita creer en algo, que sea en nuestra alianza.

Antes de que pudiera responder, Ashbourne apareció entre la multitud. Su sola presencia descompuso el aire, como si el salón entero se contrajera. Vestía de negro, con el cabello ligeramente despeinado y esa mirada que parecía prometer peligro.

Los ojos de Marcus se endurecieron.

—No hagas un espectáculo, Ashbourne —murmuró sin dejar de mirarlo.

—No necesito hacerlo —respondió el otro con voz baja, pero firme—. Ella basta para llenar cualquier escenario.

Las notas del vals comenzaron. Hermione, atrapada entre ambos, sintió que todo Londres contenía el aliento. Podía elegir la seguridad del brazo extendido de Marcus… o desafiar la lógica y seguir el impulso que ardía bajo su piel.

Y aun sabiendo que sería un error, extendió la mano hacia Ashbourne.

Las conversaciones se detuvieron. La orquesta continuó tocando, pero el salón entero se volcó a observar la escena imposible: Hermione Weinthrot, la dama más comentada de la temporada, bailando con el hombre más temido de Londres.

Ashbourne la sostuvo con fuerza medida, como si entre sus brazos estuviera la única verdad que aún merecía defender.

—Sabe que todos la están mirando —susurró cerca de su oído.

—Lo sé —respondió Hermione, apenas moviendo los labios.

—¿Y aun así baila conmigo?

—No por desafío. —Su mirada se alzó hacia él—. Por decisión.

Ashbourne sonrió, esa sonrisa lenta que no era de burla, sino de reconocimiento.

—Entonces, que Londres mire. Y que recuerde esta noche para siempre.

El vals los envolvía como una tormenta silenciosa. Hermione sentía cada compás vibrar en sus huesos, cada giro prolongar el vértigo. Ashbourne no bailaba con la precisión educada de los caballeros del Parlamento ni con la ligereza afectada de los dandis: lo hacía con una pasión que rozaba la imprudencia. Sus manos, firmes en su cintura, parecían sostenerla más por instinto que por etiqueta.

La música se expandía, y el salón —ese inmenso teatro de apariencias— contenía la respiración. Los abanicos se abrían y cerraban con nerviosismo; los caballeros fingían conversar mientras clavaban los ojos en la pareja que se movía en el centro.

—Está disfrutando demasiado de esto —susurró Hermione apenas rozando sus palabras contra la sombra de su mejilla.

—No. —Ashbourne sonrió—. Estoy sobreviviendo. No imagina cuánto me costó verla bailar con otros mientras fingía que no me importaba.

Hermione alzó la mirada y lo encontró mirándola con una ternura peligrosa.

—Milord, si continúa diciendo cosas así…

—Lo sé —interrumpió él con voz grave—. Londres arderá. Pero no me importa.

Su corazón latía tan fuerte que el sonido de la orquesta parecía desvanecerse. Hermione sabía que bastaría un gesto, una palabra más, para perderlo todo. Y sin embargo, en ese instante, no deseó nada más que perderse en él.

***

En el extremo del salón, Marcus observaba la escena con la mandíbula apretada. Su copa de vino temblaba ligeramente entre los dedos. Cada risa que escuchaba a su alrededor, cada murmullo disfrazado de cortesía, le recordaba lo que estaba en juego. Hermione, la mujer que debía proteger, se convertía en el espectáculo que no podía controlar.

Lady Augusta, pálida como el mármol, se llevó una mano al corazón.

—Dios santo… —susurró—. ¡Está bailando con él!

Marcus dejó la copa sobre una mesa y avanzó. Los invitados se apartaron a su paso, algunos con curiosidad, otros con deleite morboso.

El vals llegó a su último compás. Ashbourne giró a Hermione con elegancia y la atrajo hacia él, tan cerca que apenas los separaba el aire. El murmullo se convirtió en un rugido contenido. Ella, temblando, levantó la vista justo cuando el violín cesó.

Por un instante eterno, él la miró como si el resto del mundo hubiera dejado de existir. Y luego, sin pensarlo, Ashbourne rozó sus

labios contra los suyos.

Fue apenas un segundo. Pero suficiente.

Un grito ahogado recorrió el salón. Los abanicos se cerraron con violencia. Lady Augusta cayó sobre un sillón, desvanecida. Marcus, pálido de ira, se lanzó hacia ellos.

—¡Basta! —rugió apartando a Ashbourne con fuerza—. ¡Ha cruzado todos los límites!

El silencio fue total. Hermione, inmóvil, apenas podía respirar.

Ashbourne no retrocedió. Su voz, profunda y serena, rompió el aire:

—No he hecho más que lo que todos deseaban ver. La diferencia es que yo no lo he fingido.

Las palabras quedaron suspendidas en el aire como un desafío. Marcus lo miró con los ojos encendidos.

—Entonces no espere clemencia —dijo entre dientes—. Ni de Londres, ni de mí.

Ashbourne sostuvo su mirada, imperturbable.

—No la necesito. Solo la necesito a ella.

El escándalo era completo.

El murmullo se convirtió en caos.

Las damas se levantaron de sus asientos fingiendo espanto, aunque muchas no podían ocultar el brillo febril en sus ojos ante el espectáculo. Los caballeros cuchicheaban entre sí, algunos con sonrisa cómplice, otros con indignación teatral. En cuestión de segundos, el baile más esperado del año se transformó en una escena digna de un tribunal.

Hermione sintió cómo las miradas se clavaban en su piel como alfileres. Quiso respirar, pero el aire se había vuelto espeso, sofocante. Marcus la tomó del brazo con firmeza.

—Ven conmigo —ordenó en voz baja, pero cargada de furia.

Ashbourne dio un paso al frente.

—Suéltela —dijo con tono gélido.

Marcus giró el rostro hacia él, la mandíbula tensa.

—¿Acaso piensa impedirme protegerla?

—Protegerla —repitió Ashbourne con amarga ironía—. No la protege, Marcus. La encadena.

Hermione se interpuso antes de que la tensión se desbordara.

—¡Basta, los dos! —exclamó, y su voz resonó con una autoridad inesperada—. No necesito que ninguno de los dos decida por mí.

El salón quedó inmóvil. Los murmullos se apagaron ante el tono de su voz. Hermione, con el pecho agitado, levantó la barbilla y miró a ambos hombres.

—Si Londres quiere escándalo —continuó con voz firme—, que lo tenga. Pero lo que ha ocurrido esta noche no será contado por bocas ajenas. Lo contaré yo.

Lady Desdémona, desde una esquina, alzó una ceja con una sonrisa apenas perceptible, como quien reconoce a una igual.

Lady Clarisse se levantó y se acercó discretamente a Lady Augusta, que aún se abanicaba con desesperación, al borde del desmayo.

—Será mejor que llevemos a su madre a casa —dijo con calma —. La noche ya ha dicho demasiado.

Marcus asintió con rigidez y guio a Hermione hacia la salida. Ella, antes de cruzar la puerta, volvió la vista atrás. Ashbourne seguía en el centro del salón, erguido, desafiante, los ojos fijos en ella con una mezcla de orgullo y desolación.

Sus miradas se encontraron, y el mundo pareció detenerse un segundo. No hubo palabras. Solo ese silencio que dice todo lo que la voz calla.

***

El regreso a casa fue un viaje mudo. El carruaje avanzaba bajo la lluvia fina, y el sonido del agua golpeando las ventanas era lo único que rompía el silencio.

Lady Augusta permanecía reclinada, con un pañuelo empapado en sales aromáticas. Margaret no dejaba de mirar a su hermana, pálida, temblorosa, con las manos entrelazadas en su regazo.

—¿Qué has hecho, Hermione? —preguntó por fin, con la voz quebrada—. ¿Te das cuenta de lo que significa esto?

Hermione no respondió. Su mirada seguía perdida en la oscuridad más allá del cristal.

Marcus habló entonces, con un tono tan contenido que dolía más que los gritos.

—Londres no perdonará un beso. Ni siquiera si lo niegas. Ni siquiera si lloras. Has manchado tu nombre… y el mío.

Hermione giró lentamente el rostro hacia él.

—¿El tuyo, Marcus? ¿O el que esperabas que compartiéramos?

Marcus bajó la vista.

—Hermione… —empezó a decir, pero ella lo interrumpió con una serenidad devastadora.

—No digas más. Esta noche he entendido lo que valen las apariencias… y lo que valen los sentimientos. Y créeme… —Su voz se quebró apenas—, ya no puedo fingir que son lo mismo.

El carruaje se detuvo frente a la residencia Weinthrot. Hermione descendió sin esperar ayuda. La lluvia le empapó el cabello y el vestido, pero no se cubrió. Caminó hasta la puerta con la espalda recta, mientras Londres, oculto entre la niebla, murmuraba su nombre.

***

Al día siguiente, los titulares la destrozaron.

"Lady Hermione Weinthrot y el beso del escándalo".

"El marqués de Ashbourne desafía la moral de la alta sociedad".

"¿Heroína romántica o descarada oportunista?".

Pero mientras los periódicos ardían en tinta, Hermione no leía. Permanecía en su habitación, mirando por la ventana, observando cómo la lluvia lavaba los adoquines. En algún lugar de la ciudad, lo sabía, Ashbourne estaría también mirando el cielo.

Y, aunque no se tocaban ni se hablaban, ambos sabían que nada volvería a ser igual.

Capítulo 15

El amanecer llegó sin gloria. Londres amaneció cubierto de una neblina espesa, como si incluso el cielo se negara a mirar a los suyos. Las campanas de St. James repicaban a lo lejos, pero sus notas parecían fúnebres, un réquiem por lo que había sido una reputación.

En la residencia Weinthrot, el silencio era tan denso que podía cortarse. Las criadas caminaban de puntillas, los mayordomos evitaban cruzar miradas, y los sirvientes más jóvenes hablaban en susurros, como si temieran despertar algo que dormía entre las paredes.

Hermione llevaba tres días sin salir de su habitación. Los periódicos seguían llegando cada mañana, apilados frente a la puerta cerrada, pero ella no los tocaba. Ya no necesitaba leerlos: los murmullos de los transeúntes frente a su casa, las cartas sin respuesta y el modo en que su madre evitaba pronunciar su nombre eran prueba suficiente.

El espejo sobre la chimenea devolvía una imagen que apenas reconocía. Su rostro, antes luminoso, estaba pálido; sus ojos, enrojecidos por noches de insomnio, parecían los de una mujer que había vivido años en cuestión de días.

¿Por qué duele tanto elegir con el corazón?

Recordó el beso. No el escándalo, ni las bocas murmurando su nombre, sino la sensación precisa del instante en que Ashbourne la había mirado como si no existiera otro mundo. Esa mirada ardía aún dentro de ella, como una llama que el tiempo no podía apagar.

Sin embargo, el eco del caos la perseguía: los abanicos cerrándose, los jadeos fingidos, la voz rota de Marcus, y el desvanecimiento de su madre. Londres la había crucificado con elegancia.

En el despacho del piso inferior, Lady Augusta permanecía rígida frente al ventanal. Su semblante era el retrato del agotamiento.

—No hay cartas —dijo con voz tensa al mayordomo—. Ninguna invitación. Ninguna visita.

—No, milady —respondió él con un leve titubeo—. Incluso la familia Montrose ha retirado su cortesía.

Lady Augusta asintió lentamente.

—Entonces ya no queda nada.

Caminó hasta el escritorio y extendió una carta. La pluma tembló apenas entre sus dedos.

—Será enviada esta misma mañana —dijo casi para sí misma—. Mi hija pasará un tiempo con mi hermana Agatha. En el campo no hay ecos, ni cuchicheos, ni bailes que arruinar.

Margaret, de pie junto a la puerta, intentó hablar.

—Madre… ¿de verdad la vas a mandar lejos?

—Por su bien —contestó sin mirarla—. Y por el nuestro.

***

Mientras tanto, al otro lado de Londres, en una residencia mucho más sombría, Ashbourne caminaba solo por el despacho, con una

copa intacta sobre la mesa y la chaqueta aún desabrochada.

Desde la ventana, observaba la ciudad cubierta de niebla. Su nombre, lo sabía, estaba en cada boca. Había sido llamado libertino, enemigo de la decencia, corruptor de la inocencia. Nada de eso lo hería.

Lo que dolía era el silencio de ella.

Sobre el escritorio descansaba el diario de *The Times*, con el titular en tinta negra: *"El beso de la ruina: la señorita Weinthrot y el marqués de Ashbourne".*

La fotografía en grabado mostraba una escena distorsionada: el momento exacto del beso, congelado para siempre por artistas que ni siquiera habían estado allí.

Ashbourne cerró el periódico con violencia.

—Malditos buitres —murmuró.

Pero su voz carecía de ira. Sonaba rota.

Se recostó en la silla, hundiendo el rostro entre las manos. Por primera vez en años, deseó poder retroceder el tiempo.

No para evitar el beso, sino para hacerlo con menos miedo. Para haberla mirado sin la culpa que ahora lo devoraba.

Su mayordomo asomó por la puerta.

—Milord… ha recibido otra carta. De su madre.

—Quémela —respondió sin levantar la cabeza.

—Dice que no es conveniente…

—Dije que la queme.

El hombre obedeció, cerrando la puerta con suavidad. El silencio regresó.

Ashbourne se levantó, cruzó la habitación y tomó una pluma. Comenzó a escribir sin pensar, guiado solo por la urgencia de no enloquecer.

"Hermione, no sé si volveré a verte. Si me odias, que así sea. Pero si en tus noches aún recuerdas cómo latía mi corazón junto al tuyo, entonces sabrás que cada palabra que dije fue verdad. No te pido perdón. Te pido solo que no olvides que ese beso fue mío, pero también fue tuyo."

Leyó lo que había escrito. No firmó. Solo dobló la hoja y la selló con cera.

La entregó al sirviente más joven.

—A esta dirección —dijo extendiéndole el sobre—. Que no sepan de dónde viene. Y si pregunta…, dile que es una carta perdida.

Esa misma tarde, Lady Augusta subió al cuarto de su hija. Hermione estaba junto a la ventana, mirando el cielo gris.

—Empacarás tus cosas —anunció la mujer sin rodeos—. Mañana partirás al campo. Tu tía Agatha aceptó recibirte.

Hermione la miró despacio.

—¿Exilio o refugio?

—Ambos —contestó su madre con un suspiro que sonó a derrota —. Quizá allí recuerdes quién eras antes de todo esto.

Hermione asintió. No lloró.

—Entonces no olvidaré nada —dijo con calma—. Porque antes de todo esto, no era yo. Ahora sí lo soy.

Lady Augusta no respondió. Salió del cuarto sin mirar atrás.

Hermione, sola, se acercó a su tocador. Sobre él descansaba una carta, anónima, sin remitente.

El lacre estaba aún tibio.

La tomó con cuidado, y cuando vio la caligrafía, su corazón se detuvo. Era él.

El amanecer siguiente llegó con el olor a tierra húmeda y despedidas no dichas. El carruaje esperaba frente a la residencia

Weinthrot, cubierto por una ligera llovizna que parecía querer borrar las huellas del escándalo. Las maletas estaban apiladas junto a la entrada, y un aire de luto invisible impregnaba la casa.

Hermione descendió las escaleras con paso sereno, vestida de un gris pálido que parecía una metáfora de sí misma. No llevaba joyas, solo una cinta azul en el cuello, el mismo tono del vestido que había usado la noche del baile. Margaret la esperaba al pie de la escalera, con los ojos hinchados de llorar.

—Hermione, por favor… —Su voz se quebró antes de poder terminar.

Hermione la abrazó con fuerza, conteniendo sus propias lágrimas.

—No llores, querida. No es un castigo. Es un comienzo.

Lady Augusta permanecía de pie junto a la puerta, erguida y solemne. Sus ojos estaban rojos, pero su voz, al hablar, sonó fría y disciplinada.

—Tu tía Agatha ha accedido a recibirte durante una temporada. Es una mujer sensata, discreta, y… —titubeó—, alejada del ruido de la ciudad. No saldrás del campo sin mi permiso.

Hermione asintió con calma.

—No lo necesito —respondió con suavidad—. El ruido está dentro de mí.

Lady Augusta cerró los ojos un instante. No replicó. Solo extendió una mano, que Hermione tomó sin resentimiento. Fue un apretón breve, silencioso, que decía más de lo que las palabras podían.

Capítulo 16

El carruaje se puso en marcha.

A través del cristal empañado, Hermione vio cómo la residencia se desdibujaba entre la neblina. Los adoquines mojados reflejaban la luz pálida de la mañana. Los puestos del mercado se abrían con lentitud, los vendedores gritaban sin interés, los carruajes cruzaban las calles levantando charcos. Londres seguía latiendo, indiferente, devorando y olvidando con la misma facilidad.

El trayecto hacia el campo era largo, más de medio día por caminos serpenteantes. Hermione observaba el paisaje cambiar con cada milla: los altos edificios daban paso a colinas verdes y árboles cubiertos de rocío. Las flores silvestres comenzaban a asomar a los costados del camino, y el aire adquiría el olor fresco de la libertad.

Por momentos cerraba los ojos, y en la penumbra de su mente aparecía él.

Ashbourne.

Su voz, grave y templada, repitiendo aquella frase que no podía desterrar: *"Yo ardo con usted."*

Las manos que la habían sostenido. La mirada que no la había juzgado, ni una sola vez.

El corazón se le encogió. No lo odiaba. No podía hacerlo. Pero la

distancia era el precio de la elección que ambos habían hecho.

"¿Pensará en mí?".

Se preguntó, aunque en el fondo sabía la respuesta.

***

En Londres, Ashbourne permanecía despierto a la misma hora, mirando el fuego en su chimenea. No había vuelto a salir desde aquella noche. Los periódicos habían dejado de llegar; los pocos amigos que le quedaban se habían evaporado con la velocidad del rumor.

Una única carta descansaba sobre su escritorio: una respuesta de su madre.

"Has traído vergüenza a nuestra casa. Los Weinthrot jamás permitirán ese matrimonio, aunque la sociedad te obligue. Es hora de comportarte como un caballero y retirarte al extranjero".

La arrugó sin leer el resto.

"Retirarme".

Sonrió con amargura.

¿Cómo se retiraba un hombre del amor?

Bebió un sorbo de brandy y caminó hasta la ventana. Afuera, la ciudad parecía hecha de sombras.

—Hermione —susurró, apenas un murmullo que se perdió entre la lluvia—, si me odias…, que el odio te mantenga viva. Pero si aún me amas… entonces que tu amor me condene.

***

El carruaje se detuvo entrada la tarde. Un campo dorado se extendía ante Hermione, ondulante bajo el viento. Más allá, una casa de

piedra gris cubierta de hiedra se alzaba junto a un viejo rosal, como un sueño detenido en el tiempo.

La puerta se abrió antes de que el cochero pudiera anunciar su llegada.

Una anciana de cabello blanco, con las mejillas sonrosadas y un delantal bordado, salió corriendo hacia ella.

—¡Mi niña! —exclamó abriendo los brazos con una sonrisa desbordante—. ¡Por fin en casa!

Hermione, desconcertada, apenas alcanzó a responder:

—¿Tía Agatha?

—¿Quién más? —rio la mujer abrazándola con fuerza—. No te imaginas cuánto he esperado verte.

El aroma a pan recién horneado escapaba por la puerta abierta. Dentro, el fuego crepitaba, y un gato dormía junto al sillón.

La casa olía a vida. A paz. A refugio.

Hermione sintió cómo algo dentro de su pecho cedía.

Por primera vez en mucho tiempo, respiró sin culpa.

Esa noche, mientras el campo dormía bajo la luna, Hermione se asomó por la ventana de su nueva habitación. El cielo era un manto de estrellas inmóvil.

Sobre la mesa, reposaba una carta anónima que había encontrado en su maleta, oculta entre los pliegues de un vestido.

No tenía firma. Solo tres palabras escritas con la letra que conocía mejor que su propia voz:

"Espérame. No aún".

Hermione apretó la carta contra su pecho y sonrió con lágrimas en los ojos. El amor, pensó, no siempre se gana ante la multitud. A veces se conquista en el silencio.

Los días en el campo se deslizaron con la suavidad de una canción olvidada. A diferencia del ruido constante de Londres, allí

solo existían los sonidos de la naturaleza: el murmullo del viento entre los rosales, el canto de los mirlos al amanecer y el crujido del fuego por las noches.

Hermione se despertaba temprano, no porque tuviera obligaciones, sino porque la paz del lugar parecía invitarla a comenzar cada jornada con un nuevo propósito. Tía Agatha solía recibirla en la cocina, cubierta de harina y sonriendo de oreja a oreja.

—Las penas, querida, se disuelven mejor entre masa y miel —decía mientras amasaba pan con un vigor sorprendente para su edad—. Y los recuerdos, cuando se comparten con una taza de té caliente, pesan menos.

Hermione sonreía con gratitud. Le sorprendía descubrir que la anciana sabía escuchar sin juzgar, que sus silencios no eran incómodos, sino amables. A veces, mientras pelaban manzanas o regaban las flores del jardín, Agatha le hablaba de su juventud: de amores perdidos, de cartas no enviadas, de la belleza de los errores cometidos con el corazón.

—No hay peor castigo que vivir una vida sin sobresaltos, mi niña —decía con picardía—. Los corazones que nunca se rompen tampoco aprenden a amar de verdad.

Las tardes se llenaban de paseos por los prados. Hermione caminaba descalza sobre la hierba húmeda, observando cómo la brisa movía los campos de trigo como si fueran olas doradas. A veces llevaba consigo un cuaderno y escribía fragmentos que no se atrevería a llamar poemas.

"He sido juzgada por amar demasiado pronto, por mirar demasiado profundo, por creer que la verdad no necesita permiso. Y aun así, si volviera a ese baile, volvería a bailar con él."

Cada palabra escrita parecía curar una herida invisible.

Por las noches, al calor del fuego, se sentaba junto a la ventana con su diario abierto. La carta sin firma seguía allí, doblada con cuidado. Hermione no la releía, pero la mantenía cerca, como un amuleto. Había algo sagrado en esas tres palabras: *"Espérame. No aún."*

No sabía si Ashbourne la había enviado antes de su partida o si había llegado a ella por casualidad. Tampoco quería averiguarlo. Bastaba con saber que, en algún lugar de Inglaterra, él respiraba bajo el mismo cielo.

Tía Agatha la observaba en silencio, con ternura y sabiduría.

—El amor, querida —dijo una noche mientras tejía junto al fuego —, no es una prisión, sino una promesa. A veces las promesas se hacen para ser cumplidas de inmediato… y otras, para esperar el momento correcto.

Hermione levantó la vista del diario.

—¿Y si ese momento nunca llega? —preguntó con voz baja.

Agatha sonrió.

—Entonces, al menos habrás amado sin cobardía. Y eso, mi niña, es más de lo que muchos pueden decir.

La primavera comenzó a despuntar.

El jardín, antes gris y silencioso, estalló en color. Los rosales florecieron, y el aire se llenó de perfume. Hermione pasaba horas entre ellos, podando, arreglando, cuidando cada flor como si su propia alma estuviera creciendo junto a ellas.

Una tarde, al volver de una caminata, encontró sobre el alféizar una pequeña caja de madera, envuelta en un lazo dorado. No había nombre, solo una inscripción grabada:

"Para quien no teme ser recordada".

Dentro había un colgante antiguo, en forma de llave, con una inscripción diminuta: *"Lo que se cierra por miedo, se pierde. Lo que*

se abre por amor, perdura."

Hermione sintió cómo se le llenaban los ojos de lágrimas.

No había duda. Era de él.

Se llevó la llave al pecho y la sostuvo entre sus dedos, temblando.

El viento sopló entonces desde el este, trayendo consigo el aroma de Londres.

Y por primera vez, supo con certeza que el silencio no era olvido.

Era espera.

El sol se alzaba sobre los prados, tiñendo de oro los tejados de la casa y las flores que bordeaban el sendero. Hermione estaba en el jardín, con la falda arremangada y las manos cubiertas de tierra, plantando un nuevo rosal junto a la verja. Le había prometido a tía Agatha que ese sería *"el rosal del perdón"*, y la anciana lo había celebrado con aplausos entusiastas y una copa de sidra.

La paz de la mañana se vio interrumpida por el sonido de un carruaje acercándose. No era común ver visitantes en la aldea, y mucho menos en la casa de la tía Agatha, donde los días pasaban sin sobresaltos. Hermione se incorporó, secándose las manos con el delantal, mientras el cochero se detenía frente al portón.

—¿Lady Hermione Weinthrot? —preguntó el mensajero bajando del carruaje.

—Soy yo.

El hombre le tendió un sobre cerrado con sello de lacre rosado y un emblema en forma de lira.

Hermione lo reconoció al instante.

—Charlotte... —susurró, y su corazón dio un vuelco.

El mensajero se marchó, y Hermione se quedó de pie, temblando con la carta entre las manos. La sostuvo contra su pecho unos segundos antes de correr hacia el interior.

Tía Agatha, al verla entrar, levantó la vista desde su costura.

—Por ese brillo en tus ojos, diría que las palabras de esa carta van a agitar más que el viento —dijo con una sonrisa traviesa.

Hermione sonrió sin responder y subió los escalones hacia su habitación.

Se sentó junto a la ventana abierta. El olor de las flores entraba mezclado con el canto de los ruiseñores.

Abrió el sobre con delicadeza, temiendo tanto lo que pudiera decir como lo que no.

La letra redondeada de su amiga Charlotte llenó las páginas con una mezcla de ternura y urgencia.

Mi queridísima Hermione,

No sé por dónde comenzar. Londres es una fiera insaciable, y tú, mi amiga, has sido su banquete. Pero quiero que sepas que no todos te han olvidado. Muchos callan por miedo, otros murmuran por costumbre… pero unos pocos, los que te conocemos de verdad, seguimos hablando de ti con el respeto que mereces.

Lady Clarisse y Lady Desdémona te han defendido públicamente más de una vez. No lo dicen los periódicos, claro, pero en sus salones tu nombre no se pronuncia con burla, sino con admiración.

Y respecto a él…

Ashbourne sigue aquí.

Nadie lo ve en los clubes. Ya no asiste a eventos. Algunos dicen que está preparando su partida al continente, otros que ha rechazado varias alianzas matrimoniales que su madre intentó imponerle.

Pero yo lo vi, Hermione. Lo vi con mis propios ojos.

Estaba en la iglesia de St. George's, el domingo pasado. No rezaba. Solo estaba allí, en silencio, mirando los vitrales como si buscara tu reflejo en ellos. Parecía… derrotado y vivo al mismo tiempo.

Cuando salí, pasé a su lado y me vio. Me saludó con cortesía, pero antes de dejarme ir, dijo algo que no puedo callar:

"Dígale, si alguna vez vuelve a escribirle, que el campo florece antes que Londres… pero el fuego siempre vuelve a buscar su chispa."

No sé qué significa del todo, pero me bastó con mirarlo para saber que no te ha olvidado.

Cuídate, querida. Y no dejes que el silencio se convierta en renuncia.

Con todo mi cariño,

Charlotte

Hermione apoyó la carta sobre el regazo. Su respiración se volvió temblorosa. Las palabras de Charlotte ardían en su mente como un eco que no podía apagar: *"El fuego siempre vuelve a buscar su chispa."*

Se levantó lentamente y caminó hacia el ventanal. El horizonte se extendía frente a ella: colinas verdes, cielos limpios y una promesa que ya no sonaba imposible.

Tía Agatha apareció tras ella, en silencio, sosteniendo una taza de té.

—¿Noticias del mundo? —preguntó con calma.

Hermione sonrió, sin poder contener una lágrima.

—Noticias… del corazón.

Agatha la observó con esa sabiduría que solo dan los años.

—Entonces, prepárate, mi niña. Los corazones no se conforman con cartas. Tarde o temprano, alguien vendrá a reclamar lo que sigue latiendo.

Hermione alzó la vista hacia el cielo. El viento soplaba desde el este, el mismo que venía de Londres.

Y por primera vez desde el escándalo, no sintió miedo.

Sintió esperanza.

Capítulo 17

El viento soplaba desde el este, trayendo consigo el aroma húmedo del bosque y el rumor distante del río. Era una mañana tibia, de esas en las que el campo parecía respirar con serenidad. Hermione estaba en la galería, hojeando el cuaderno donde solía escribir, cuando el sonido de cascos rompió la calma.

El cartero, un hombre de rostro amable y mejillas rojas por el frío, se detuvo frente a la verja.

—Tres cartas para usted, milady —anunció quitándose el sombrero—. Vienen de Londres.

Londres.

La palabra bastó para que el corazón de Hermione se encogiera con un estremecimiento que no sabía si era temor o anhelo.

Agradeció al hombre con una sonrisa y tomó el pequeño fajo de sobres. Eran distintos entre sí: uno con el sello familiar de los Weinthrot, otro con la letra menuda de su hermana Margaret, y el último, sobrio, sin adornos, con la caligrafía firme y elegante de Marcus.

Subió lentamente las escaleras, sosteniendo las cartas contra el pecho, como si el papel pudiera quemar si se acercaba demasiado a ellas. En su habitación, el fuego crepitaba en la chimenea. Se sentó

frente a él, con las cartas sobre la mesa, alineadas como si temiera alterar su orden.

Comenzó con la de su madre.

De Lady Augusta Weinthrot

Mi querida hija,

Es posible que al leer estas líneas sientas más distancia que afecto, y lo comprendería. No me ha sido fácil escribirte.

Cuando partiste, creí que lo hacía para protegerte del mundo; hoy sé que, en realidad, buscaba protegerme a mí misma del reflejo que vi en ti: el de una mujer libre.

Londres es cruel, pero el tiempo lo es aún más. Y con el paso de los días he comprendido que las apariencias no pueden sostenerse cuando la conciencia se vuelve pesada.

He leído lo que dicen de ti —y de él—. Y por primera vez, no siento vergüenza.

Siento orgullo.

Eres mi hija, Hermione.

Quizás no la que la sociedad soñaba, pero sí la que este mundo necesita.

Cuando decidas regresar, la puerta de esta casa estará abierta.

Con afecto sincero,

Tu madre.

Hermione dejó caer la carta sobre su regazo. Las palabras bailaban

ante sus ojos nublados por las lágrimas. No recordaba la última vez que su madre había escrito algo tan humano, tan despojado de juicio. Era como si, por fin, el amor hubiera vencido al orgullo.

Apretó la carta contra el pecho y cerró los ojos un momento. Tía Agatha, desde el umbral, observaba en silencio.

—¿Palabras de perdón? —preguntó con suavidad.

Hermione sonrió entre lágrimas.

—De amor, tía. Que es mucho más raro.

A continuación, tomó la segunda carta. La de Margaret.

De Margaret Weinthrot

Hermione, mi dulce hermana,

¡Por fin madre te ha escrito! No sabes cuánto he rogado para que lo hiciera. La casa ya no es la misma desde que te fuiste. Está más silenciosa… y más vacía.

Quiero que sepas que los rumores han comenzado a apagarse. La ciudad tiene nuevos escándalos que devorar, y los nuestros se marchitan como las flores de invierno.

Lady Clarisse habló de ti en una velada, y lo hizo con admiración. Dijo que eras "la prueba viviente de que la virtud no está en el silencio, sino en la verdad". Lady Desdémona, por su parte, brindó por ti. Imagínalo: ¡brindó por ti frente a todos!

En cuanto a Lord Ashbourne… dicen que ha rechazado tres propuestas de compromiso, todas ventajosas. Algunos aseguran que su fortuna peligra, pero él no parece preocuparse.

Madre lo llama imprudencia.

Yo lo llamo amor.

Te echo de menos, Hermione.

Por favor, no creas que has perdido Londres. Solo te está esperando a que regreses para escribir un final distinto.

Con todo mi cariño,

Margaret

Hermione no pudo evitar reír y llorar a la vez. Margaret siempre había tenido esa forma sencilla y luminosa de decir la verdad.

Leyó el párrafo sobre Ashbourne tres veces, incapaz de apartar la vista de las palabras: *"Yo lo llamo amor".*

Sus dedos temblaron sobre el papel.

Solo quedaba una carta. La de Marcus.

Era la más pesada, como si llevara consigo un silencio distinto. La abrió despacio.

De Lord Marcus Ashford

Lady Hermione,

No hallo forma fácil de comenzar. Lo que debo decirte requiere la franqueza que siempre admiré en ti.

Durante un tiempo creí que mi deber, y quizás el destino, me impulsaba hacia ti. Te respeté, te admiré y llegué a confundirme creyendo que el afecto era amor. Pero he comprendido que el amor no nace del deber, sino del temblor.

El temblor que él siente por ti… y que tú no logras ocultar cuando lo miras.

Lo vi aquella noche.

Y aunque dolió, también supe que sería un sacrilegio

interponerme entre dos almas que ya se reconocieron.

No temas volver a Londres. Si lo haces, no serás recibida con condena, sino con respeto.

Sé que él no ha dejado de buscarte.

Si alguna vez el destino lo permite, dile que no lo odio. Que incluso un rival puede admirar el coraje del amor verdadero.

Con estima sincera,

Marcus Ashford

Hermione permaneció inmóvil largo rato. El fuego crepitaba, lanzando destellos anaranjados sobre sus manos.

Aquellas tres cartas, tan distintas entre sí, parecían piezas de un mismo rompecabezas.

Su madre, pidiéndole que regrese.

Su hermana, asegurándole que el mundo había cambiado.

Marcus, concediéndole su libertad.

Y detrás de todo, como un hilo invisible, la presencia constante de Ashbourne.

Hermione dobló con cuidado las cartas y las guardó en una caja de madera sobre la repisa.

—Tres cartas —susurró—. Tres caminos que me devuelven al mismo lugar.

Tía Agatha, que había entrado en silencio con una bandeja de té, la observó con ternura.

—¿Y cuál de esos caminos seguirás, mi niña?

Hermione sonrió, mirando hacia la ventana donde el cielo comenzaba a cubrirse de nubes oscuras.

—Aquel que no puedo evitar.

Esa noche, el viento cambió de dirección.

El sonido de un carruaje se escuchó a lo lejos, rompiendo el silencio apacible del campo.

Tía Agatha, desde la ventana, entrecerró los ojos y sonrió con un brillo travieso.

—Te dije que los corazones no se conforman con cartas —murmuró.

Hermione frunció el ceño.

—Tía, ¿qué…?

Pero antes de que pudiera terminar la frase, oyó cómo los cascos se detenían frente a la verja.

El reloj marcó las nueve.

La puerta del carruaje se abrió.

Y bajo la lluvia, con el abrigo empapado y la mirada que recordaba incluso en sueños, Ashbourne levantó la vista hacia la casa.

El trueno resonó a lo lejos, retumbando sobre las colinas.

Hermione permaneció inmóvil frente a la ventana, con el corazón latiéndole tan fuerte que temía que Tía Agatha pudiera oírlo desde el otro lado de la habitación.

—Ve, niña —dijo la anciana con voz baja, sin apartar la vista de la figura bajo la lluvia—. Algunos encuentros no esperan el amanecer.

Hermione apenas asintió.

Salió al porche, el aire frío golpeándole el rostro, y descendió los escalones con paso inseguro. El cielo se había abierto por completo; la lluvia caía en torrentes, enredándose en su cabello y empapando su vestido, pero no le importó.

A cada paso, la figura ante la verja se volvía más nítida. Ashbourne estaba allí, con el abrigo oscuro pegado al cuerpo, el

cabello mojado y los ojos fijos en ella como si temiera que fuera un espejismo.

No dijo nada. Tampoco ella.

El sonido de la lluvia llenó el espacio entre ambos, hasta que finalmente Hermione cruzó el portón.

—¿Por qué has venido? —susurró, temblando, sin saber si de frío o de emoción.

Ashbourne dio un paso adelante.

—Porque ya no sé vivir sin verte. —Su voz, ronca y contenida, se quebró levemente—. Te busqué en todas partes. En cada calle, en cada maldito amanecer… pero solo encontré silencio. Y si el silencio iba a ser mi castigo, quería al menos sufrirlo cerca de ti.

Hermione cerró los ojos un instante, sintiendo cómo la lluvia le corría por las mejillas como lágrimas que no había permitido salir.

—No deberías estar aquí —dijo en un hilo de voz—. Londres te necesita más que yo.

Ashbourne sonrió con tristeza.

—Londres puede esperar. Yo no.

El corazón de Hermione se apretó con fuerza.

—Todo lo que tocaste se volvió escándalo —susurró—. Todo lo que amé, lo perdí.

Ashbourne extendió la mano rozando con sus dedos una hebra de su cabello mojado.

—Entonces déjame devolvértelo.

La simple caricia bastó para quebrar lo que aún quedaba de resistencia. Hermione alzó la vista, y en esos ojos —oscuros, ardientes, vulnerables— vio todo lo que había tratado de olvidar: el amor, la culpa, el deseo, la verdad.

—Pensé que no volvería a verte —dijo ella, la voz entrecortada.

—Y yo pensé que moriría si no lo hacía. —Él rio suavemente, un

sonido breve y dolido—. Supongo que ambos estábamos equivocados.

La lluvia arreció, pero ya nada importaba. Ashbourne la atrajo hacia sí con decisión, envolviéndola en un abrazo desesperado. Hermione apoyó la frente en su pecho, escuchando el ritmo acelerado de su corazón.

—No vine a prometerte un final feliz —susurró él contra su cabello—. Vine a ofrecerte la verdad, aunque duela.

Hermione levantó la cabeza.

—¿Y cuál es la verdad, milord?

Ashbourne la miró con una intensidad que le robó el aliento.

—Que te amo. —Las palabras salieron como un juramento—. Que lo supe desde el primer momento, y que ningún escándalo, ni distancia, ni condena, podrá cambiarlo.

Hermione lo miró, temblando, empapada, con los labios entreabiertos.

—Entonces bésame —murmuró—. Pero que sea el último beso del pasado… y el primero del futuro.

Ashbourne no esperó más. La besó.

Fue un beso lento, profundo, desesperado. El tipo de beso que reclama lo perdido y consagra lo que vendrá.

El agua les corría por el rostro, mezclándose con las lágrimas, y el mundo alrededor se desvaneció.

Tía Agatha, observando desde la ventana, sonrió entre las sombras.

—Ya era hora —murmuró, mientras el fuego del hogar crepitaba a sus espaldas.

Cuando el beso terminó, Hermione apoyó la cabeza en su hombro, sin soltarlo.

—¿Y ahora? —preguntó, con una voz apenas audible.

—Ahora —respondió él acariciándole la mejilla—, dejamos que el amor escandalice al mundo una vez más. Pero esta vez, juntos.

Hermione rio, suave y temblorosa.

Por primera vez desde que se había marchado de Londres, el miedo desapareció.

Y entre la lluvia, los dos se quedaron así, abrazados bajo un cielo que parecía perdonarlos.

Capítulo 18

El amanecer llegó silencioso, envuelto en un resplandor dorado. La lluvia había cesado durante la noche, y el campo amaneció cubierto de un rocío tan fino que parecía encender los prados con luz propia. En la casa de piedra, el aire olía a pan recién horneado y a leña.

Hermione despertó con la sensación de que el mundo había cambiado mientras dormía. Por primera vez en meses, no había soñado con murmullos ni con titulares, sino con el sonido de la lluvia cayendo sobre un pecho que la sostenía con ternura.

El pecho de él.

Se incorporó lentamente, envuelta en la manta tejida por su tía Agatha. La habitación, bañada por la luz del amanecer, parecía un refugio fuera del tiempo. Sobre la mesa, había una taza de té humeante y un plato con pan y miel. Y junto a ellos, una rosa blanca recién cortada.

Sonrió.

Sabía exactamente de quién era.

Bajó las escaleras con el corazón palpitando. En la cocina, Ashbourne estaba de pie junto a la chimenea, con la camisa remangada y el cabello aún húmedo. Sostenía una taza de té con torpeza, como si nunca en su vida hubiera hecho algo tan simple.

—Nunca pensé verte de pie en una cocina, milord —dijo Hermione desde la puerta con una sonrisa juguetona.

Ashbourne giró la cabeza, y la sonrisa que le devolvió fue lenta, casi tímida.

—Y yo nunca pensé que haría té para alguien —respondió—. Hasta que descubrí que no podía irme sin asegurarme de que desayunaras.

Hermione se acercó despacio.

—¿Planeas irte? —preguntó intentando sonar casual, aunque su voz traicionó un temblor.

—Planeaba —admitió él apoyando la taza sobre la mesa—. Pero la idea se volvió insoportable antes del primer sorbo.

Ella bajó la mirada, disimulando una sonrisa.

—¿Y qué pensarán en Londres?

—Que me he vuelto loco —contestó sin dudar—. Y tendrían razón. Pero al menos, por una vez, sería una locura hermosa.

Hermione soltó una risa suave.

Ashbourne la miró, fascinado, como si aquel sonido fuera más milagroso que el amanecer.

—Hermione… —susurró acercándose—. Pasé media vida tratando de ser el hombre que los demás esperaban. Pero cuando estoy contigo, solo quiero ser el que tú ves.

Ella levantó la vista, y la ternura de sus ojos bastó para desarmarlo.

—Entonces mírame bien, milord —dijo en voz baja—. Porque yo solo veo a un hombre que amé cuando no debía… y que ahora amo porque ya no puedo evitarlo.

Ashbourne la tomó de la cintura y la atrajo hacia él, sin urgencia, sin miedo. El beso fue distinto al de la noche anterior: más sereno, más humano. Un beso de promesa, no de despedida.

La tía Agatha apareció en la puerta, sonriendo con los brazos cruzados.

—Si van a seguir besándose en mi cocina, al menos siéntense a comer —bromeó—. El té se enfría y el pan no se sirve solo.

Ambos rieron, ruborizados como adolescentes sorprendidos.

Ashbourne se inclinó en un gesto galante.

—Aceptamos su hospitalidad, señora. Pero le advierto: mi cocina no suele ser escenario de escenas tan… humanas.

—Pues es hora de que aprendas, muchacho —dijo ella guiñando un ojo—. Aquí el amor se sirve con miel y pan, no con escándalos.

Después del desayuno, salieron al jardín.

El aire era fresco y el cielo, de un azul limpio. Hermione caminó entre los rosales, descalza, y Ashbourne la siguió en silencio.

—¿Qué piensas hacer ahora? —preguntó ella sin mirarlo.

—Lo que tú decidas —respondió él con sinceridad.

—Eso no responde nada.

—Tampoco necesito hacerlo. —Se acercó y le rozó los dedos—. El destino ya lo has escrito tú.

Hermione sonrió, pero antes de poder responder, un sonido los interrumpió: el trote de un caballo acercándose por el camino.

Tía Agatha apareció en el umbral, con una carta en la mano.

—Parece que Londres no se da por vencido —anunció levantando el sobre—. Trae el sello de Lady Desdémona Hawthorne.

Ashbourne y Hermione intercambiaron una mirada. El pasado, una vez más, llamaba a su puerta.

La carta de Lady Desdémona tenía el sello real de cera azul, con el emblema de los Hawthorne grabado en relieve.

Tía Agatha la depositó sobre la mesa con una solemnidad que contrastaba con su habitual buen humor.

—No llega cualquiera con un mensaje así —dijo con el ceño

levemente fruncido—. Ni siquiera en los días de feria.

Hermione la observó un largo instante, sin atreverse a tocarla.

Ashbourne, de pie a su lado, parecía igual de tenso. Sabía que aquel sello significaba poder, y que nada bueno provenía de la aristocracia cuando decidía recordar la existencia de quienes habían osado desafiarla.

Finalmente, Hermione rompió el lacre. El aroma leve de tinta y papel caro la envolvió mientras desplegaba la hoja.

De Lady Desdémona Hawthorne

Querida Lady Hermione,

No ignoro lo ocurrido ni pretendo minimizarlo.

Londres habló de ti hasta desgastar tu nombre, pero la ciudad tiene memoria corta y corazón cobarde.

Ahora, cuando el escándalo se ha convertido en leyenda, vuelven a invocar tu nombre —aunque no lo confiesen abiertamente— como ejemplo de lo que la honestidad puede hacer cuando no teme al juicio.

La Reina ha solicitado una nueva lista de invitadas para el Baile de Primavera, y entre las damas recomendadas se halla tu nombre.

No preguntes cómo sucedió: digamos que algunos corazones influyentes, movidos por la verdad más que por la conveniencia, decidieron recordarle a Su Majestad que las flores más fuertes nacen después de la tormenta.

Si decides regresar, Lady Clarisse y yo te recibiremos en mi residencia. El mundo no cambia de la noche a la mañana, pero las mujeres que lo enfrentan sí pueden hacerlo temblar.

Además —y aquí hablo como mujer y no como dama —, hay quienes aguardan verte de nuevo.

No sé si el amor merece perdón, pero sé que la vida no siempre ofrece segundas oportunidades.

Con admiración y afecto,

Lady Desdémona Hawthorne

Hermione leyó la carta una vez.

Y otra.

Y una más.

Sus dedos temblaban al sostenerla, como si aquel papel tuviera el poder de devolverle todo lo que había perdido.

El silencio se adueñó del cuarto.

Solo el crujir del fuego rompía la quietud.

Ashbourne la observaba sin hablar, con el rostro impenetrable. Hasta que, al fin, Hermione levantó la vista.

—Han mencionado a Su Majestad —susurró—. Desean que regrese.

—Por conveniencia —replicó él con voz grave—. No por bondad.

—Quizás. —Hermione respiró hondo—. Pero no puedo negar lo que significa. Durante meses fui el escándalo. Ahora quieren que sea el ejemplo.

Ashbourne cruzó los brazos, inquieto.

—¿Y qué quieres tú, Hermione?

Ella lo miró con dulzura, con esa calma que había aprendido en el campo.

—Quiero elegir. Por primera vez, sin miedo.

Se levantó y caminó hacia la ventana. Los rosales se mecían bajo la brisa, como si el jardín escuchara la conversación.

—Si vuelvo, lo haré no por redención, sino porque Londres también me pertenece. Porque no quiero que ninguna mujer vuelva a ser callada como me callaron a mí.

Ashbourne se acercó despacio, hasta quedar a su espalda.

—Y si vuelves… —susurró junto a su oído—, ¿me llevarás contigo?

Hermione sonrió sin volverse.

—Si decides acompañarme, será como mi igual. No como mi sombra.

—Jamás lo fui. —Él deslizó los dedos por su brazo, deteniéndose en su mano—. Pero prometo caminar a tu lado, aunque el mundo vuelva a juzgarnos.

Ella giró lentamente hacia él.

—Entonces vuelve conmigo a Londres, Ashbourne. No como el libertino del escándalo… sino como el hombre que amé bajo la lluvia.

Ashbourne la miró como si aquellas palabras lo hubieran absuelto de todos sus pecados.

—He cruzado tormentas más oscuras —murmuró—. Pero ninguna tan hermosa como tú.

Se besaron, suave, tranquilo, bajo la luz que entraba por la ventana.

Y mientras lo hacían, Tía Agatha —fingiendo limpiar el polvo del pasillo— sonrió y murmuró para sí:

—Bueno, que Dios los bendiga… pero más vale que me devuelvan mis tazas antes de partir.

Capítulo 19

La mañana del regreso amaneció serena y tibia. El cielo sobre el campo era de un azul claro, sin nubes, y el aire olía a hierba recién cortada. En la puerta de la casa, el carruaje esperaba con las maletas apiladas, y el corazón de Hermione latía con una mezcla de nostalgia y determinación.

Tía Agatha no dejaba de moverse entre los sirvientes, revisando los baúles con el ceño fruncido, aunque en realidad no buscaba nada: solo quería retrasar el momento de la despedida.

—¿Tienes suficiente abrigo? —preguntó por quinta vez—. Londres puede ser más frío que el juicio de una reina.

Hermione sonrió.

—Tengo todo lo que necesito, tía.

—¿Incluido él? —preguntó con una ceja alzada, mirando a Ashbourne, que supervisaba que las maletas quedaran bien sujetas al carruaje.

Ashbourne, al oírla, se volvió y saludó a la anciana con una leve inclinación.

—Prometo cuidarla como si fuera mi propia vida —dijo con esa mezcla de solemnidad y encanto que lo caracterizaba.

Agatha bufó, divertida.

—No, muchacho. Cuídala como si fuera la suya. Las vidas ajenas suelen pesar poco cuando llega la hora de decidir.

Hermione rio y abrazó a su tía con fuerza.

—Gracias por todo, por la paz, por el refugio…

—Por nada, niña. —La voz de Agatha se quebró apenas—. Solo prométeme que cuando vuelvas, no será porque huyes, sino porque eliges quedarte.

—Lo prometo —susurró Hermione.

El carruaje partió, levantando una pequeña nube de polvo en el camino. Desde la ventanilla, Hermione vio la figura de su tía Agatha cada vez más pequeña, agitándoles un pañuelo blanco hasta desaparecer entre los rosales.

Ashbourne guardó silencio un largo rato.

El paisaje cambiaba lentamente: los campos se volvían colinas, luego pueblos, y finalmente los primeros indicios de la ciudad se vislumbraban en el horizonte.

—¿Piensas en ella? —preguntó él sin apartar la vista del camino.

—En ella, sí… pero también en mí. —Hermione apoyó la cabeza contra el cristal—. La mujer que se fue de Londres y la que vuelve ahora. No sé si son las mismas.

—No lo son —respondió él suavemente—. Una huyó del fuego; la otra aprendió a caminar entre las llamas.

Hermione lo miró y sonrió con ternura.

—Entonces espero no quemarme.

Ashbourne tomó su mano.

—Yo estaré allí para recordarte que el fuego también da calor.

Cuando el carruaje cruzó las puertas de la ciudad, Hermione sintió que el aire se volvía más denso, más humano. Londres seguía siendo la misma: elegante y cruel, brillante y despiadada. Los carruajes se cruzaban por las avenidas, las tiendas lucían

escaparates relucientes, y las voces de los vendedores se mezclaban con el ruido de los caballos.

Y, sin embargo, algo había cambiado.

No eran las calles: era su mirada.

Ya no veía enemigos en cada esquina, sino historias, destinos entrelazados con el suyo.

El carruaje se detuvo frente a la residencia Hawthorne.

Lady Desdémona los esperaba en la entrada, acompañada de Lady Clarisse, ambas espléndidas y sonriendo con esa mezcla de afecto y conspiración que solo las damas verdaderamente peligrosas podían manejar.

—Ah, por fin —dijo Desdémona, abriendo los brazos—. La fugitiva y su ángel caído. Pensé que tendría que enviarles una escolta de poetas para que regresaran.

Hermione bajó del carruaje y se inclinó, divertida.

—Temía que Londres aún no estuviera lista para mí.

—Londres nunca está lista para las mujeres que hacen historia —replicó Clarisse tomando su mano—. Por eso las necesitamos.

Ashbourne saludó con cortesía, y Lady Desdémona lo observó con una mirada aguda.

—Así que este es el hombre que incendió los periódicos —comentó con ironía—. Debo admitir que, al natural, luce menos temible.

—Solo ardo cuando ella está cerca —respondió él provocando una carcajada general.

Dentro de la residencia, el aire olía a perfume, a flores frescas y a regreso. Lady Clarisse hizo que los sirvientes retiraran las maletas, mientras Desdémona, con gesto teatral, señaló el salón principal.

—Esta noche habrá una pequeña recepción —anunció—. No lo llames baile, ni mucho menos penitencia. Considera que será tu

segunda presentación ante el mundo, pero esta vez, en tus propios términos.

Hermione asintió con una sonrisa tranquila.

—No temo a los ojos del mundo, mi lady.

—No, querida —dijo Desdémona con un brillo en la mirada—. Lo que el mundo teme ahora… eres tú.

El reloj del gran salón marcaba las ocho cuando comenzaron a llegar los primeros carruajes.

La residencia Hawthorne, iluminada por decenas de candelabros y faroles de cristal, resplandecía como una joya encendida. Los criados iban y venían entre murmullos, llevando bandejas de plata y copas de champaña, mientras la orquesta afinaba discretamente detrás de los biombos florales.

Lady Desdémona había elegido con precisión quirúrgica cada detalle: los tonos suaves de las flores, la disposición de los asientos, incluso la música. Todo estaba pensado para enviar un mensaje claro: no era un escándalo lo que se celebraba esa noche, sino un renacimiento.

Desde la galería superior, Hermione observaba el movimiento.

Vestía un traje blanco perla, sencillo y elegante, sin joyas, con el cabello recogido en un moño bajo adornado solo con un broche de cristal. La tela caía con la pureza de la nieve recién caída, y sin embargo, su mirada irradiaba fuego.

Ashbourne apareció detrás de ella, impecable en su levita negra.

—Si Londres no se rinde ante ti esta noche —murmuró—, es porque el mundo ha olvidado cómo admirar lo hermoso.

Hermione sonrió sin apartar la vista del salón.

—No quiero que se rindan. Quiero que escuchen.

Ashbourne le ofreció su brazo.

—Entonces hagámoslos temblar.

Cuando descendieron la escalera, el murmullo se apagó como si un hechizo hubiera recorrido el salón.

Los abanicos se detuvieron, las conversaciones quedaron suspendidas.

Lady Clarisse intercambió una mirada cómplice con Desdémona y sonrió, satisfecha.

Hermione avanzó con paso firme. No evitó las miradas, no esquivó los cuchicheos.

Los enfrentó.

Uno a uno.

Lady Vivianne Langford, espléndida y venenosa como siempre, apretó el abanico entre los dedos.

—Miren quién ha decidido salir del exilio —susurró con una sonrisa fingida—. Tal vez el campo purifica más de lo que pensábamos.

Lady Desdémona, a su lado, replicó sin cambiar el tono:

—O quizás Londres se ensucia más rápido de lo que imaginábamos.

Las risas que siguieron fueron suaves, pero suficientes para hacer enrojecer a Vivianne, que se refugió tras una copa de vino.

Hermione y Ashbourne avanzaron hasta el centro del salón.

Lady Clarisse se acercó, con una copa de champaña en la mano.

—Bienvenida a casa, querida —dijo y elevó la voz con teatral elegancia—. Permítanme presentarles a Lady Hermione Weinthrot, la dama que convirtió un escándalo en leyenda y un nombre en libertad.

Los aplausos comenzaron tímidos, pero crecieron hasta llenar el salón.

Hermione inclinó la cabeza, emocionada.

Por primera vez, los rostros que la rodeaban no estaban

cargados de desprecio, sino de curiosidad, respeto e incluso admiración.

Marcus apareció entre la multitud, alto, elegante, con el mismo porte sereno de siempre.

Se acercó con una leve sonrisa.

—Lady Hermione.

—Milord —respondió ella devolviéndole la sonrisa con sincero afecto—. No esperaba verlo aquí.

—Tampoco yo —confesó—. Pero Lady Clarisse me aseguró que sería "un espectáculo digno de Shakespeare". —Hizo una pausa—. Y tenía razón.

Hermione rió suavemente.

—Espero no ser el fantasma de nadie esta vez.

—No —dijo Marcus bajando la voz—. Esta vez eres la protagonista. Y créeme, no hay mejor papel para ti.

Ashbourne, que había observado el intercambio con una mezcla de prudencia y respeto, dio un paso adelante y le tendió la mano.

—Marcus.

El otro la estrechó sin dudar.

—Ashbourne.

Por un instante, los dos hombres se miraron en silencio, y algo invisible —orgullo, respeto, redención— quedó dicho sin necesidad de palabras.

La orquesta comenzó a tocar un vals suave.

Lady Desdémona, desde su lugar, alzó la copa.

—Que esta noche no se hable de escándalos, sino de coraje —anunció con voz clara—. Que Londres aprenda a aplaudir lo que antes condenó.

Los invitados brindaron, y el sonido de las copas llenó el aire como una bendición.

Ashbourne se inclinó ante Hermione, con una sonrisa traviesa.

—¿Me concede este baile, milady?

Ella arqueó una ceja, divertida.

—¿Sin temor al público?

—El público puede mirar —replicó él—. Pero este baile solo será nuestro.

Y así fue.

Mientras se movían entre la multitud, ella lo miró con ternura renovada. Londres los rodeaba, los observaba, los medía. Pero Hermione ya no bailaba para complacer ni para sobrevivir.

Bailaba porque era libre.

El vals llegó a su fin.

Hermione y Ashbourne se detuvieron en medio del salón, aún con las manos entrelazadas. La música se desvaneció, dejando en el aire un silencio expectante, casi reverente.

Fue entonces cuando Lady Vivianne Langford decidió moverse.

Acompañada de un pequeño grupo de damas ansiosas por el espectáculo, avanzó con una sonrisa tan pulida como peligrosa.

—Qué conmovedor ver cómo el amor sobrevive a los rumores —dijo lo bastante alto como para que todos escucharan—. Aunque, claro, algunos rumores son más resistentes que el amor mismo.

El murmullo se extendió como una ola. Lady Desdémona la observó con una ceja arqueada, pero no intervino. Lady Clarisse, a su lado, apenas sorbió de su copa.

Sabían que no hacía falta defender a Hermione: ella misma lo haría.

Hermione soltó con suavidad la mano de Ashbourne y giró hacia su atacante, con calma impecable.

—Lady Langford —dijo con voz serena, tan clara que se oyó en todo el salón—. No imaginaba que la cortesía hubiera muerto tan

pronto esta temporada.

Algunas risas discretas resonaron entre los invitados. Vivianne se encogió de hombros, fingiendo inocencia.

—Solo observo lo que todas pensamos, querida. La sociedad tiene memoria, aunque algunos prefieran fingir que no.

Hermione dio un paso adelante.

—¿Memoria, decís? Qué curioso. La memoria suele ser selectiva. Olvida la hipocresía, pero recuerda el escándalo. Calla ante la injusticia, pero susurra cuando una mujer decide vivir según su verdad.

Un silencio espeso cayó sobre el salón.

Los ojos de Vivianne se abrieron, sorprendidos por la firmeza de aquel tono.

—No vine a pedir perdón —continuó Hermione avanzando un poco más—. Vine a recordar que las mujeres no nacimos para servir de ejemplo, ni para ser rumor. Vine porque me cansé de ver cómo el mundo aplaude la arrogancia de los hombres y condena la libertad de las mujeres.

Un murmullo de aprobación recorrió la sala. Lady Desdémona sonreía abiertamente.

Ashbourne la miraba como si estuviera viendo arder el mismísimo cielo.

—Así que, si alguien aún desea hablar de mí —dijo Hermione alzando la cabeza—, que lo haga con mi nombre completo y con la verdad. Porque ya no soy la joven que cayó en desgracia por amar. Soy la mujer que se levantó pese a ello.

Los aplausos estallaron. Primero tímidos, luego decididos, hasta llenar el salón con una energía vibrante.

Lady Clarisse golpeó suavemente su copa con el abanico.

—Brillante, querida —dijo con una sonrisa—. Si las palabras

fueran armas, habrías ganado la guerra sin disparar un tiro.

Lady Vivianne, roja hasta las orejas, balbuceó algo ininteligible y se retiró entre las sombras, mientras las demás damas evitaban su mirada.

Hermione respiró hondo. Ashbourne se acercó, con los ojos llenos de orgullo.

—Y así —susurró él—, Londres acaba de inclinarse ante su nueva reina.

Hermione sonrió, con una serenidad que la hacía parecer intocable.

—No quiero una corona, milord. Solo el derecho a vivir en paz.

—Entonces acabas de ganarlo.

Y mientras la orquesta retomaba la música, más lenta, más suave, el salón entero se transformó.

Ya no era un campo de juicio, sino un lugar donde, por fin, una mujer había alzado la voz y había sido escuchada.

Capítulo 20

El Palacio de St. James resplandecía aquella noche como una joya suspendida sobre Londres. Las antorchas de gas trazaban un sendero luminoso hasta los portones principales, donde los carruajes se detenían uno tras otro, descargando una marea de seda, terciopelo y joyas que brillaban bajo la luna. Era el baile en honor al cumpleaños de Su Majestad, el acontecimiento más esperado de la temporada.

Dentro, el gran salón de mármol estaba adornado con guirnaldas de flores blancas y doradas. Las arañas de cristal proyectaban destellos sobre el piso pulido, y el aroma de lirios y vino especiado flotaba en el aire. La orquesta afinaba un vals majestuoso que prometía una noche inolvidable.

Hermione descendió del carruaje entre murmullos admirativos.

Vestía un traje azul medianoche, de seda brillante con bordes plateados, sencillo pero de una elegancia tan pura que eclipsaba a las damas más ricamente vestidas. Su cabello, recogido en un moño bajo, dejaba caer algunos mechones sueltos que enmarcaban su rostro con suavidad.

Lady Desdémona y Lady Clarisse la acompañaban, ambas radiantes, caminando a su lado como si escoltaran a una reina.

—Recuerda, querida —susurró Lady Desdémona con una sonrisa —, no hay mejor venganza que vivir bien.

—Ni mayor triunfo que amar sin miedo —añadió Clarisse.

Hermione respiró hondo, sintiendo el peso y la ligereza de ese instante. Londres la había visto caer… y ahora la vería resurgir.

El anuncio de su llegada recorrió el salón como un soplo eléctrico.

Las conversaciones se detuvieron, los abanicos se congelaron, y todos los ojos se volvieron hacia la puerta.

Lady Hermione Weinthrot entró del brazo de Lady Desdémona, y el murmullo colectivo fue casi reverente.

—Por Dios, mírala —susurró una dama en voz baja—. Parece una aparición.

—No —corrigió otra—. Parece una promesa cumplida.

Su Majestad, sentada en su trono elevado al fondo del salón, observó a Hermione con una mezcla de curiosidad y agrado. La Reina asintió apenas, como si reconociera en aquella joven a alguien que había superado todas las pruebas sin perder su dignidad.

Hermione hizo una reverencia impecable.

El gesto fue tan perfecto, tan lleno de gracia, que hasta el Maestro de Ceremonias pareció contener el aliento.

Mientras se incorporaba, sus ojos recorrieron la multitud… hasta encontrar los de él. Ashbourne.

Llegaba tarde —como siempre—, pero su sola presencia bastó para cambiar el aire del salón.

Vestía un traje negro con chaleco gris perla, el cabello peinado hacia atrás, y una expresión que combinaba determinación y ternura.

Los caballeros lo observaban con recelo, las damas con un interés que rozaba el escándalo, pero él solo veía una cosa: a ella.

Avanzó entre la multitud sin apartar la mirada de Hermione.

Cuando se inclinó ante Su Majestad, la Reina esbozó una sonrisa casi imperceptible.

Y luego, con un gesto sencillo, Ashbourne extendió la mano hacia Hermione.

—¿Me concede este baile, milady? —preguntó con una voz que resonó por encima del murmullo del salón.

Ella lo miró, y durante un instante, el tiempo se detuvo.

El mismo hombre que había sido su caída se convertía ahora en su redención.

—Con gusto, milord —respondió con serenidad.

Los músicos retomaron el vals.

Y mientras el primer compás llenaba el aire, Hermione y Ashbourne se adentraron en la pista, bajo la mirada expectante de toda la Corte.

El vals era lento, solemne, casi sagrado.

Sus movimientos se entrelazaban con una naturalidad que desafiaba los meses de distancia, el miedo, los prejuicios.

Ashbourne la sostenía con firmeza, pero sin posesión. Hermione seguía el ritmo con elegancia perfecta, y por un instante, Londres entero pareció contener el aliento.

—¿Recuerdas la primera vez que bailamos? —susurró él sin apartar la vista de ella.

—Recuerdo que temía que todos me miraran —respondió sonriendo.

—Esta vez también te miran —dijo Ashbourne—. Pero ahora lo hacen porque te admiran.

Ella sonrió con dulzura.

—Y tú, ¿temes algo esta noche?

—Sí. —Su voz bajó hasta convertirse en un murmullo—. Temí

que nunca volvieras a mirarme así.

Hermione lo observó con los ojos brillantes.

—Entonces deja de temer, milord.

Y mientras la música crecía, Ashbourne sintió que no podía esperar más.

No aquella vez.

No ante el mundo que alguna vez los condenó.

El vals continuaba, pero algo en el aire cambió.

No era la música, ni las luces, ni siquiera las miradas que seguían cada movimiento de la pareja. Era él.

Ashbourne había dejado de bailar.

Hermione lo notó de inmediato: su mano tembló apenas, su respiración se volvió más profunda, y en sus ojos —esos ojos grises, siempre tan controlados— había una claridad que la hizo estremecer.

El silencio cayó sobre el salón como una ola invisible.

La orquesta, confusa, dejó que las notas finales se deshicieran en el aire.

Hermione alzó la vista… justo cuando Ashbourne, sin aviso alguno, se arrodilló ante ella.

Un murmullo recorrió el salón como un trueno contenido.

Los abanicos se cerraron, las bocas se abrieron, y hasta los lacayos dejaron de moverse.

Solo Su Majestad, desde su trono, sonreía con la serenidad de quien ya sabía cómo terminaría aquella historia.

Ashbourne tomó la mano de Hermione entre las suyas. Su voz, profunda y serena, se alzó en medio del silencio absoluto:

—He pasado una vida buscando la manera correcta de amar —dijo—. Y fallé, una y otra vez, porque confundí la pasión con la posesión, la admiración con el deseo… hasta que la conocí a usted, milady.

Hermione lo miraba sin poder respirar.

La Corte entera parecía desvanecerse; solo quedaban ellos dos bajo la luz de los candelabros.

—Cuando el mundo la condenó —continuó Ashbourne—, yo también tuve miedo. Temí perderlo todo, incluso mi nombre, pero lo que realmente perdí fue a mí mismo. Porque sin usted, Hermione, nada tuvo sentido.

—Milord… —susurró ella con la voz quebrada.

—No —dijo él negando suavemente—. Déjeme terminar.

Se inclinó un poco más, sin apartar la mirada de la suya.

—No vengo a ofrecerle un título ni promesas vacías. Vengo a ofrecerle lo único que el mundo no puede corromper: mi amor. Mi devoción. Mi vida entera.

Pausa.

Y luego, con un tono tan firme que resonó hasta el último rincón del salón:

—Lady Hermione Weinthrot, ¿me concedería el honor de ser mi esposa?

El silencio fue total.

Ni una respiración se oyó.

Hermione lo observó, temblando. Las lágrimas brillaban en sus ojos, reflejando la luz del salón como pequeños astros.

Sintió el peso de cada palabra, el eco de cada recuerdo: la humillación, la soledad, el destierro… y ahora, el amor que se alzaba sobre todo ello.

Lo levantó suavemente, sin dejar de mirarlo.

—No vine aquí a buscar perdón —susurró con voz temblorosa—. Vine a buscar la verdad. Y la encontré en ti.

Puso una mano sobre su mejilla.

—Sí, Ashbourne. Sí, con todo mi corazón.

El salón estalló en aplausos.

Las damas lloraban, los caballeros aplaudían con entusiasmo, y Su Majestad, de pie, levantó su copa.

—Que este amor sea el ejemplo —dijo con voz clara—, no de lo que la sociedad aprueba, sino de lo que el alma elige.

Lady Desdémona se secó discretamente una lágrima, mientras Lady Clarisse murmuraba:

—Ah, el escándalo más hermoso de todos.

Ashbourne tomó a Hermione de la mano y la besó con ternura, justo en el centro de la pista, bajo la mirada de la reina y de todo Londres.

El beso no fue un desafío ni un acto de provocación.

Fue una promesa.

Una que sellaba no solo un amor, sino una vida compartida.

Y cuando la orquesta reanudó el vals, Hermione apoyó la cabeza sobre su pecho, dejando que el mundo girara a su alrededor.

La música volvió a llenar el salón.

El vals se elevó como una plegaria jubilosa mientras la pareja seguía en el centro de la pista, envuelta por los aplausos. Lady Desdémona se inclinó hacia Lady Clarisse, murmurando entre sonrisas:

—Y pensar que todo empezó con un escándalo.

—Los mejores amores siempre lo son —respondió Clarisse alzando su copa—.Que viva el fuego que se atrevió a no apagarse.

Hermione, aún con las manos entrelazadas con las de Ashbourne, sentía que el mundo finalmente se había detenido en el lugar correcto.

Ya no había cuchicheos, ni juicios, ni vergüenza: solo la certeza del amor.

Él la miraba con la serenidad de quien ha encontrado un hogar.

—Nunca imaginé que la felicidad pudiera ser tan simple —susurró.

—¿Simple? —replicó ella sonriendo—. Te olvidaste de los periódicos, los insultos, el destierro…

—Todo eso —dijo Ashbourne inclinándose para besarle la frente —, valió la pena por este instante.

Bailaron un último compás antes de retirarse al balcón que daba a los jardines. El aire fresco de la madrugada traía el perfume de las rosas y el murmullo lejano de los carruajes.

Londres dormía, pero ellos estaban despiertos.

Hermione apoyó las manos en la baranda, mirando las luces que titilaban en la distancia.

—¿Te das cuenta? —murmuró—. Nos odiaron, nos juzgaron, nos condenaron… y aun así, aquí estamos.

Ashbourne se colocó detrás de ella, rodeándola con los brazos.

—El amor no pide permiso, Hermione. Solo exige valentía. Y tú la tuviste por los dos.

Ella giró, encontrándose con su mirada.

—¿Qué haremos ahora, milord?

—Vivir —respondió sin dudar—. Escandalosamente felices.

Hermione rio, y el sonido fue más hermoso que cualquier vals.

Apoyó la cabeza en su pecho, y juntos contemplaron cómo el primer rayo de sol se alzaba sobre los tejados de la ciudad.

—Mira —susurró ella—. Londres también amanece distinto.

—No —corrigió él acariciando su rostro—. Eres tú quien lo ha cambiado.

La besó despacio, con ternura infinita, y en ese beso no hubo promesas ni condiciones, solo un futuro que por fin les pertenecía.

Detrás de ellos, Lady Desdémona observaba desde la galería, con una sonrisa satisfecha.

—Y así termina —dijo en voz baja.

—¿Termina? —replicó Clarisse acercándose con una copa en la mano—. Apenas comienza.

Epílogo

Las flores del invierno

El invierno había llegado a Londres con su habitual elegancia: el aire olía a nieve y a carbón, y las farolas encendidas convertían las calles en un lienzo dorado.

En la residencia de los Ashbourne, el fuego crepitaba suavemente en la chimenea, proyectando sombras cálidas sobre las paredes cubiertas de libros y retratos.

En el comedor, la mesa estaba dispuesta con gusto exquisito, pero sin ostentación: vajilla de porcelana azul, velas blancas y un ramo de camelias en el centro.

Hermione observó los detalles con una sonrisa leve mientras la doncella servía el vino. Llevaba un vestido color marfil que realzaba el brillo sereno de su piel, y su cabello, suelto por primera vez en una cena formal, caía en ondas suaves sobre sus hombros.

Ashbourne la miraba desde el otro extremo de la mesa con esa expresión que nunca había aprendido a disimular: mezcla de asombro, ternura y absoluto amor.

—Sigo sin entender —dijo con una sonrisa— cómo logras que

esta casa parezca más viva que el propio Parlamento.

—Tal vez porque aquí nadie finge, milord —respondió Hermione con picardía—. Ni siquiera tú.

Él soltó una carcajada suave y alzó su copa.

—Por nosotros, entonces. Por la paz después de la tormenta.

—Y a lo que viene —añadió ella bajando la mirada hacia su plato.

Ashbourne arqueó una ceja.

—¿A lo que viene? ¿Debo temerlo o celebrarlo?

Hermione jugueteó con el borde de su servilleta, un gesto que delataba su nerviosismo.

El fuego chisporroteaba, como si esperara la respuesta.

—Ashbourne… —comenzó, con la voz temblorosa pero decidida —, esta cena no era solo para celebrar la temporada. Quería darte una noticia.

Él dejó la copa a un lado, con los ojos fijos en ella.

—¿Una noticia? —repitió con suavidad.

Hermione respiró hondo.

—Voy a darte algo que nunca creí que tendría el valor de soñar. —Sus labios se curvaron en una sonrisa temblorosa—. Voy a darte un hijo.

Por un instante, el tiempo pareció detenerse.

Ashbourne la miró en silencio, intentando procesar las palabras.

Luego se levantó sin decir nada, dio la vuelta a la mesa y se arrodilló junto a ella, igual que aquella noche en el baile de Su Majestad.

—¿De verdad…? —murmuró con la voz quebrada.

—De verdad —susurró ella tocando su mejilla—. Lo supe hace unos días. Y aunque me temblaban las manos, lo primero que pensé fue en decírtelo de esta manera, aquí, donde todo empezó a tener sentido.

Ashbourne tomó sus manos entre las suyas, y por primera vez en mucho tiempo, sus ojos grises se llenaron de lágrimas.

—Hermione… —dijo, apenas un suspiro—. No sé si merezco tanto.

—Nadie merece el amor —respondió ella con ternura—. Solo se acepta cuando llega.

Él la abrazó con fuerza, ocultando el rostro en su cuello.

—Prometo que este niño conocerá un mundo distinto al que te juzgó —susurró—. Que sabrá que su madre cambió las reglas del mundo con una sola palabra: *no.*

Hermione sonrió, emocionada.

—Y que su padre enseñó a la sociedad que el amor también puede ser honor.

Se besaron, despacio, con la serenidad de quienes ya no temen al futuro.

El reloj marcó las nueve y media, y la nieve comenzó a caer detrás de los ventanales.

Lady Desdémona diría más tarde, al enterarse, que no había milagro más hermoso que ver florecer el amor en pleno invierno.

Y así fue.

Hermione y Ashbourne se quedaron junto al fuego, abrazados, contemplando el cielo blanco sobre Londres.

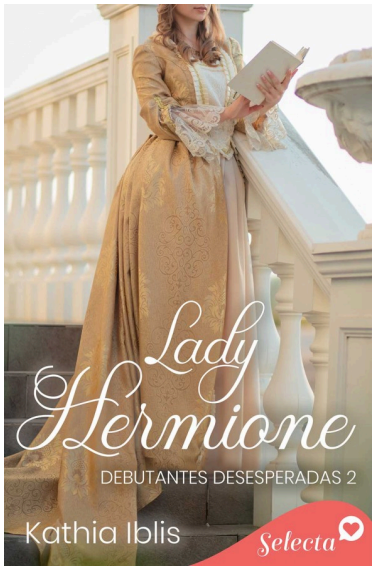
Entre sus manos, la promesa de una nueva vida latía como una llama.

Y el mundo, por fin, les pertenecía.

Agradecimientos

A Lola Gude a la editorial Selecta y a PRH, por su apoyo y por continuar confiando en cada uno de mis proyectos.

A mi amor Roberto y a mis peques, Eze y Fran, por todo su amor e incondicional apoyo. Cada una de mis historias es para ustedes.



Lady Hermione esta harta de pretendientes que tan solo la ven como una preciosa y delicada muñeca de porcelana para llevar de decoración en sus brazos. Con la llegada del baile el honor al cumpleaños de Su Majestad halla la oportunidad perfecta para cambiar esto.

Rehusándose a ir, y decidida a convertirse en una florero junto a su mejor amiga, esta decidida a arruinar su primer temporada y así poder hallar la libertad de tomar sus propias decisiones.

Pero hay cierto caballero algo tosco que esta decidido a conquistar a la bella debutante y ser quien la escolte en el baile mas importante de la temporada.

¿Podrá lograrlo y en el proceso conquistar su corazón?

Kathia Iblis nació el 17 de mayo en San Miguel de Tucumán, provincia de Tucumán, Argentina. Soñadora y despistada, incluso cuando no está sentada escribiendo, los personajes no dejan de rondarle, exigiéndole ser escuchados. Durante muchos años luchó contra su verdadera vocación. Como toda adolescente se rebeló ante la presión de seguir la carrera de Literatura y Letras, lo que la llevó a incursionar en otras áreas que abarcaron la psicología, la traducción y, finalmente, el profesorado de inglés. Su mente y su netbook rebosan de personajes ansiosos de ver la luz y siempre tiene un nuevo proyecto entre manos.



Edición en formato digital: febrero de 2026

© 2026, Kathia Iblis
© 2026, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Diseño de portada: LoEs Servicios editoriales, Myrian Giordano
Imagen de SHUTTERSTOCK: VeronArt16

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección de la propiedad intelectual. La propiedad intelectual estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes de propiedad intelectual al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. De conformidad con lo dispuesto en el art. 67.3 del Real Decreto Ley 24/2021, de 2 de noviembre, nos reservamos expresamente la reproducción y el uso de esta obra y de todos sus elementos mediante medios de lectura mecánica y otros medios adecuados a tal fin. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-10441-32-3

Conversión digital: leerendigital.com

Facebook: penguinebooks
Facebook: SomosSelecta

Twitter: penguinlibros
Instagram: somosselecta
Youtube: penguinlibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro».

EMILY DICKINSON

Gracias por tu lectura de este libro.

En **Penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.

Penguinlibros.club

Penguin Random House Grupo Editorial

Penguinlibros

Índice

Lady Hermione
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18

Capítulo 19
Capítulo 20
Epílogo. Las flores del invierno
Agradecimientos
Si te ha gustado esta novela
Sobre este libro
Sobre Kathia Iblis
Créditos